

HX
928
.G4
1918

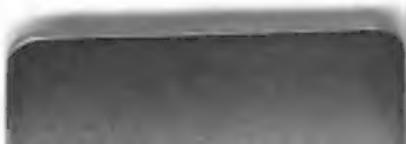
University of Virginia Library

HX928 .G4 1918

ALD Los nuevos caminos ...



DX 001 651 462



Vertical column of dense, illegible text, possibly a page number or index.

lo nuevo camino

3548



Alberto Ghiraldo



LOS NUEVOS CAMINOS



ALBERTO GHIRALDO

LOS NUEVOS CAMINOS

... Destruir es crear.

BAKOUNINE



EDITORIAL "MUNDO LATINO"
MADRID

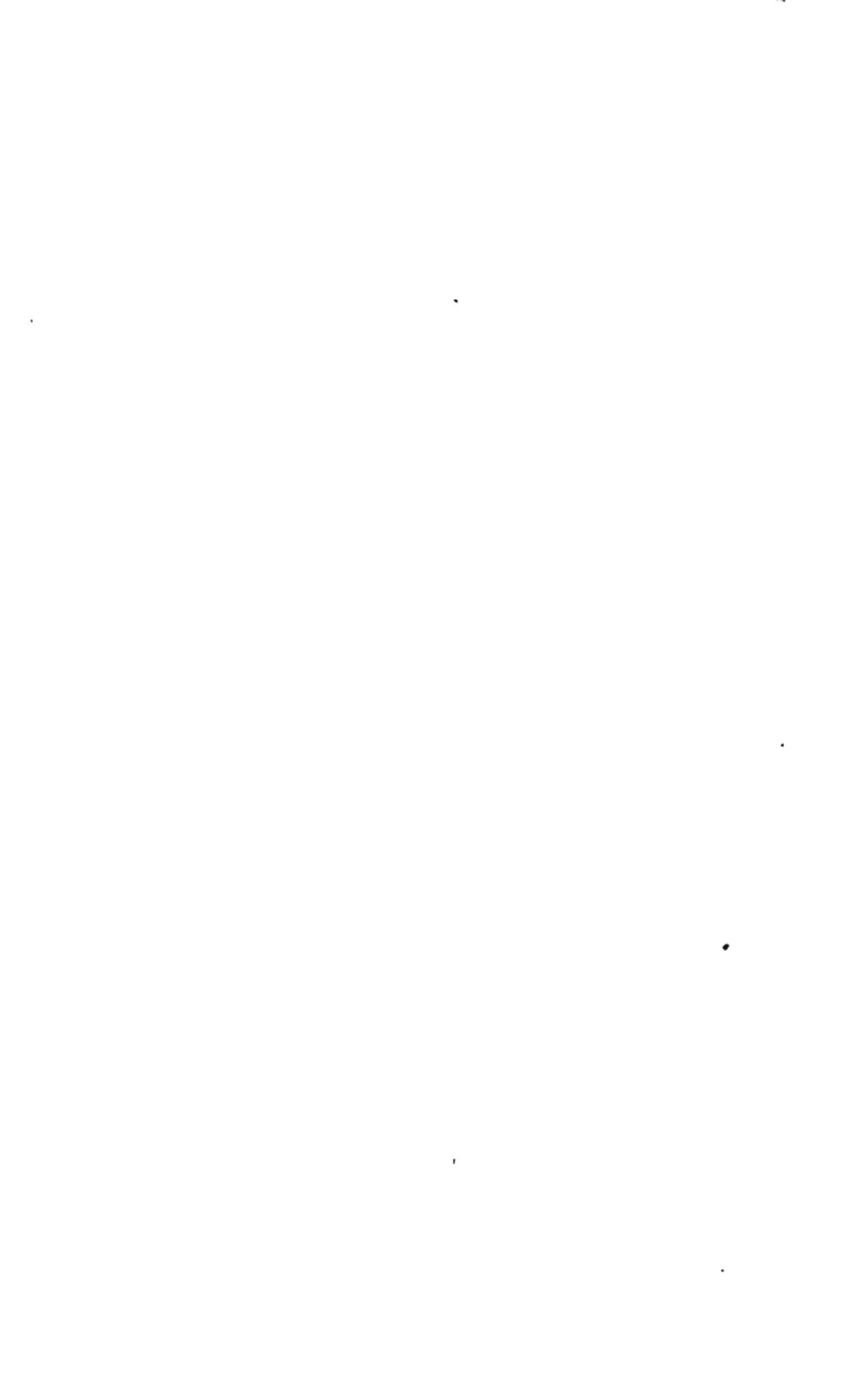


BINDING
MAY 12 1948

H X
928
.G 4
1918
090576

ES PROPIEDAD

PRÓLOGO



University of Virginia
School of Romance Languages
Division of Spanish
1923

LOS NUEVOS CAMINOS

POR ALBERTO GHIRALDO

A Alberto Ghiraldo.

Buenos Aires.

Querido compañero: Gracias mil por vuestro libro **LOS NUEVOS CAMINOS**, así como por el envío de *El Sol*.

He recorrido con verdadero placer las páginas que me enviáis. En cuanto a las ideas exteriorizadas en ellas, no tengo sino que deciros que estamos completamente de acuerdo. Pero es la expresión nueva, siempre poderosa e inalterablemente bella, lo que me ha sorprendido en realidad tanto como la concentración de nuestras ideas.

Inútil es deciros con qué interés leemos aquí todo lo que llega de esa parte del globo. Esta, nuestra parte, lo sabéis bien, está gravemente enferma.

Los soberbios, heroicos esfuerzos que hace más de veinte años se vienen realizando por levantar a

los pueblos—tales como la huelga general de Barcelona, Milán y Trieste, el movimiento ruso, etc.—pasan sin producir grandes resultados y, aun se diría, sin acercarse visiblemente el período de eclosión de la revolución.

Pero continuamos nuestra lucha, empujando con tesón la misma rueda y diciéndonos que si el estallido de la revolución burguesa fué lento, éste, el de la revolución social en que estamos actualmente empeñados, tiene que ser más lento todavía. Por otra parte, los esfuerzos no se pierden nunca, la fuerza vive de la acumulación.

Con fraternal amistad,

Pedro Kropotkine.

Londres.

A Alberto Ghirardo.

Buenos Aires.

Mi querido y valiente colega: Perdonadme agradeceros con algún atraso el ejemplar de LOS NUEVOS CAMINOS. Vuestro libro es una tea; pero ello no me disgusta, al contrario. Sois un vibrante y un apasionado. Tanto mejor. ¡Demasiados existen hoy que no sueñan sino con quietudes y apagamientos!

No creo en la eficacia ni en la justicia de la propaganda por el hecho. Voy más lejos: creo que esos actos de represalia subjetiva retardan el advenimiento de la justicia objetiva. Pero no soy inaccesible a la generosidad del entusiasmo que os inspi-

ra, generosidad demostrada aun en vuestras violencias.

Os estrecho la mano y quedo, con alta estima para vuestro talento, vuestro sincero,

Max Nordau.

París.

A Alberto Ghiraldo.

Buenos Aires.

He recibido su libro **LOS NUEVOS CAMINOS** con una dedicatoria que me honra, porque el alto aprecio de los hombres que piensan y escriben como usted, teniendo en tan amplio grado la viril franqueza de sus avanzadas ideas, tiene que ser sincero y entonces es doblemente honorífico.

He seguido con más entusiasmo y atención de lo que usted se imagina el desarrollo de su hermoso talento en *El Sol* y en sus libros, y el envío del último salido me ha sorprendido agradablemente. Pero dudo del éxito de su propaganda. Buenos Aires está inoculada por el *burgués aureus* y nada es viable si no persigue el dinero o no lleva el sello del *alto comercio* o del factor económico en su expresión más vil.

Le aprieta la mano con todo su sincero afecto su seguro servidor y afectísimo admirador,

José María Ramos Mejía.

Buenos Aires.

«LOS NUEVOS CAMINOS»

(Capítulo del libro Alberto Ghiraldo.)

Quedó como recuerdo perdurable de esa época un libro, LOS NUEVOS CAMINOS, libro de bondad rebelde, de agitación nobilísima y de abnegado sacrificio. Hay en esa obra capítulos como los titulados «Llagas y cilicios», «Medios de lucha», «Contra el verdugo» y «Arena y hierro», que han de quedar como expresión de un momento de la vida argentina, digan lo que quieran los patrioterros del eterno gesto soberbio y grotesco.

En todos los capítulos de LOS NUEVOS CAMINOS late el rebelde espíritu de Ghiraldo, empeñado en abrir rumbos nuevos en la quietud dolorosa de la noche moral que pesaba sobre las conciencias juveniles. Lucha formidable y cuyos resultados pudieron verse años más tarde, cuando al fin el propósito de los organizadores de fuerzas se vió cumplido en la concentración de esas enormes masas obreras, que en todo el territorio de la república llegaron a imponer su ley en célebres huelgas que la brutal represión aureoló de martirio...

La idea de Ghiraldo era en aquel tiempo, y ya para siempre, de un radicalismo a ultranza. Era así, porque así se había forjado en el duro trance de la labor diaria. Y cuando quería concretar su manera de pensar, lo hacía en los siguientes términos:

«Revolucionariamente, marchando por mares de lágrimas y de sangre vamos a la conquista de la fe-

licidad. Cada empuje de la ola social derriba una roca, hunde un prejuicio, arrolla un obstáculo. Y así va el hombre, guerreando con el hombre, en cruzada incesante, a la busca del puerto amigo, de las aguas tranquilas, límpidas y azules que allá, en lo futuro, brillan y esplenden, rodeando, gloriosamente, a las ciudades del buen acuerdo, cuyos cimientos es menester echar sobre las ruinas de estos presidios en que hoy se encierran los pueblos manumitidos o esclavos.

»Y es la acción, es la acción sin desmayos y sin treguas, sin vacilaciones y sin fatigas, la que apresurará el advenimiento de ese instante de paz a que aspiramos.

»Y la acción, consecuencia de la idea, tiene que ser violenta. No se derriba sino a golpes. ¡Y hay mucho que derribar!»

El revolucionario está todo en estas páginas un tanto bulliciosas de juventud, y a las que no es posible negar un «élan» de entusiasmo y de fe que tonifica el espíritu y le hacen digno y resistente.

Todo el libro está escrito en este tono de arenga y de poesía épica, teniendo en algunas páginas todo el calor de una hermosa poesía en prosa, y esto fué lo que hizo decir al crítico brasileño Elysió de Carvalho, en uno de sus más hermosos estudios, que «Ghiraldo, aun las veces en que escribe en prosa, hace poesía».

En LOS NUEVOS CAMINOS, Ghiraldo libra combate contra las ideas dominadoras del mundo actual: contra la patria, contra Dios, contra el Estado, contra el Capital, y en cada uno de sus artículos es el poeta lleno de exaltación y de fe, el hombre que no

vacila ante el crimen salvador de herir las hipocresías del ambiente como un medio de dignificar su propia personalidad y de libertar la especie humana.

Anarquista de convencimiento, sufrió las persecuciones de una época de cobardía moral y de miseria intelectual, cuando los mandatarios argentinos se espantaban de que aquí, en «el país del trigo y de la lana», se pudiese pensar libremente. Pero su verbo no disminuyó su intensidad. Africa, su palabra no silenció, antes por el contrario, en cada una de esas violencias legales que contra él se organizaban, su coraje florecía en nuevas obras.

Así como «Gesta» dignificó las letras argentinas dándolas esa noble vida de lo fuerte y de lo viril, en su luchar continuo de propagandista de las nuevas ideas, siguiendo la impulsión de las enseñanzas bebidas en Kropotkine y en los demás transformadores de la conciencia universal, Ghiraldo vino a decir que la juventud americana, contrariamente a lo que afirmaban ciertos psicólogos de una elementalidad dolorosa, era también capaz de todos los progresos y de todos los adelantos de nuestro siglo.

Juan Mas y Pi.

«LOS NUEVOS CAMINOS»

Y LA PENA DE MUERTE

Carlos Malagarriga saluda afectuosamente al señor Alberto Ghiraldo, y tiene el placer de acusarle recibo de su reciente obra LOS NUEVOS CAMINOS.

Admirando, en general, el vigor y la lozanía del estilo y vivacidad del concepto, claro es que me han llamado más la atención los estudios sobre la pena de muerte, y especialmente la ya famosa carta a mi distinguido amigo el doctor Madero, «asesino legal», que es por otra parte el hombre más delicado y suave.

Ahora bien; su estudio me ha sugerido las siguientes reflexiones, que me apresuro a transmitirle:

Lo grave es la mentira legal, en cuya virtud se llega a una sentencia de muerte. Puede afirmarse que con el procedimiento actual se estudia por los tribunales un caso hipotético que pocas veces, quizá ninguna, coincide con la realidad. El residuo humano que entretanto aguarda en su prisión se imagina que es *su caso* el que acusa el fiscal, defiende el defensor y fallan los tribunales: cuando en realidad éstos se ocupan de unos *autos* en que la verdad es cuidadosamente falseada sin que se analicen los móviles reales ni tampoco las circunstancias exteriores en que el hecho se produjo.

Es algo artificial y supuesto lo que con la mayor seriedad se discute en toda clase de procesos. Luego viene la sentencia, y el contacto con la realidad se efectúa por medio de un oficio que encierra la condena sin relación real con el delito.

Quisiera que su gran talento, amigo Ghiraldo, y su feliz estilo, sin dejar de sentir la atracción que a todos nos domina por el porvenir que ya tarda, se preocupara en detalle de esos problemas inmediatos de la realidad que nos agobian en la hora presente.

Tome usted un par de grandes criminales, de esos con que a cada paso pretende sorprendernos la

crónica diaria, óigales, haga un estudio de la realidad de los casos respectivos; luego tome los *expedientes*, y brotará de su pluma una nueva centella de indignación que iluminará lo que para muchos es ignorado, y encierra, sin embargo, hondas injusticias y la más repugnante de las servidumbres: la de la desgracia o la del error consentidas expresamente.—Siempre suyo afectísimo,

Carlos Malagarriga.

Buenos Aires.

«LOS NUEVOS CAMINOS»

Si la verdad es un bien, yo he de manifestar esa verdad.

Hombres de corazón y de conciencia, no dividáis la lucha intelectual. Torpes serían vuestras manos si profanasen con su impureza esa sagrada esencia de la vida: el pensamiento.

Dejad más bien que se cumpla el proceso histórico de la evolución en el tiempo y en el espacio, ayudada si es necesario por golpes rojos, y no intentéis siquiera una medida de presión que es doblemente criminal cuando ataca la misma naturaleza por sus principios más racionales.

¿Acaso podríamos desenvolver todas nuestras actividades, todas nuestras energías sin que la idea, laborando su propia estructura en su misma cuna,

no fuese la libertad de gozar el ambiente caldeado por el febril movimiento de la vida? Entonces, ¿por qué arremetéis contra los paladines de la belleza y de la libertad que no tienen el procaz valor de halagar vuestros instintos y pasiones?

Si la verdad es un bien, cómo creo, yo he de manifestar esa verdad.

Pensar con altiveces y tener la audacia, la sublime audacia de extender por sobre un mundo de gentes el fuego de una idea atrevida, más que atrevida, sincera y honrada, es un delito que castigáis, si no con el desprecio, con la cárcel. Vuestra lógica es indudable. Si gozamos, si queremos, si podemos, ¿a qué esos modernos cantores líricos y extremadamente utopistas?

Que la obra tenga genio ¡qué importa!; nuestra admiración sería importuna. No es nuestro, por cierto, el ideal por la idea.

Y así marcha; no, mentira; esto no marcha.

Saturado está el ambiente de anhelos de combate. Surgen con multiplicidad admirable luchadores fuertes, consecuentes y nobles, que llevan como bandera su fe y sus entusiasmos. ¿Dónde van? ¡quién sabe!

Ahí tenéis sus hojas y sus libros. Analizad esa obra, fruto de muchas generaciones, buscad entre sus líneas la explicación del motivo y hallaréis las vibraciones que palpitan jadeantes en miles de organismos; hallaréis también la verdad, la profunda verdad que domestica incoherencias, excesos y desatinos.

Tal «Gesta», tal «Música Prohibida», tal Los NUEVOS CAMINOS.

¿Pensais, por ventura, que es profunda la herida?
¡Bah! si nada os dice el gesto...

Por otra parte, es preciso cauterizar llagas inmun-
das que destilan odios, bajezas y opresiones.

Acordaos que cuando un campo produce híbrida
yerba venenosa, se le prende fuego, y así neutralíza-
se hasta el germen de las semillas malignas, dando
espacio para esconder el grano fecundante y salu-
dable. De igual modo en estos tiempos que co-
rren con la fuerza de la electricidad y del vapor, se
impone la llama higiénica de una nueva y lumi-
nosa terapéutica que envolverá letras de molde o
aceros.

Elegid, pues, entre dejar que el curso del tiempo
y su hermana la evolución golpeen con su maza in-
mortal en los bloques de granito de los prejuicios,
o caer con el arma fratricida en la mano bajo el
carro triunfal de los grandes movimientos popu-
lares.

Entre tanto vosotros, poetas y apologistas de la
miseria, cantad, cantad con voces robustas el eco
de los siglos que han dejado en el polvo del camino
hombres y cosas vueltos a la nada.

Gritos dispersos, ayes de dolor, forman Los NUE-
VOS CAMINOS que Alberto Ghirardo, ese valiente ada-
lid de *la voz del que avanza*, lanza al campo de la
lucha como un nuevo elemento vigoroso. Seguirán
su ejemplo, no lo dudo, muchos otros jóvenes que
por ahora forman desgraciadamente en el montón
imbécil de los *dandy*, corredores de la última moda
y del bárbaro ridículo.

Irán apareciendo más campeones de un pensa-
miento elevado, altruista, y renovaráse paulatina,

pero seguramente, esta sangre arterial que una cada vejez hace imposible. Hasta el corazón darás vuelta para limpiarlo de impurezas mortales.

Se abrirán *caminos nuevos* con piquetas formidables como LOS NUEVOS CAMINOS, y una luz diáfana, inmensa, alumbrará otro cuadro de actividad humana.

¿Intentaréis aún dividir la lucha intelectual?

Cuidado, que unidos a vuestra acción marcharán vuestros destinos.

Cuesta a la humanidad ríos de sangre y lágrimas ardientes la lucha por su libertad, y aún no ha conseguido más que apretar las cadenas que la oprimen. Aún, a pesar de los cadáveres que han llenado hondísimas zanjas, subsiste el patrimonio tristísimo de sus necesidades y miserias, y todavía, quién sabe hasta cuándo arrastrará el peso de su vergonzosa sumisión.

¿A quién sino a los cretinos puede extrañar, entonces, la lucha irresistible que comienza?

Atrás, pues, los que intentan poner obstáculos en el camino.

Un río que crece y crece, atropella y salta el dique y se desborda. La multitud es un río. Vosotros, cordiales enemigos, sois el dique. Comparad potencias.

Y no os acordéis del visionario que quiere con fusiles y cañones imponerse al rebaño, porque éste tendrá su arranque irresistible, definitivo y completo.

Acordaos mejor de Bovio, ese insigne sabio que proclama la revolución del pensamiento moderno, que recoge y esparce al viento del mundo en las pá-

ginas de fuego de LOS NUEVOS CAMINOS, el fuerte Ghiraldo de cabellos de oro.

Daniel B. Pérez.

Rosario de Santa Fe.

«LOS NUEVOS CAMINOS»

Hemos recibido el libro que, con el título de LOS NUEVOS CAMINOS, acaba de publicar el Sr. Alberto Ghiraldo. El título del volumen basta para indicar su índole y sus tendencias. Se trata, efectivamente, de una obra de propaganda avanzada en la que el Sr. Ghiraldo sostiene ideas radicales respecto a las soluciones del problema social.

El sumario comprende veinte capítulos. Ligados dentro de un plan general, se complementan en el conjunto formando un estudio bastante completo de la cuestión social considerada desde el punto de vista a que sus ideas llevan al autor.

Bien que no profesemos los principios que el señor Ghiraldo defiende en su obra, reconocemos la sinceridad de que ella rebosa y la firmeza de convicciones que se advierte en cada una de sus páginas. Es fácil adivinar a través del libro un temperamento de luchador, un carácter impetuoso y vibrante, un espíritu entusiasta y batallador, que en la defensa de una idea se lanza hacia adelante, abandonándose a su propio impulso, sin reparar en

los obstáculos que cierran su camino. En este sentido la obra del Sr. Ghiraldo llena cumplidamente los propósitos que ha tenido al publicarla. El estilo es de una energía que llega en ciertos momentos a la exaltación, y la idea de la regeneración social por la razón o por la fuerza, resuena como un toque de clarín en cada uno de los capítulos del libro.

Por lo demás, el vigor y el temple de la forma se mantienen sin esfuerzo a través de toda la obra, formando un marco apropiado a la tesis que desarrolla.

Tal es este nuevo libro, del cual nos ocupamos complacidos, como de todo lo que signifique un esfuerzo de la inteligencia y una discusión de ideas.

(La Nación de Buenos Aires.)

«LOS NUEVOS CAMINOS»

A aquellos que aman las cosas bien escritas, nosotros señalamos LOS NUEVOS CAMINOS, por Alberto Ghiraldo, de Buenos Aires. Es esta una colección de artículos y conferencias, entre los cuales algunos, como por ejemplo «El espíritu de rebelión», «De la violencia» y «El ideal del arte», constituyen verdaderas obras maestras.

(Jean Grave, en Les Temps Nouveaux, de París.)

«LOS NUEVOS CAMINOS»

Sr. Alberto Ghiraldo.

Presente.

Mi estimado amigo: Cerca de un par de meses han pasado desde que yo le prometí mi juicio sobre **LOS NUEVOS CAMINOS**, más que para retribuir la deferencia que usted me hiciera con el obsequio de su libro, para expandir el pensamiento en la esfera purísima de los ideales que lo inspiran. Y el tiempo ha corrido, como siempre, sin que lo sintiéramos, y hoy debo declararle que todo ha sido ajeno a mi designio, por más que estas palabras pudieran sugerirle la sospecha de una banal disculpa. Pero esta carta no es de cortesía; yo le escribo por satisfacción; y, sobre todo, nunca será tarde para hablar de su libro, que no es un libro del pasado, sino que es, por su pensamiento, libro del porvenir.

* * ■

He leído con placer y meditación las páginas de **LOS NUEVOS CAMINOS**, y ha surgido usted a mis ojos tal cual yo le comprendo: inteligente, noble, sincero, fuerte. Nunca la lectura de sus obras, ni «Gesta», ni sus versos, me habían dado tan vigorosa impresión de su personalidad. En este nuevo libro palpita y habla usted todo entero, pensador que no ha dejado de ser poeta y propagandista que no cesa en su lidia de batallador.

Aquel puñado de páginas traduce las emociones de su ánimo en las horas de la misión que realiza, y, cuerda o látigo, tiene la queja de la desgracia o el chasquido de la violenta fustigación. Su obra lo exterioriza, pues, de una manera acabada, con sus ideas, sus sueños, sus audacias, sus rebeliones, sus protestas, sus iras — ¡nunca sus depresiones! — pero, a veces, también sus extravíos...

* * *

Su libro está henchido de generosas ideas. Veo siempre su pensamiento al servicio de un ideal de humanidad y de vida, que fulgura hacia un rumbo donde conducen estos «nuevos caminos» abiertos por los grandes precursores, Michelet, Renan, Comte, Darwin, Marx, Kropotkine, Tolstoi, Ibsen, Dostoiewski, Zola, Víctor Hugo, nombres de pontífices que encuentro con placer en su capítulo «El espíritu de rebelión», formando en él, como en la humanidad, como en la historia, una legión de gigantes.

La rebelión no es sino el empuje de lo que se adelanta, y esos genios que, como usted dice, son rebeldes, son los arrieros de la humanidad. (Si no, quién sabe si el ganado no se volvería en el camino...) Las conquistas de sus pensamientos llegan, de tiempo en tiempo, a dar nuevos impulsos a las sociedades, como los golpes de los remos a una barca. Sin ellos, la barca quedaría inmóvil en las aguas. Y si esto es la rebelión, la revolución no es sino el choque de esas nuevas ideas con las ideas y las instituciones existentes. Es el politeísmo de la

antigüedad, resistiendo al monoteísmo de la nueva era; es el fanatismo de nuestros días, resistiendo al *humanismo* del porvenir; son las últimas generaciones del clero y la nobleza de la Edad Media, defendiendo sus privilegios y resistiendo a la burguesía republicana del 79; es la burguesía altanera de nuestros días, defendiendo también los privilegios y resistiendo al pueblo socialista de mañana.

* * *

Y bien: no denunciar el error, es un crimen; no enseñarle a la humanidad «los nuevos caminos», cuando son buenos, es un crimen; no gritar ante el escándalo, es un crimen. De ahí que yo le aplaudiré con todos mis entusiasmos, cuando, como en «Los sin patria», desmenuce esos prejuicios que sustenta el militarismo, en la virtud y tiranía a la vez; cuando, como en «Contra Dios y el Estado», maldiga a los que han flagelado el alma o la conciencia de los niños sin pan y sin cariño, bellas flores envenenadas en el ambiente infecto de estas sociedades; cuando, como en «Un paréntesis», proteste de los abusos, policiales o no, de los que quieren aprisionar la libertad o matar el pensamiento; cuando, como en «Contra el verdugo», luche por la abolición de los cadalsos, que están salpicando de sangre a la humanidad, desde antes de los tribunales de Judea hasta después de los de Chicago; cuando, como en «La toma de la Bastilla», cante a ese gran incendio que fué una gran aurora; cuando, como en «Arena y hierro», vaya en defensa de los oprimidos del régimen presente; o cuando, como en «El ideal del

arte»—que también el arte es una fuerza—haga caer lluvia de fuego sobre la Sodoma de los artistas sin sangre, sin músculo y sin vida.

* * *

Y ahora usted juzgará maliciosamente, después del párrafo que acaba de leer, mi silencio acerca de su propaganda libertaria.

Pero no. Los viejos, como los nuevos caminos, tienen bifurcaciones en que los hombres que los recorren se separan, aun cuando hubieran ido juntos en otros trechos de la jornada. Y como aquí nos separamos, yo quería hablarle separadamente del pensamiento que inspira esos capítulos de su libro: «La voz del que avanza», «Llagas y silicios», «Medios de lucha», «1.º de Mayo», y «De la violencia».

Usted sabe que yo no soy anarquista, a pesar de haberme convencido, por la observación y el estudio, de que la inicua organización económica de la actual sociedad cambiará algún día, porque es cierta la marcha de la humanidad hacia el bienestar y la justicia. Pero el ideal de la comuna anarquista me ha parecido siempre el más generoso sueño que han concebido los hombres; mas, desgraciadamente, destinado a una vida puramente subjetiva. Este es un sueño que solamente ha podido prosperar en el ambiente de las desesperaciones actuales.

Ha sido una palabra que llegaba a ofrecer a las multitudes, no la felicidad absoluta de una vida futura, por la sumisión, sino la felicidad absoluta de esta vida presente, por la rebelión. Aquélla fué la palabra del cristianismo; ésta es la palabra del anar-

quismo. Aquél fué el verbo del Cristo blanco y éste el del Cristo rojo.

Y es claro: en torno de esta hermosa promesa se han agolpado los hambrientos que estaban cansados de esperar, y los místicos de la rebelión, y los espíritus suficientemente generosos y sensibles para vibrar al unísono con ese pueblo que, herido por la iniquidad, rugía por la venganza.

* * *

En la filosofía de las nuevas ideas, ustedes son los *jacobinos* de la futura revolución. Pero no le molesten estas apreciaciones, porque en esa revolución—que algún día vendrá, dentro de veinte años, como Zola lo anunciara, o dentro de mucho tiempo, como más serenamente puede preverse—en esa revolución que tendrá que venir, ustedes realizarán obra fecunda, aunque, desgraciadamente, obra terrible.

Llega un momento en que la violencia es necesaria, mientras no comprometa sus ideales como en los días del terror. Y como después de esa revolución se habrá fundado una sociedad colectivista, yo no sé si el anarquismo alcanzará mayor desarrollo o sufrirá un estancamiento. Sin embargo, como doctrina, yo no he podido aceptarlo, porque encuentro que ha resucitado al *hombre* de Rousseau. Yo leo a Marx, a Ferri, a Loria, a Deville, a Engels, a los socialistas, y los hallo más razonables, más positivos, más científicos, y por eso más convincentes, a pesar de que sus teorías no prometen el paraíso y de que en la política de esas ideas nos acu-

san a los colectivistas republicanos de que han transado pérfidamente con la burguesía.

En cambio leo a Bakounine, ese huracán, y no consigo arrebatarme en su aliento tempestuoso de destrucción; a Kropotkine, ese analizador insuperable de la sociedad burguesa en su formación, pero lo hallo incompleto en lo esencial de su doctrina; leo a Jean Grave, ese visionario, y es a mis ojos una visión de arte el cuadro de su «futura sociedad». Y a designio no me refiero a Tolstoi, porque su propaganda podría servir a las dos causas, ni a Max Nordau, porque, aunque lo parece, no es ni anarquista ni nada, porque así como ha escrito las «Mentiras convencionales», podría mañana, como Rostand o Heredia, cantar a una cabeza coronada, aunque fuera la abominable del zar.

* * *

Si estas lecturas no han conseguido convencerme, han servido, por lo menos, para demostrarme que ustedes no son unos bandoleros, ni unos asesinos, como generalmente se cree, y que las causas generosas obligan el respeto de los hombres para aquellos que las sostienen con sinceridad. De ahí que usted me lo haya merecido siempre, sobre todo cuando une a la sinceridad el talento y la energía, revelados en obras como **LOS NUEVOS CAMINOS**.

Salúdalo su afectísimo amigo,

Ricardo Rojas.

Buenos Aires.



LA VOZ DEL QUE AVANZA

LA VOZ

¡Viejas banderas, símbolos de ideales falsos o bárbaros, abatíos sobre vuestras astas; ídolos viejos, asentados sobre pedestales carcomidos, caed; altares, ante los cuales no se doblegan las rodillas de ningún consciente, derrumbaos con el estruendo de mil tormentas, junto con las paredes y las cúpulas de vuestros templos, urnas de piedra, donde han encontrado refugio todos los formulismos y todas las farsas, sublimadas en la apoteosis de la imbecilidad, perpetuada durante veinte siglos de mentira!

* * *

¡Abajo la máscara, abrogadores de derechos divinos, especuladores de la fe que os prevaléis de todas las ignorancias, de todas las debilida-

des, de todas las miserias, de todas las cobardías, sin otra mira que la de lucros inconfesables!

¡Atrás, falsos representantes del mito; el porvenir está en la tierra!

* * *

¡Luz, luz de verdad para los cerebros oscurecidos; rayos de sol moral para esos espíritus de adolescentes, que hoy viven criminalmente sumidos entre las sombras de los prejuicios y de las hipocresías nefastas; guerra a las tradiciones salvajes; guerra a la guerra!

* * *

¡Aurora! ¡Aurora! El dolor es como el riego: fecunda. La humanidad puede aún salvarse. ¡Ha sufrido tanto!

Levantemos el lábaro de la verdad; sea él quien nos guíe a través de la selva inmensa; fuerza en el cerebro y fuerza en el brazo: así se llega. ¡Y si no, caigamos, con los ojos abiertos, de frente al Sol!

* * *

¡Gladiadores, todos; a la arena! No haya desmayos. La victoria es la lucha. ¡El que sucumbe, triunfa!

¡Almas fuertes! ¡Espíritus rebeldes! ¡Justicieros! Derribad a hachazos de luz las montañas de sombras que oscurecen la mente humana. Esa es la misión. La ciencia es la luz; ella marca rumbos. Vamos todos por el nuevo sendero y coronaremos el triunfo de la humanidad.

¿Retrógados? ¿Rezagados? Habrá muchos. ¡Qué importa! ¡Llenemos las zanjas: ellos pasarán después!

* * *

¡Y nosotros habremos triunfado!



EL ESPÍRITU DE REBELIÓN

En su notable libro de «Memorias» pone Kropotkine de relieve las desgraciadas condiciones en que se encontraba la servidumbre en Rusia allá por el año de 1850. Al narrar, no lo que oyó, sino lo que vió por sí mismo; los actos infames cometidos por los propietarios territoriales entre los cuales se contaba su propio padre, que, sin ser de los más malos, por capricho simplemente, ordenaba dar cien azotes a su servidor Makar; al recorrer aquellas hermosas páginas que en forma sencilla y noble nos dicen cómo se degradaba al ser humano, física y moralmente, en aquella época de servilismo; cómo, en connivencia con las autoridades militares, civiles y religiosas, se ejercitaba la tiranía del hombre por el hombre, la vejación perpetua, sin consideración alguna, terrible, bárbara, sangrienta, humillante

siempre, un sentimiento instintivo de rebelión agita nuestro ser. Sentimos algo así como un soplo de ira y de venganza sacudiéndonos, sublevándonos. Casi lamentamos no haber existido en la época para esgrimir, justicieros, contra toda esa canalla opresora, el látigo de los castigos.

Mentira o exageración nos imaginamos las descripciones en que aparecen los abusos de los tiranos antiguos, esos actos sin nombre para los cuales no encontramos, más bien dicho no existen en el léxico, adjetivos suficientemente enérgicos con qué calificarlos. No concebimos cómo seres, hombres, formados al igual de nosotros, han podido subsistir, unos en un medio tal de opresión y de vergüenza, y contribuir, otros, con su complicidad o su indiferentismo, a la perpetuación de regímenes nefastos y perversos:

Sorprende en verdad, dice el mismo Kropotkine, ver con qué rapidez cae en el olvido una institución y sus consecuencias sociales desde el momento que deja de existir, y con cuánta celeridad cambian los hombres y las cosas.

En estas líneas encuentro explicado yo el motivo por el cual se perpetúan todas las tiranías. Nuestra indignación actual respecto a las barbaridades de nuestros antepasados es enorme porque sentimos con más fuerza la injusticia. Los hombres y las cosas cambian. Nosotros, pues, hemos cambiado. Los pueblos antes miraban la

guerra como una calamidad que les enviaba la providencia y no protestaban. Hoy los pueblos miran la guerra como una calamidad originada por los mismos hombres... y comienzan a protestar. Mañana los pueblos harán guerra a la guerra; y así cuando los ejércitos hayan sido todos destruídos, los hombres del porvenir se indignarán, con la misma intensidad que nosotros al recorrer la historia de la esclavitud antigua, cuando por las crónicas de esta época conozcan la situación desesperante del proletariado, la imposición tiránica del salario, el yugo del capital, la disciplina humillante—todas las disciplinas lo son—de nuestros ejércitos que subsisten, por ignorancia y crueldad, para la conservación del sistema de explotación actual, que constituye la forma más hipócrita e inicua de esclavitud.

¿Qué pensarán de nosotros, digo, de ellos—descarguemos nuestra responsabilidad los rebeldes—, al saber que por proclamar una grande idea, la más grande que haya abrigado la mente humana en todas las épocas de la historia, los hombres eran arrojados de los talleres por los patronos, encarcelados por las policías, ametrallados por los ejércitos y ahorcados por los jueces? Así con el más joven de los agitadores, que en menos de dos años pierde su trabajo diecisiete veces; así con César Batacchi, el ex-prisionero de Volterra, que después de veintidós años de suplicio vuelve a la lucha por sus ideales con

más energía que nunca; así con los propagandistas de Milán, Massa-Carrara, las dos Cicalias, Jerez, Barcelona y Ríotinto; así con Parsons, Spies, Ling, Fischer y Engel, las grandes víctimas de Chicago, cuyo silencio es ya hoy más poderoso que sus voces sofocadas por la muerte, según la admirable profecía de uno de ellos al saludar a los nuevos tiempos.

¡Y estos héroes, estos mártires, estos sacrificados, son los que salvan el honor humano! ¡Germinal! Sí, son los violentos, los arrojados, los que se sublevan, los que se yerguen, quienes empujan a las ideas, quienes despiertan a los esclavos, quienes luchan por la redención que un día, a través de tanta sombra, brillará en el mundo.

* * *

La primera consecuencia de la inteligencia es la rebelión. Gran decir el del más rebelde de los filósofos.

Mirad cómo desde Khrisna y Confucio marcha la idea impulsada por los que se insurreccionan. Seguid a Confucio—después de abandonar la carrera administrativa a que es dedicado por su padre—en la larga peregrinación por los más remotos pueblos del Imperio Chino, en esa colosal odisea durante la cual es amenazado de

muerte y motejado de loco por predicar la virtud y hacerse amigo de los trabajadores. Seguid a Confucio en su viaje de aventura por el mundo y os daréis cuenta de su espíritu de revolucionario. En su tiempo es un insurrecto.

Antes del Nazareno, Sócrates, el primer ciudadano del mundo, que combate a los sofistas y busca la verdad para proclamarla en las plazas públicas, en los gimnasios, en los pórticos, en las tiendas de los artesanos, en todas partes—que todos los sitios son buenos para despertar a las mentes. Tiene una ironía violenta. Combate con ella a los gobernantes y a todos los despotismos. Entonces se le prohíbe enseñar a la juventud y es amenazado de muerte. Acusado por no reconocer a los dioses de la república, no quiere huir y asiste al tribunal donde se convierte en el acusador de sus jueces. Condenado a beber la cicuta, lo hace con una tranquilidad heroica y muere dejando al mundo un tesoro de enseñanzas y debiendo un gallo a Esculapio...

Antes del Nazareno también, Espartaco, el gran rebelde, que para vengar la dignidad del hombre concibe el proyecto, entonces gigantesco, de libertar a todos los esclavos, tal vez a la misma Italia, y destruir a la ciudad maldita que había reducido al envilecimiento a una gran parte de la humanidad. Instruido, diligente, humano, generoso y atrevido, fué un bárbaro (nació en

Tracia), reivindicador de los derechos hollados, un valeroso defensor de los oprimidos.

Esta frase suya dirigida a sus compañeros, los esclavos, demuestra la altivez de su alma: «Es mejor pelear por la libertad, que servir de espectáculo a los caprichos brutales y voluptuosos de los romanos.»

Desde entonces sabemos por boca de Espartaco, que es mejor pelear por la libertad, etc.

Aristóteles, rebelde desde la escuela, que combate con vehemencia algunas de las doctrinas de su maestro Platón; que proclama la verdad aun en contra de sus amigos y en perjuicio de él mismo.

Después Cristo y sus apóstoles, ¿qué son sino violentos también? Así lo demuestra el primero, dando de latigazos a los mercaderes que invaden su templo. ¿Y qué otra cosa sino violencia son las amenazas de castigos eternos—todo disparate puro, es verdad—de que están llenos el antiguo y el nuevo testamento? El apocalipsis es un manojo de relámpagos.

En seguida los reformadores del dogma, los Bruno, los Savonarola, los Calvino, los Lutero y los Hus, que caen en la hoguera encendida por el sectarismo y la intolerancia, o sucumben perseguidos por los sostenedores de la iglesia aliados con los gobiernos.

Galileo que, en pugna con sus padres y rebelado contra las doctrinas de sus profesores, es-

tudia sólo las matemáticas y, siendo un niño aún, sugiere la aplicación del péndulo a la medida del tiempo. Galileo que, a los sesenta años, después de una lucha tenacísima para probar el sistema de rotación de la tierra, es obligado a comparecer ante el tribunal de la Inquisición y a abjurar de sus opiniones. ¿Abjura? Salva su vida. *E pur si muove...*

¿Y los Cervantes y los Quevedo y todos los grandes satíricos, no aparacen acaso como rebeldes también, al poner en ridículo, en la novela, en el cuento, en el epigrama, en el proverbio, en el apropósito o en la página volante, a la sociedad o a las costumbres de su tiempo?

¿Y todos los escépticos de esta época, los filósofos pesimistas y todos los maldicientes, qué son sino víctimas que protestan contra tiranías y prejuicios?

Después (y observad, lector, que vamos recorriendo la historia con botas de siete leguas), los enciclopedistas franceses que preparan la revolución y con ella la insurrección de París, la célebre *Commune* cuyo aniversario es fecha inolvidable para el proletariado universal.

¡La Commune! Suena este nombre como un grito de guerra. Son las bocas sangrientas de cuarenta mil asesinados las que hablan a los pueblos. Y los pueblos escuchan a las bocas sangrientas que hablan. ¡Siga, pues, sonando este nombre como un grito de guerra!

Y ahora, haciendo un honroso paréntesis para encerrar en él los nombres de los Lamennais, Michelet, Renan, Quinet, Mazzini, Garibaldi y tantos otros cuyos nombres mi ingrata memoria olvida—luchadores todos de la humana causa, que han presentido el advenimiento de los ideales nuevos con la intuición que tuvo Hipócrates del porvenir de la ciencia al sospechar organismos vivientes en la atmósfera—, vamos a dar un gran salto para recordar a los hombres que forman la gran plataforma del futuro, la base del edificio moderno, los Kant y los Comte, los Owen y los Fourier, los Blanqui y los Saint-Simon, los Proudhon y los Bakounine, los Marx y los Loria, los Darwin y los Lamarck, los Bückner y los Letourneau, los Virchow y los Weisman, los Reclus, los Guyau y los Kropotkine.

¿Y los iniciadores de la escuela naturalista, los Flaubert y los Balzac, no están acaso dotados de enorme fuerza agresiva? ¿Podrían de otra manera resolverse a poner en descubierto tumores y lacras sociales que consideraban necesario curar?

Y estos otros cuya divisa ha sido siempre el arte por la humanidad: los Turgueneff y los Dostoiewski, los Tolstoï y los Sudermann, los Heine y los Hauptmann, los Ibsen y los Courbet, los Goethe y los Withman, los Víctor Hugo y los Zola (¿acaso «Los miserables» no son los precursores de los «Cuatro Evangelios?»), los Mir-

beau y los Paul Adam, los Morris y los Rapisardi que forman en la gran legión de sublevados, de forjadores de ideas en marcha hacia la vida.

* * *

Son los sumisos, los obedientes, los serviles, todos los pobres de espíritu, los que constituyen el principal obstáculo que se ha opuesto siempre al avance de la idea. Pero, ¡qué importa! las minorías han sido siempre también las genitoras de todas las revoluciones. Por ellas tiene la humanidad algún descanso.

No pierda, pues, el hombre el sentimiento de sí mismo. Sea siempre más fuerte que la miseria, que la ignominia; tenga la arrogancia de sus convicciones, la virilidad de la verdad; que se manifieste, que sea hombre, como la luz es luz y como el hierro es hierro. Seamos luz, seamos hierro. ¡Esto es ser hombres!



LOS SIN-PATRIA

Alguien ha dicho que es, sobre todo, en la boca de los tiranos y ambiciosos de los pueblos donde más resonancia tiene la palabra «patriotismo».

De mí sé decir que van corridos años—y eso que, valga la verdad, no cuento en total con muchos—desde que arranqué de mi espíritu este sentimiento artificial que, con artimañas y farsas de la peor índole, tratan de inculcarnos en nuestra más débil niñez todos los que ejercen de cómplices a sueldo de tiranos y ambiciosos; profesores y frailes negociantes en cuyas manos torpes depositan los gobiernos y los padres la suerte de la infancia.

Soy, pues, un emancipado, un libertado de un gran prejuicio, de una gran tiranía, que quiere levantar su voz tan alto como le sea posible para contribuir al derrumbamiento absoluto de un cul-

to salvaje, ferozmente fanático, brutal glorificador de injusticias.

¿Que por qué vengo en un día como éste (1) a desentonar tan formidablemente en el coro entusiasta que de todos los ámbitos se eleva como un cántico de triunfo en derredor de un altar?

Os lo diré sin rodeos. Porque ha llegado también entre nosotros el momento de examinar a la luz de la verdad y de la ciencia esa entidad indefinida y nebulosa que dijera Hamon, llamada «patria». Observad que ese momento ha sido preparado por esos mismos hombres cuya memoria se evoca; observad también que no habiendo nada definitivo en la naturaleza, ellos no han podido constituir nada eternamente perdurable, y que, por lo tanto (pese a los momificados patrioteros, únicos tal vez que se eximen hasta el día de la ley del transformismo), sus obras, como todo lo humano, deben necesariamente entrar en el círculo infranqueable de la evolución.

Y tengamos presente que, habiendo profundizado una verdad, no podemos seguir aturdiéndonos con la algarada estruendosa de una mentira que a través de los tiempos ha venido perpetuándose.

Según el soberbio decir de Johnson, el patriotismo es el último refugio de los malvados. Por

(1) 25 de Mayo, aniversario de la Independencia argentina.

eso es que las tiranías rotas por los hombres de Mayo, en las guerras de la independencia americana, fueron instituídas en nombre de la patria; es en nombre de la patria, tal como antes en el nombre de Dios, que se han sancionado toda clase de crímenes; es en nombre de la patria que se continúa hoy arrastrando a los pueblos sugestionados a luchas de exterminio; sí, es en nombre de la patria, y al inaugurarse el siglo xx, que los grandes caciques de la Europa al frente de sus tribus atraviesan en malones devastadores sus campos florecidos.

Hace algun tiempo, no mucho, desafiando las iras de un grupo de fanáticos, en una asamblea pública, me expresé sobre el tema en la siguiente forma:

Para mí esas líneas imaginarias con que han sido divididos los pueblos no existen. Sólo moralmente podría fraccionarse la humanidad, y para ello habría necesidad de colocar a un lado los seres sanos y en el otro lado a los enfermos. Lo demás es, y ha sido, cuestión de política, de fuerza, de imposición, de conquista, de diplomacia, de astucia o de hipocresía.

No hay ríos, no hay montañas, no hay océanos, no hay cordilleras ni otros obstáculos físicos para la inteligencia, y la patria de ésta no tiene *divortium aquarum*. Lo demás no puede ser sino conveniencia, egoísmo o falta de luz. En consecuencia, la patria es la libertad, y allí

donde se oprima, allí donde existan voluntades que se impongan con el Mauser o el Krupp, allí debe resonar el grito de los soldados de la humanidad, en cuyo número me cuento.

¡Ya pueden, tocando a ataque, batir el parche de sus cajas jorobadas todos los vetustos tradicionalistas, todos los retrógrados enmohecidos! Sus tambores sonarán a hueco: las huestes no acudirán a su llamada. Y esto no es una profecía. Las madres de hoy, más grandes que sus abuelas, no quieren continuar engendrando hijos para el matadero; y antes de entregarlos al monstruo de la guerra para que los devore, desesperadas, locas de dolor, las cabelleras revueltas, los ojos como ascuas y los músculos distendidos en el esfuerzo supremo, atraviesan sus cuerpos en las líneas ferrocarrileras creyendo—¡infelices!—evitar de ese modo la partida fatal.

Vosotros ya sabéis lo que acontece después: los cuerpos son echados a un lado, el tren pasa... y los hijos no vuelven.

Pero ¡qué gran paso hemos dado! Ya no se engaña a las madres; y si todavía sus hijos sirven ambiciones bastardas o defienden, obligados, posesiones conquistadas, no lo hacen con su consentimiento. Ya ellas saben que para mejores fines debieron haber nacido.

Es que vientos nuevos soplan, es que fuerzas nuevas vienen, es que el fermento ya existe y la

mareas de las almas, con el mundo físico, subarrojando en forma de escoria los malos elementos. Es que después de milenios de noche hay luces de aurora, y en los aires vibran gritos de triunfo. Y esa aurora, que se anuncia con ruidos de tormenta—porque para hacerse la luz suele ser necesaria la convulsión—es la que no quieren ver los insensatos. Pero si la luz no los ciega, como aquellos que han permanecido mucho tiempo en las tinieblas cuando de pronto los hierre el sol, verán qué puros son los rayos con que ella ilumina.

* * *

Estas frases tuvieron la virtud de irritar hasta la insensatez a más de un sectario.

Tengo la seguridad que hoy, al lanzar en libro estas páginas, también levantaré más de una protesta provocando más de una amenaza. Pero ¡no haya miedo! que la falange de los *sin-patria* aumenta incesantemente gracias a que no han sido hechas las mordazas para los que, con Guyau, afirmamos que quien no obra como piensa no piensa completamente. Así pensamos, así obramos los que tenemos el coraje de nuestras convicciones, fruto exclusivo del estudio y la experiencia.

Luchemos, pues, sin temores a cobardías ni

renunciamientos, con la virilidad de los fuertes, la confianza de los que han de vencer, la altivez de los íntegros y el denuedo de los libres para apresurar la llegada del día en que, al decir de Timon, la Libertad, en marcha triunfal, verá caer las barreras de las aduanas, los tribunales y los jueces, los cadalsos y las cárceles, las aristocracias y los ejércitos, las censuras y los monopolios, reuniendo en confederación a las naciones, diversas de lengua y costumbres, en nombre del mismo humano interés, de la misma dignidad, civilización, reposo y bienestar.

CONTRA DIOS Y EL ESTADO

«El cristianismo, bajo todas sus formas, y la metafísica doctrinaria y deísta salida de él, y que no es en el fondo más que una teología enmascarada, son sin duda ninguna el más formidable obstáculo a la emancipación de la sociedad; y la prueba está en que los gobiernos y todos los hombres de Estado, que no son, ni metafísicos, ni teologuistas, ni deístas, y que, en el fondo de sus corazones, no creen en Dios ni en el diablo, protegen con encarnizamiento a la religión, cualquiera que sea, puesto que ella enseña, como todas lo hacen al fin, la paciencia, la resignación, la sumisión.»

Estas frases de Michel Bakounine, el fuerte y bravo pensador, a pesar de haber sido escritas hace muchos años, son hoy de actualidad palpitante.

Y como la rebelión es la luz; y como la luz es la verdad; y como la verdad es la vida; y como la vida no puede expandirse en un ambiente donde primen la paciencia, la resignación, la sumisión, he aquí por qué es necesario proclamar alto, muy alto, que mientras existan opresores y oprimidos no habrá sino una cosa verdaderamente noble en el mundo: luchar por la destrucción de todas las esclavitudes políticas y sociales; pero sin disciplinar a nadie, sin formar ejércitos distribuyendo grados y jerarquías, que eso es echar bases, preparar elementos para tiranías futuras.

Hace pocos días, a raíz del descubrimiento de los hechos que han dado motivo a este hermoso acto de protesta (1), tuve oportunidad de decir:

«Estamos en plena inquisición. Y ha corrido tiempo desde que un loco asesino, invocando a un dios monstruoso y devastador, llenó de espanto la tierra.

Aún, sombría y trágica, la imagen de Torquemada se cierne sobre los pueblos amenazadora y terrible. Tiene, como ayer, por cómplice al Estado. Y es el concubinato infame de la fuerza y de la astucia el que perpetúa esta situación mise-

(1) Meeting anti-clerical celebrado en Buenos Aires con motivo de las torturas infligidas a varios niños en la «Casa Correccional de Menores» y en el cual fué leído este trabajo.

nable y oprobiosa, productora de razas de hombres degenerados.

El clero, en unión con los gobiernos, ha realizado la estupración intelectual de miles de generaciones. Lenta y solapadamente, las instituciones religiosas—que son plaga en todas partes—, cobijadas por la cobardía y el utilitarismo de los dirigentes políticos, sostenidas como éstos por las mismas víctimas—forzadas o inconscientes—, han deformado el cerebro humano, esterilizando así las más bellas y nobles fuentes de la vida.

Para esta obra execrable se toma el cerebro del niño y se le castra. El objetivo es uno: crear seres pasivos y serviles. Es la manera de dominar. Y es matando en su nacimiento el espíritu de rebelión—generador de todo progreso—como se consigue fin tan innoble.

¡Clero criminal, gobiernos cómplices, padres imbeciles, madres esclavas, todos sois responsables de este atentado! No hay más que un inocente: el niño. Víctima de todos vosotros, lo reducís a andrajo moral. Si rico, entregándolo a la podredumbre de la educación jesuítica; si pobre, huérfano y desvalido, sumiéndolo en las cloacas de vuestros asilos religiosos, o en ese *Monjuitch* de infantes que con tan cruel ironía habéis denominado CASA CORRECCIONAL DE MENORES.

Ha sido necesario que carnes inocentes de niños hayan sido flageladas por el cilicio del fraile;

ha sido necesario que las llagas físicas sean expuestas al aire libre, en plena calle y al sol, para que el vocero popular se alzara una vez siquiera en defensa de los eternos indefensos. ¡Ah... ingenuos! ¿Ignorábais que desde hace siglos se vienen flagelando conciencias? ¿Por qué protestáis ahora cuando habéis callado tanto y cuando seguiréis callando en cuanto se cierren, superficialmente, esas llagas que tanto os horrorizan y que no habéis sabido prevenir?

¿Queréis realmente hacer obra de hombres?

Bueno, si no queréis seguir siendo cómplices— pues lo sois, pese a vuestras denuncias, periodistas de esta tierra— arrojad lejos el fardo de prejuicios que dobla vuestras cervices, no tengáis miedo a las ideas, que éstas redimen y vivifican; desentrañad con ellas el alma de la verdad, y alzándoos sobre las preocupaciones que os esclavizan, dad el nombre que le corresponde a cada acontecimiento y a cada cosa. Proclamad la moral, que es una. El mal, fijaos bien, no está sólo en el acto canallesco de un fraile verdugo, sino que también lo está en el juez que hoy lo acusa porque es sectario enemigo, en ese mismo juez que permite, tolera y autoriza con su silencio la vejación continua del hombre por el hombre.

Daos cuenta de que este hecho inicuo que hoy condenáis es el resultado de un sistema, egoístamente perverso, que vosotros aplaudís diaria-

mente. Daos cuenta de que el mal no se cura cortando una sola rama del árbol carcomido, cuyo desplome traerá la ruina de la casa.»

Daos cuenta de que este hecho inicuo que hoy condenáis es el resultado de un sistema, egoístamente perverso, que vosotros aplaudís diariamente. Esto es verdad. Por eso es que este *meeting* no puede tener carácter personal. No se trata de combatir a un fraile. Tal propósito sería ridículo. Se trata de combatir a todos los frailes y a todos sus sostenedores.

Pedir el castigo de un director de cárcel creyendo que con la consumación de aquél llegaría a obtenerse una mejora en el actual orden social afectado por el clero, sería lo mismo que suponer que el crimen desaparecerá de la tierra cortando la cabeza de algún gran criminal, y que las pestes dejarán de causar víctimas el día que se resuelva el asesinato de un varioloso o de un colérico.

Lo que hay que suprimir son las causas del delito, los sistemas criminales en que reposan las sociedades modernas. Los ejércitos verdugos, el clero hipócrita, los patronos capitalistas y explotadores de todo linaje, las policías delatoras y todos los gobiernos de pilatos que continúan llenando sus vientres con el sudor y la sangre de ese gran Cristo que se llama pueblo.

Esto sí sería cegar, de una vez por todas, las charcas productoras de microbios que minan

nuestro organismo social. Científicamente, esto se llama antiseptia.

Y sólo la higiene puede salvarnos. Hay, pues, que hacer higiene social, destruyendo los gérmenes patógenos de todos los jesuitas por venir, de todos los farsantes y aprovechadores en incubación latente.

Con todos los grandes revolucionarios del día, con todos esos *líricos*, esos *utópicos*, esos *extraviados*, esos *locos ilusos* que se llaman Pedro Kropotkine, Emilio Zola, Eliseo Reclus, León Tolstoï, yo pregunto y concito a la respuesta a todos los hombres que piensan, si es posible la equidad en medio de estas sociedades en que se legaliza el crimen, donde se premia al victimario, donde se tienen asesinos a sueldo y es gloria y honor ostentar medallas que atestigüen las horrendas carnicerías humanas denominadas *batallas* y *combates*; donde cada patrón es un tirano que para explotar al trabajador cuenta con el apoyo de todos los poderes —engranaje de fórmulas infames que subsiste, para escarnio del mundo, con el hermoso nombre de justicia—; donde no hay respeto sino para el poseedor de capital que es trabajo ajeno acumulado, es decir, para el ladrón a quien la ley ampara; yo pregunto, digo y concito a que se me conteste, si es posible, en fin, la virtud en medio de una sociedad culpable en la que basta declararse cómplice para obtener un privilegio.

Ahora escuchad por boca de Tolstoï ésto que más que una contestación es una sentencia:

«Ha llegado la hora de que los hombres comprendan que los gobiernos y las iglesias son instituciones no sólo inútiles, sino perjudiciales e inmorales, a las que todos los hombres honrados deben abstenerse de prestar su concurso y de las que ni se puede ni se debe aceptar ninguna ventaja. Cuando la mayoría de los hombres haya tomado esta resolución, la hipocresía y la mentira que los envilecen desaparecerán por sí mismas. No hay otro remedio para librarse de la esclavitud.»

Por mi parte agregaré este corolario:

• Lo que es perjudicial, lo que es inmoral, cualquier institución que sea —ya un gobierno, ya una iglesia—, debe ser destruído, aún, mejor dicho, incendiado, para que de sus cenizas no puedan emanar las pestilencias.



LLAGAS Y SILICIOS

Un pobre diablo, padre de hijos hambrientos, penetra una noche al lujoso gallinero del rico propietario y toma de él dos gallinas.

—¡Ladrones!... ¡Ladrones!... grita una voz de acento terrible, con un tono tal, que se diría pidiera el desplome de todos los rayos del cielo sobre el audaz invasor, que a horas tan inadecuadas se ha permitido turbar el augusto sueño de los inocentes animalitos...

Después, gran ruido en las cercanías, todo el barrio en acción, rápidas e insistentes llamadas de auxilio, choque de sables en el aire, un tiro errado por mano cobarde a una sombra que se desliza veloz por una ventana, un cuerpo que cae, un forcejeo de lucha desesperada en el suelo, y muchos dientes—grandes como brazos de autoridad—mordiéndolo en ese cuerpo. Un rato

más y la trailla de perros humanos, bien comidos y bien dormidos, como se requiere para el caso, da con el pobre diablo en el más inmundo de los calabozos de la comisaría próxima.

Para el rico propietario aquí termina, puede decirse, el drama; para el pobre diablo comienza. Por cada gallina, despertada inoportunamente, él dormirá dos años sobre una tarima de cárcel. A pesar de todo, esto no será lo más trágico: cuando se encuentre en la calle, sin hijos hambrientos ya, porque a los hijos los llevó la muerte, el pobre diablo veráse convertido en un ser temible, y la trailla de perros humanos, siempre en acecho, bautizándolo por cuenta propia, le dará un excelente sitio en el grupo, a su celoso cuidado, de los detentadores de la propiedad. Desde entonces, nuestro pobre diablo se elevará a personaje de galería policial y bajo su fotografía podrá leerse: *alias tal—ladrón conocido*.

Y así, por la sola razón de ser ladrón conocido, figurará más tarde en una cantidad de procesos formulados por crímenes o delitos misteriosos. En estas difíciles emergencias es menester tener siempre autores más o menos probables a mano. ¡De otro modo los perreros podrían perder su confianza en la trailla! Para estos casos no faltará nunca algún cronista de periódico barato y bien informado, que al ocuparse de nuestro pobre diablo diga esto o algo parecido: «como presunto autor de este hecho, que tiene

hoy preocupado a todo el alto personal de nuestra experta policía, figura el ladrón conocido A, cuyo célebre robo realizado en casa del distinguido señor B, el año tantos, será aún recordado por nuestros lectores. Como hemos dicho en otra ocasión, A. fué en su juventud un honrado obrero a quien perniciosas compañías indujeron por el mal camino. Hoy, como hemos dicho también, es uno de los tipos más peligrosos cuyo rastro no pierde la sección de pesquisas, motivo por el cual creemos que dentro de pocas horas caerá en poder de alguno de sus agentes.» Es excusado decir que al publicarse estas líneas nuestro pobre diablo será, ha tiempo, presa de la trailla, que al día siguiente, con pompa y diti-rambo, por el mismo cronista del periódico barato y bien informado, hará anunciar la captura como un nuevo triunfo...

* * *

¡Ah, perros! ¡Ladrón quien nada tuvo, ladrón quien nada posee! Escuchad. Ese hombre, obrero honrado en su juventud—y en esto, no lo dudéis, es en lo único que el cronista no miente—fué un robado ayer, es un robado hoy. Ayer le explotó el patrón, hoy le explotáis vosotros.

Oid la historia de ese hombre: niño, muy niño, acudió al taller; sus manos tiernas temblaban cuando el martillo gigante que manejaba el Hé-

cules, su compañero mayor, caía sobre el cortahierro cuyo cabo, que debía sostener, era ancho para el círculo que podían formar sus dedos; pasó su infancia en la fragua, moldeando el metal que ardía y le iba arrugando la piel—la piel del fruto aún no maduro—, como el incendio a las florestas vírgenes; llegó a la adolescencia sin más escuela que el yunque sobre el que empezó a doblarse su cuerpo de músculos duros y deformados por la tarea brutal; se hizo hombre y tuvo hijos; ¡dolor!... ¡dolor!... ¡dolor!... Un día viene un paro forzoso, cesa el trabajo y, naturalmente, en la casa empieza pronto a escasear el pan; cuando no hay trabajo en la casa del obrero hay hambre, y cuando hay hijos, ya se sabe, el hambre es más feroz, ciega más, exalta más, desespera más;—¡oh, el hambre entonces tiene muy mala cara!—¡Y los hijos son tan hermosos, tan inocentes, tan buenos! ¡Ellos no deben padecer; cómo se les va a dejar que sufran, no puede ser! Y el triste padre, el honrado obrero, dice: ¡iré por alimento, lo traeré de donde lo encuentre! Ya resuelto, sale, y al pasar por el lujoso gallinero del rico propietario, penetra en él. Después, ya lo sabéis: quien lo ha producido todo, quien lo ha hecho todo, el único autor de la riqueza social, el honrado obrero, va a la cárcel: ¡ha robado dos gallinas!...

Ahora ved el reverso de la medalla.

Rodeado de comodidades, servido por esclavos libres—todos los que sirven lo son—vive en la propiedad urbana o en la finca rural, según varíen la temperatura y el humor. Como aún no ha muerto el feudo—entre nosotros hoy se llama *estancia*—, el niño — el patroncito — dispondrá a su capricho — que para eso cuenta con la autoridad del tirano—, su padre—, en la ciudad, de criadas y lacayos, y en el campo, de peones y pastoras.

Un buen día, ya crecido, le llamará su padre diciéndole: la patria necesita de hombres que la defiendan, que velen por su honor y por la integridad de su territorio: serás militar. El joven, con hábitos de mando ya, ha soñado muchas veces en ser general en jefe de un ejército. Por eso acoge con gran entusiasmo la idea del papá. Y sin más trámites marcha al cuartel. Pasan años. Ya lo tenéis convertido en un defensor de la patria. Para velar por el honor y por la integridad de su territorio, va al desierto a matar indios. Mata y roba. El malón cristiano es como el fuego: devora, arrasa. Sobre la pampa inmensa queda sepultada toda una raza.

Ya abonados los campos, los divide y los vende: no los siembra, advertid.

Este bandido de verdad, podrá mañana llegar a ser hasta cacique de tribu o presidente de república.

He aquí a fe un verdadero ladrón conocido...
Ladrón es quien todo lo tiene, quien todo lo posee; bueno, pues, he ahí el caso.

* * *

Ahora bien; garantizados por el cacique, que ahora tendrá ministros en lugar de capitanejos, a su sombra colosal viviran los demás ladrones, es decir, los que todo lo tienen, los que todo lo poseen: el político negociante que, erigido en redentor, seguirá explotando la imbecilidad ambiente; el dueño de fábrica, que agostará a la infancia en el taller malsano; el banquero millonario, que guardará en sus arcas la sangre del pueblo hecha moneda; el juez servil, intérprete cobarde de leyes canallescás, y el fraile nefasto, que desde el mostrador venderá fe como el almacenero pasas de Corinto, nueces y aun otras cosas mucho menos agradables y nutritivas—fósforos, por ejemplo, a la infeliz muchacha engañada que no tiene a su alcance otro veneno!

Completa el cuadro la fuerza armada. Ejército y policía, dispuestos siempre a la delación y al crimen en defensa de ese engranaje de farsas y mentiras, de esa organización social torpemente egoísta, que hoy impera permitiendo aún la explotación infcua, la tiranía salvaje y primitiva de

las minorías armadas y parásitas sobre las multitudes productoras.

* * *

Hagamos un poco de análisis y veamos cómo se roba hoy la energía del trabajador. Pongamos por caso a un sembrador de trigo en la provincia de Buenos Aires. Juan, el sembrador, trabajando eternamente de sol a sombra, limpia el suelo de malezas, abre el surco y planta el grano. Cuida el cultivo, cosecha el cereal y lo embolsa. El deja preparado el trigo, listo para transformarse en harina. Juan, hace todo esto por un jornal mísero que le paga el dueño de la tierra y con el que vive al día. Terminada la cosecha, el dueño de la tierra vende el trigo al acopiador, quien lo envía al consignatario del centro urbano — en este caso la capital, Buenos Aires—, y éste recién a su vez lo pasa, digo, lo vende al dueño de máquinas que lo hará transformar en harina. Resultado: después de diez años de brega, el dueño de la tierra, el acopiador de trigos y el consignatario del centro urbano serán propietarios acaudalados, tendrán depósitos en los bancos, gran influencia en la administración nacional y familias muy religiosas, muy católicas, que arrastrarán gran tren de lujo, ostentarán muchas joyas y cuyos nombres,

indefectiblemente, figurarán en las listas de damas de beneficencia... Mientras, Juan, trabajando eternamente de sol a sombra, seguirá limpiando el suelo de malezas, abriendo el surco y plantando el grano: todo, se entiende, por un mísero jornal que le paga el dueño de la tierra y con el que vive al día.

¿Para qué cansaros con nuevos ejemplos? Este caso es típico de la explotación, del robo actual. Lo que pasa con el que siembra y cosecha el trigo, pasa con el que corta y trabaja la madera, con el que funde el hierro, con el que curte y elabora el cuero, con el que teje la tela, con todo productor, en fin, víctima del capital, del trabajo acumulado de nuestros ascendientes, convertido en enorme balurdo para efectuar el más infame «cuento del tío», esa ley de hierro de los salarios con la que, afrentadas, pasarán a la historia las actuales generaciones.

Y mirad bien: el más perverso, el más enfermo, el más monstruoso, el más degenerado de los reclusos en la Penitenciaría Nacional, continúa siendo hoy un explotado.

Los ladrones retratados por la comisaría de pesquisas y medidos por la oficina antropométrica del Departamento central de Policía, son también productores: sus manos asesinas elaboran objetos de lujo para regalo y comodidad de capitanejos y caciques. ¿Queréis más?

¿Y toda la fuerza que se emplea en trabajos

inútiles, en luchas estériles o perjudiciales, todo ese montón de empleados de oficinas públicas y privadas destinadas a trámites y expedientes leoninos? Observemos bien y nos daremos recien cuenta de que todo esto constituye el único, el verdadero robo hecho por un grupo de privilegiados a la masa paciente—¡oh, en demasía!—del proletariado que siembra, muele el grano y amasa la harina sin reposar jamás.

* * *

Escuchad ahora, porque es curioso, cómo se expresan los ladrones.

Yo no he robado nunca, soy un comerciante honrado que he obtenido mi fortuna con la consagración y el sacrificio de mis mejores años, os dirá el mercachifle vulgar que ha desperdiciado, inconscientemente, su vida dedicada sólo a encontrar los medios de vender por cinco lo que ha comprado por dos; yo soy un comerciante honrado—¡como si estos dos términos no se dieran de coces!—os dirá el especulador en lanas, que mientras existen cuidadores de ovejas ateridos de frío en las campiñas, permanece impassible, satisfecho, contento, esperando que la plaza suba, como dicen ellos, para realizar el producto por el más alto precio posible; yo soy

un hombre honrado, os dirá el panlagudo político, explotador de concesiones de tierras o ferroviarias, en sociedad con el diputado y el senador, en quienes la multitud de cándidos continúa delegando sus facultades y derechos; yo soy un comerciante honrado, os dirá también el agiotista y el usurero que juegan con el hambre y la vida del prójimo, poniendo a cada instante en sus balanzas el peso de la desgracia; yo soy un comerciante honrado, os dirá por fin el dueño de panadería que, en tanto llena su vientre y su bolsa, alimenta a sus obreros con piltrafas y coles en descomposición.

Ya lo veis: todos son comerciantes y todos son honrados... ¡Ya lo creo; como que ninguno de ellos figura en la galería policial!...

También es verdad que ninguno de ellos sabe forjar el hierro, sembrar el trigo, amasar el pan, curtir el cuero, tejer la tela, ni siquiera fabricar objetos de lujo para su propia satisfacción. ¡Ah, los inservibles! ¡Tan inservibles como honrados!...

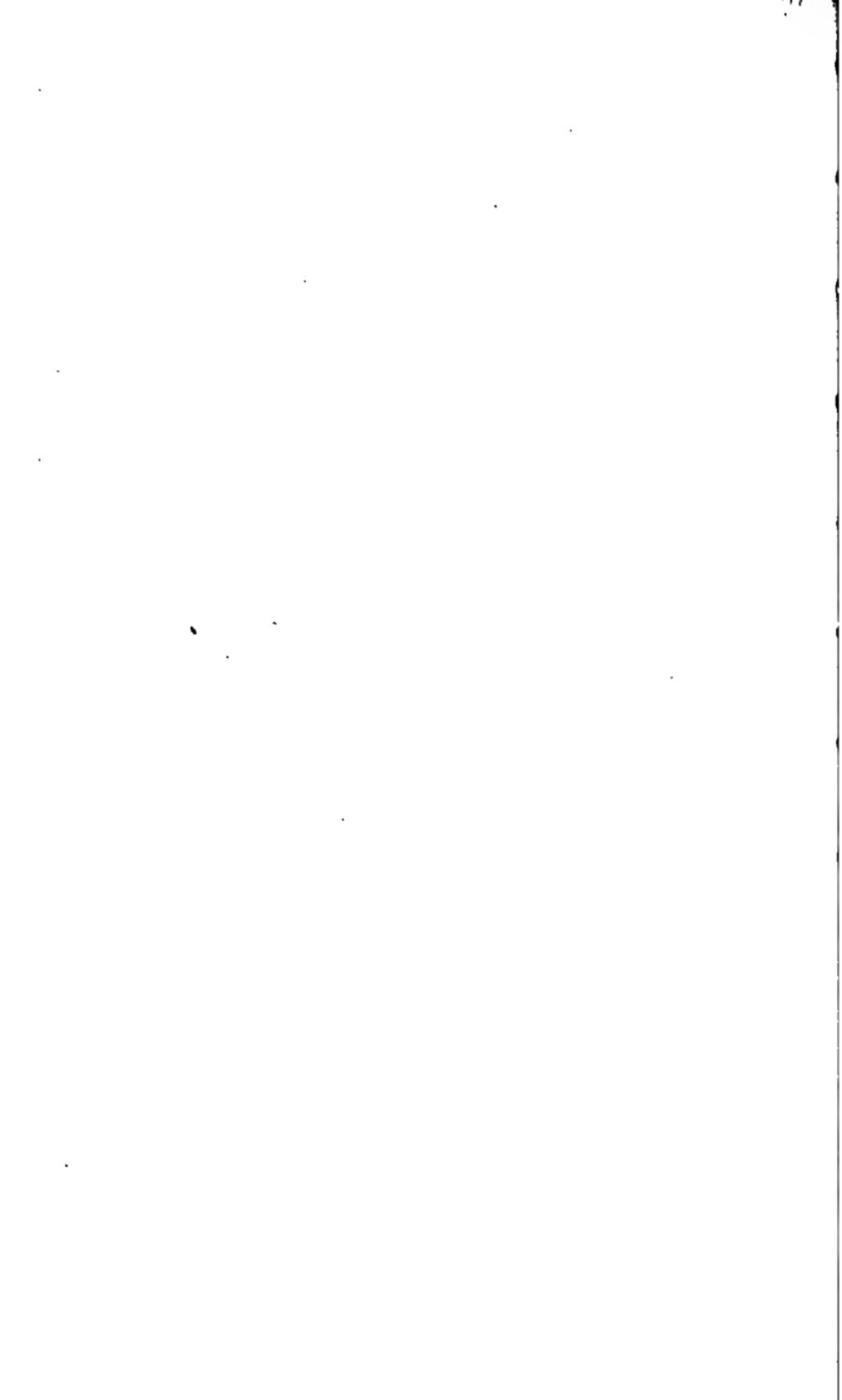
¡Y pensar que para todas estas *clases* el verdadero obrero, el verdadero productor será todavía por mucho tiempo quizás un ente sumiso y manejable, un instrumento del que se servirá a capricho, al que le imprimirá su voluntad, del que seguirá haciendo su esclavo!

¡Ah, rebelión santa, chispa salvadora, luz justiciera! Yo te invoco con todas las energías de

una inteligencia que, en lo que a la cuestión social se refiere, ha llegado al convencimiento de que «destruir es crear».

Para honor nuestro, los tiempos de destrucción que traerán los tiempos de paz se acercan, no podemos dudarlos, y es para entonces, para cuando el sentimiento del amor—ley natural que no quebranta ninguna especie—triunfe en el hombre sobre el odio actual originado por causas inherentes a la evolución—la ignorancia y el fanatismo principalmente, en guerra perpetua con la ciencia—que trabajan hoy todos los obreros conscientes del mundo.

¡Ah, solidaridad obrera nunca suficientemente invocada por los propagandistas! A ti principalmente corresponderá el triunfo, tuya será la gloria; el futuro te pertenece. Eres tú la que derrumbarás para siempre ese edificio de tablas podridas cuyas columnas comienzan a bambolear. Después, mientras barremos los escombros, nos entregaremos a la tarea de hacer nacer el amor.



MEDIOS DE LUCHA

(Conferencia dada en el «Club 1.º de Mayo», de Buenos Aires.)

¿Pensar alto, formarse un criterio propio respecto de cualquier asunto o problema social contemporáneo; lanzarse en las corrientes de las ideas modernas haciendo a un lado cálculos utilitarios, egoísmos y mezquindades; tener el valor moral de defender estas ideas, en la seguridad absoluta de que al no traicionar la conciencia en una sociedad de mercachifles, sólo es doble alcanzar el desdén o la burla de los *hombres honrados* que la forman; ir sin miedos y sin vacilaciones a afrontar una lucha formidable en pro de convicciones científicas, en un medio ambiente de intelectualidad financiera, en un medio ambiente en que sólo hay aplauso para el éxito personal y pecuniario? ¡Locura! Eso sólo puede tener cabida en cerebros minados por la acción.

degenerativa de enfermedades atávicas que obran en el organismo a manera de olas devastadoras en las rocas de las playas...

¿Constituirse en campeón de hermosas y nobles causas en esta estruendosa Cosmópolis en que el 99 por 100 de sus habitantes vive perpetuamente en acecho del centavo? ¿Dónde únicamente se ve exteriorizado un solo anhelo, un solo fin: hinchar la bolsa; tener ideales en un pueblo compuesto por hombres de garras y ojos? ¡Vaya una inocencia!

¿No eres tahir, ladrón público o privado, mula de tahona periodística, dueño de stud, siquiera? ¿Eres capaz de resistirte a entrar en el concierto en que suenan las monedas de níquel (falsas todas) de los especieros actuales? ¿Eres suficientemente altivo para no doblegaros ante la muñeca política que os arrojará un empleo público a cambio de vuestra adhesión completa a sus fines bastardos, exigiéndoos la anulación de la personalidad? ¿Sí? Pues entonces serás un *sentimental* o un *enfermo* para ese 99 por 100 de que os he hablado; ese 99 por 100 que piensa con la materia amarilla de su hucha y que ve la vida por el ojal de su bolsillo.

* * *

Y se os motejará de sentimental o de enfermo con una ironía hiriente que tendrá la única virtud

de trocar en furor vuestra paciencia. Después surgirá, violenta, la voz de un rebelado, y entonces un grito de asombro se extenderá desde el hogar al club, desde el periódico a la calle, desde el café a los pasillos de teatro, condenando esa voz en nombre de un conservatismo tan inconsciente como mísero y estéril.

¡Ah, bárbaros! ¡Si lo que debiera extrañaros es que no estalle una bomba en cada esquina, que no irrumpa un motín en cada plaza, que al conjuro de una palabra—sonora como el estampido de todas las cóleras, de todas las desesperaciones, de todas las angustias, de todas las hambres—, ese rebaño que hoy se arremolina manso y mohíno—fatigado de injusticias y de abusos—no despierte, convertido en feroz conjunto de hienas y de lobos, a matar al que, debiendo ser su hermano, es su opresor y su verdugo!

¿Pena de muerte? (Ya la tenéis, doblemente sancionada por el Congreso de este país, a pesar de la noble campaña en pro de su abolición). ¿Pena de muerte en nombre de la teoría eliminativa? ¡Buena! Pena de muerte, ¡sí! ¡Pero empecemos con los vampiros que absorben sangre de pueblos; con los parásitos actuales... y con los imbéciles!

* * *

Disculpadme. Estas palabras son el desahogo de un alma de luchador que, en medio del com-

bate, acosado sin tregua, alza la frente y redoblando el ímpetu formula al enemigo el más terrible de sus retos. Creo, como el que más, en el mejoramiento humano, en la purificación de la raza, en la regeneración social y en las horas santas de la fraternidad verdadera... porque creo en mi regeneración, porque creo en mi mejoramiento, porque creo en la fraternidad que siento vibrar en mi corazón hacia vosotros. Si así no fuera, escusado es decir que mi presencia holgaría en este lugar. Debo manifestaros, sin embargo, que cuando se me invitó a dar una conferencia en este Centro, titubeé en aceptar. Voy a daros la causa. Entre mis muchas y seguramente infundadas pretensiones, tengo la de ser práctico. Sabía que iba a hablar entre convencidos, y por lo tanto consideraba, si no ineficaces en absoluto, supérfluo, redundante, el desarrollo de teorías e ideas que nos son comunes. Mi programa de propagandista es completamente individual, y he creído siempre que la prédica hay que llevarla a los profanos, a los que duermen, a los que yacen en la indiferencia o en el error, a los que ni siquiera presienten los amplísimos horizontes que se abren a nuestros ideales. Vosotros, los que tenéis espíritu de propagandistas, me comprenderéis.

Luego reflexioné, y al darme cuenta de vuestro esfuerzo al organizar este nuevo Centro de

progreso, quise incorporarme con mi aplauso, comprendiendo que al proceder como han procedido sus fundadores, estaban dentro de mi pensamiento. De primera impresión podría esto parecer un contrasentido. Pero no es así: en estos centros encontrarán armas los que tengan espíritu de paladines, de estos centros caerá la semilla que fecundizará el erial.

Entonces vendrá la propaganda del individuo. Tal como yo la entiendo. Empezando en la casa, en el hogar, para continuar en la calle con el compañero, con el amigo, con el conocido; en todos los sitios, en todos los círculos—que por ahora lo que es necesario es ir abriendo los cerebros al sol.

Un sociólogo distinguido ha dicho:

«Entre el medio social, cuya realización nos está reservada, y el medio actual, sólo existe el espesor de la imbecilidad burguesa.» Romper esa barrera. Esa es nuestra obra.

Pero antes estudiemos el medio, penetrémonos del ambiente que nos rodea, y para ir contra el enemigo empecemos por herirle en los puntos más vulnerables.

Esbochemos nuestro actual estado social, económico y político.

Vivimos de tradición; somos retrógrados por herencia; nuestro horizonte se diría que está a la espalda; somos esclavos del pasado.

La ignorancia y el utilitarismo priman en la de-

nominada *clase dirigente*, y los cerebros claros que pueden trazar caminos, marcando rumbos a las almas nuevas, permanecen en el olvido y en la sombra, obstaculizada su acción por camaraderías políticas o por cenáculos de universidades, que ven en ellos un peligro para la existencia de regímenes malos y de programas vetustos, sólo útiles para el lucro de mezquinos intereses.

Se dice:

Este es un país nuevo, rico, inmenso... abierto al progreso y a la civilización. Hay cientos de leguas de tierras vírgenes que esperan el brazo fuerte, la semilla fecunda. Venga el hijo de la Europa desgastada después de tres mil años de reverdecimiento: el porvenir está aquí.

Palabras... palabras... palabras... En esta bendita tierra pasa lo que en todas las tierras. Esos cientos de leguas no pueden ser sembradas, con ventajas, por el europeo, porque están acaparadas por unos pocos: los modernos señores feudales de estas repúblicas— porque el paniaguado *tal* obtuvo una concesión incalificable, y el paniaguado *tal* especula con esa concesión que él, y la mayoría, consideran como el más lícito de los negocios. En consecuencia, esas tierras no pueden ser labradas por el recién llegado ni por el antiguo residente. Es claro: ¡la propiedad es sagrada!

¿No tiene usted capital? ¿No forma usted parte de algún sindicato inglés? ¿No tiene usted más

que su brazo y su voluntad? Poca cosa, por cierto. ¡Vaya! no hay trato posible!

¿Y entonces?

* * *

Esto es con la tierra. Veamos ahora lo que acontece en otras esferas.

Bajo el régimen republicano se dice:

Todo ciudadano tiene derecho a tomar parte en la gobernación del estado por medio del sufragio.

Más palabras... Si no, veamos.

¿Por qué el extranjero que llega a estas playas no se apresura, después de darse cuenta del medio ambiente, a adquirir la carta de ciudadanía que ha de asegurarle derechos para tomar participación en la cosa pública?

¿Por qué el extranjero no se naturaliza? ¿Por qué renuncia al voto, permaneciendo alejado de los manejos del gobierno, cual si se incorporara, confundiéndose, conscientemente, al elemento inconsciente del país que coadyuva al encumbriamiento de los políticos hábiles?

¿Por qué?

¿Acaso el español, el italiano, el alemán o el inglés, que forman su hogar en esta tierra, no siente apego a ella, no ambiciona su progreso, su adelanto?

Sí.

¿Y entonces?... ¿Por qué no se interesa por la cosa pública? ¿Por qué no va a los atrios a depositar su voto, que le acuerda su carta de ciudadano, en favor del candidato que le ofrezca mayores condiciones de honorabilidad, de talento y de carácter?

¿Por qué?

¿No está en su interés, en el de sus hijos, en el de sus compañeros, que los elegidos para administrar la nación, para influir en los destinos del pueblo sean los campeones de las ideas más adelantadas, para apresurar así la evolución que puede ser paulatina o rápida?

¿Y entonces?

Pero es que todo esto no es sino simplemente una superchería entre nosotros, como en todas partes.

Y porque así lo comprende el extranjero se aleja cada vez más del comicio.

Él no va al atrio porque sabe que allí se fusila al pueblo.

Él no va al atrio porque sabe que cuando éste no se convierta en teatro de batalla, se vaciarán las urnas a favor del candidato oficial, quedando elegido por la *opinión*, pese a quien pese, el maniquí, el títere de cualquier dirigente.

Es el sistema político el que los aleja, el que les produce esa indiferencia.

Pero esa indiferencia que domina al trabajador de otras latitudes no es tal indiferencia. Es pura-

mente convicción de la inutilidad de sus esfuerzos en pro de toda clase de mejoramiento. La parte mala está en el sistema.

Hay, pues, que cambiar el sistema, dicen ellos. Por mi parte, convencido estoy que el mejor de los sistemas es no tener ninguno. Pero, ¿mientras existan sistemas será indispensable sistematizar la acción para destruirlos? He aquí el tremendo problema.

¿Revolucionarios? ¿Evolucionistas? Ridículo sería el ir a darnos de cabezadas contra una muralla cuyos cimientos no hemos aún socavado suficientemente. No obstante, dice Gabriel Deville, los movimientos sociales jamás se efectúan pacíficamente; los nuevos elementos tienen que obrar con violencia contra el estado de cosas que los ha elaborado, y que deben destruir para poder continuar su evolución, al modo que el polluelo tiene que romper la cáscara en cuyo interior acaba de formarse.

Desgraciadamente la historia del mundo confirma este aserto. Candidez sería el tratar de persuadir a los capitalistas a que renuncien al orden de cosas de que disfrutan. Una mejora ruinosa para ellos y efectuada por ellos mismos, en la suerte del trabajador, es tan inverosímil como la intervención del Espíritu Santo. ¿Se cree, no obstante, que esa acción voluntaria será sustituida por la acción legislativa? Pero ¿cómo esperar de los hombres de la burguesía como di-

putados, lo que no se puede esperar de ellos como patronos, lo que rehusan, individualmente, cuando sus obreros solicitan un ligero aumento de salario o una rebaja del tiempo de trabajo? Las frases más retumbantes sobre el derecho y la justicia no arrancarán ni una piedra de la fortaleza capitalista.

Allemane, que ha terminado por odiar al parlamentarismo, creyó un día que los miembros del partido distribuidos en las cámaras realizan allí la obra de esos soldados que se introducen en las plazas fuertes para destruirlas mejor. Esta esperanza hay que darla por fracasada. Imaginaos el caso de un dueño de casa a quien pidiérais permiso para penetrar a ella con el objeto de demolerla.

La práctica electoral es una de las tantas comedias necesarias para continuar mistificando al pueblo. Para confirmarnos en esta creencia, nos basta el espectáculo que periódicamente nos ofrecen los partidos burgueses en acción. El oficialismo señala el número de representantes que cada uno de ellos puede llevar al recinto legislativo. ¡Después de señalado el número, viene la elección! ¿Queréis un ejemplo más elocuente?

Inútil, más que inútil contraproducente, considero, pues, el gasto de energías que se efectúe con un objeto político.

Según una frase de Paul Adam, que acabo de leer en uno de sus más valientes trabajos—«Las

fuerzas y la belleza»—, los electores son los verdaderos cómplices de la injusticia general, puesto que sus votos la consagran en vez de tender a su enmienda.

Acaso acabo de herir más de una esperanza albergada por algún embrión de futuro padre de la dulce patria burguesa. Puede ser que este conato de sospecha sea completamente infundado. De cualquier manera, el candidato en ciernes puede desde ya ir descontando mi nombre de la lista de sus votantes...

A propósito del famoso programa de Gotha, formulado para construir el edificio de la unidad socialista alemana, dijo Marx: «eso es un compromiso con el socialismo de estado, con la utopía Lassaliana utilizada por Bismarck; es la repudiación del socialismo revolucionario, es una engañifa». Y engañifas, *horchatas de Berlín*, serán siempre todas las transacciones, todos los compromisos, todos los acuerdos políticos que se lleven a cabo con las clases dirigentes.

Por lo tanto, la lucha es puramente económica, y en este sentido es que debemos esforzar nuestra propaganda, concentrar nuestra acción.

Os concito a que meditéis acerca de la siguiente declaración de la minoría de la comisión del Congreso socialista de Londres:

«Durante mucho tiempo los trabajadores franceses han combatido por los medios políticos que siempre confundieron con el parlamentarismo»

mo. El movimiento corporativo estaba entonces subordinado al movimiento político, cuyo objeto era la conquista del poder. Hoy, siendo mucho más socialistas y revolucionarias, las organizaciones obreras se desinteresan de la política, que consideran como un origen de divisiones. No queriendo ser por más tiempo la presa de los políticos, los socialistas se apartan de su dominación y quieren consagrarse por entero a la organización libre de las fuerzas corporativas, y su objetivo no es ya la conquista, sino la supresión del poder. Y esto con objeto de libertar a los trabajadores de todas las opresiones capitalistas y gubernamentales, e implantar una sociedad de hombres emancipados de toda esclavitud política y económica, por medio de la posesión en común de todas las riquezas sociales y de la organización racional del trabajo.»

Observa Hamon que, de un modo general, en Francia la tendencia más extendida entre los socialistas es revolucionaria, antiparlamentaria y libertaria.

Tengo el convencimiento de que un socialismo de Estado nos llevaría a una situación mucho más desesperante que la actual. Por otra parte, la idea madre del socialismo no consiste en mejorar, en corregir el Estado. Se trata de suprimir, de destruir algo existente. Creo, pues, que es obrar con inocencia el tratar de aumentar el poder de resistencia del Estado, cosa que, indudablemen-

te, dificultaría, demoraría la revolución, que, como se ha dicho, se llevará a cabo, no con la burguesía o por la burguesía, sino contra la burguesía.

Dejemos, pues, que ésta se esterilice por sí sola. Ella, como alguien lo observa, se asemeja a aquel animal que Flaubert pinta en su célebre libro «Las tentaciones de San Antonio»: se devora sin darse cuenta de ello. No llevemos, entonces, a su organismo en desmoronamiento los glóbulos rojos de nuestra sangre. Esto es ir contra nosotros mismos.

Sois vosotros, jóvenes luchadores, exentos de prejuicios y de cobardías, los llamados a iniciar en América la verdadera y pura propaganda de las ideas nuevas. La tarea es penosa, ardua, llena de inconvenientes; pero hermosa, bella, noble y fecunda. Para realizar el grande ideal es necesario llevar el convencimiento de su fuerza a todos los asalariados, a todos los explotados, a todos los que sufren en los talleres y en los campos, esclavizados al aire libre y en la sombra.

Una vez que el convencimiento llegue, la revolución es un hecho. Los opresores, son un puñado; los oprimidos, legión. Entonces bastará que éstos se levanten y serenamente digan: ¡hemos resuelto ser libres!



DE LA VIOLENCIA

(Conferencia dada en la «Casa del Pueblo» de Rosario de Santa Fe.)

Soy de los luchadores de la hora actual, y cada día me convenzo más de la grandeza que encierra la frase soberana de Carlyle, que aparece como un símbolo en las páginas del libro de «Los Héroes»: «Ningún hombre tiene derecho a quejarse de la época en que le tocó nacer. ¿Que ella es mala? Pues, ahí está él para hacerla mejor.»

Sin embargo, pertenezco al grupo de los quejosos de la época en que me tocó nacer; pero, de acuerdo con la idea enunciada, y tratando de completarla, considero, con varonil entereza, que el lamento en estos casos debe elevarse a la categoría de protesta, si es que pretendemos allegar nuestro miserable grano de arcilla a la realización de obras hermosas y fecundas. ¡Que

la queja sea acción entonces; que el lamento sea bandera!

Si fuera yo un pesimista, con frase acerba, descarnada y fría, diría al contemplar la lucha en que hoy y siempre se han debatido los pueblos: Tiendo la vista sobre el desierto del mundo y sólo veo víctimas y victimarios. Triunfadores y derrotados: no hay término medio. Recorro las páginas de la historia y encuentro que siempre, en todos los tiempos, los mandones y los déspotas han hecho estremecer de espanto a las naciones. Ayer se mataba en el nombre de Dios; hoy se mata en el nombre de la civilización. ¿Existirá siempre el pretexto? Yo no lo dudo. Consecuencia: los hombres han nacido para exterminarse mutuamente. La humanidad es peor que todas las suposiciones.

Y estaría dentro de la lógica...

Henry, el niño filósofo que arrojaba bombas, ha dicho: «Amo a todos los hombres en su humanidad y por lo que debieran ser, pero los desprecio por lo que son.» Y Henry, estaba también dentro de la lógica.

Ved, pues, cómo sin ser pesimistas, puede despreciarse a los hombres. Así yo.

* * *

Revolucionariamente, marchando por mares de lágrimas y de sangre, vamos a la conquista

de la felicidad. Cada empuje de la ola social derriba una roca, hunde un prejuicio, arrolla un obstáculo. Y así va el hombre, guerreando con el hombre, en cruzada incesante, a la busca del puerto amigo, de las aguas tranquilas, límpidas y azules, que allá, en lo futuro, brillan y esplenden rodeando, gloriosamente, a las ciudades del buen acuerdo, cuyos cimientos es menester echar sobre las ruinas de estos presidios en que hoy se encierran los pueblos manumitidos y esclavos.

Y es la acción, es la acción sin desmayos y sin tregua, sin vacilaciones y sin fatigas, la que apresurará el advenimiento de ese instante de paz a que aspiramos.

Y la acción, consecuencia de la idea, tiene que ser violenta. No se derriba sino a golpes. ¡Y hay mucho que derribar!

Ingenuamente se nos hablará de *evolución* y se nos dirá: no es posible ir a saltos, rebelarse contra lo estatuído; hay que dejar que los hechos se produzcan por sí solos. Y se nos querrá hacer creer que la voz de la ciencia y la experiencia se halla condensada en una frase que, para darle más valor e inapelabilidad, se pronunciará, invariablemente, en latín: *natura non fecit saltum...*

Pero, ¿es qué nosotros negamos la evolución? Pero, ¿es qué acaso podemos negar los hechos? Ahí está la Historia. Somos evolucionistas, sí. Pero es que el conflicto se produce, precisamen-

te, porque todo cambia, porque todo evoluciona, porque todo se transforma, porque no hay nada estable, nada definitivo. Así, mientras las instituciones retroceden, el individuo avanza: de ahí el choque inevitable, violento.

Imaginaos que para tender un camino de hierro en una montaña los constructores esperaran que las piedras fueran echadas abajo por la evolución. A buen seguro que todavía estarían sin comunicarse muchos pueblos. Al encuentro del obstáculo, el ingeniero pensará en el explosivo, y bajo la influencia del cartucho de dinamita la piedra saltará hecha pedazos dejando expedito el camino para tender el riel.

Así con las instituciones-piedra en la vida social. Para el derrumbe de la montaña de prejuicios, de convencionalismos, de mentiras, de farsas y de hipocresías, contra la que han luchado todos los pensadores, los filósofos de todas las épocas, ha tenido que emplearse, inevitablemente, la piqueta y el explosivo.

* * *

Toda la ciencia oficial pretende establecer como una verdad indiscutible que las revoluciones no construyen nada. Pero, ¿qué es lo que se ha construído sin las revoluciones? ¿Por ventura

son éstas otra cosa que el período acelerado de la evolución? ¿No constituyen acaso ellas el momento de hacer saltar hecha pedazos la piedra que obstaculiza el camino?

No se marcha a saltos. Está bien. Pero se marcha. O se retrocede. Esto nos dice la evolución. Ahora bien: si lo primero, hay que ir abriendo caminos, destruyendo; si lo segundo, volver por lo trillado, es decir: por donde se había destruído antes.

¡Y pensar que son los que hoy gozan de los beneficios de la república los mismos que niegan la eficacia de las revoluciones! ¡Como si los privilegios de casta y la tiranía feudal hubieran caído por medio de la persuasión! ¡Acordaos que el feudo y la nobleza sucumbieron a fuerza de hierro y fuego!

Claro está que el movimiento republicano fué debido a la evolución, preparado por los grandes filósofos del siglo XVIII, que, como expresa Bakounine, fueron los que primero enunciaron, de una manera clara y precisa, la idea de solidaridad entre los hombres, entrevista ya por el renacimiento; y por los actos revolucionarios de los campesinos franceses, los famosos «jacques» que, amedrentando con su acción a los señores, obtienen de hecho la abolición, sin rescate, de todos los diezmos, gabelas, tasas, impuestos al municipio y fueros feudales; la muerte del poder de los señores y la restitución de bienes a los

comunes—cosas todas consagradas después por una ley de la Convención. Este acontecimiento, tan remarcable, ha hecho exclamar a un escritor contemporáneo: Un acto revolucionario hace, en pocos días, más propaganda que un millar de folletos: ¡los parlamentos nada pueden si los descamisados y los descalzos no arrojan sobre sus balanzas el peso de sus garrotes y de sus picos!

De aquí una consecuencia: los parlamentos han estado y están de sobra: ¡huelgan!

El estallido del 93 en Francia, así como su antecesor el de Inglaterra en 1648—el primero en la serie de revoluciones modernas contra los señores y los reyes—, no constituyen, pues, sino períodos acelerados de la evolución, momentos propicios para hacer volar las instituciones piedra.

Negar esto es, sencillamente, demostrar una ignorancia supina de la historia; es negar la historia misma.

* * *

Los interesados en que las masas de trabajadores explotados permanezcan en la inacción dicen que las verdaderas revoluciones son las realizadas por los descubrimientos científicos el de la brújula, o el de la máquina a vapor, por ejemplo.

A este respecto dice Kropotkine, en uno de sus más recientes trabajos:

«El descubrimiento de la brújula y tantos otros inventos de la época —el reloj sin péndulo, los instrumentos matemáticos, los cuadrantes para tomar la altura del sol en alta mar y conocer la hora y latitud, la imprenta, etc., etc.— constituyen la obra de las comunas libertadas de la edad media: son el resultado de toda una época de libertad comunal.

Para hacer surgir esos grandes descubrimientos e invenciones fué necesaria toda una época revolucionaria, inaugurada el duodécimo siglo y continuada durante trescientos años de luchas sucesivas, en los cuales un viento de libertad, de iniciativa personal y de emancipación económica e intelectual sopló violento a través de todas las ciudades de Europa.

En realidad el movimiento se inicia en el décimo y oncenos siglos en Italia, en el duodécimo en Francia, Alemania y Países Bajos; luego se extiende hacia Escocia, la Polonia, Escandinavia y Rusia.

Las comunas hacen la revolución, que Gismondi y Agustín Thierry han narrado con tanta exactitud. Expulsan al clérigo y al Señor; se libertan del yugo, por la fuerza de las armas. Desiervos que eran, los ciudadanos se transforman en burgueses libres. Se organizan en plazas fuertes, que arman de espesas torres, ensanchán-

dolas cada siglo para englobarse a los pueblos vecinos. El comercio interior se hace entonces no ya por traficantes aislados, sino por la unión de los oficios. Hacia el exterior se efectúa por medio del centro comercial. No es ahora tal o cual mercader que envía sus arenques de Suecia a Hamburgo, o sus paños de Amberes a Varsovia. Es «el señor Grimsby», el «señor Amberes», Laon ó Novgorod, la república de Génova o Venecia, quienes mandan sus mercaderías, llevando la estampilla de la República de Venecia; de Novgorod, Laon, Amberes o Grimsby— y los comerciantes que viajan en los grandes buques o en caravanas no son otra cosa que comisionistas del centro comercial.

Así se engrandecen las repúblicas italiana, francesa, neolandesa y rusa: y este movimiento crea el inmenso comercio establecido en el Mediterráneo y el Báltico. Y es en ese comercio que mejora la fabricación de navíos, se elabora lo que más tarde será el derecho internacional, se crea, en fin, el arte de la navegación.

Y es en esas ciudades libres, en medio del ruido de las armas y de las luchas encarnizadas que los burgueses sostienen contra los clérigos, los señores, los príncipes y los reyes, que se desarrolla toda esa técnica de artes que crea una nueva Europa industrial, y que el décimo-séptimo y décimo-octavo siglos, bajo los reyes poderosos, no harán sino deteriorar y destruir.

Entonces fueron también creadas las universidades libres, tan distintas a esas maquinarias para fabricar funcionarios e ignorantes patentados por el Estado, que hoy poseemos; esas escuelas libres, donde los jóvenes se agrupan alrededor del maestro para arrancar sus secretos a la naturaleza. Y como la labor física marcha en esas universidades a la par de la intelectual (Galileo hacía en persona los telescopios y lentes por él inventados; los obreros de Nuremberg construían las famosas semi-esferas ideadas para demostrar la presión atmosférica, etc.); puesto que el sabio de entonces era mecánico y artista al mismo tiempo—tenemos al terminar el siglo quince toda la serie de inventos que hacen la fuerza y la gloria de la civilización moderna.

Así:—Insurrección comunal, primero; la revolución para empezar; en seguida — esfuerzos de los ciudadanos para libertarse—, organización semi-comunista y libertaria de las comunas (al principio)—, producción por los oficios organizados e intercambio entre ellos—, adquisición comunal de valores, distribuidos a domicilio, a título de impuesto, para el centro comercial,—eclosión del comercio comunal—, y, finalmente, creación de las artes y oficios que forman la base de nuestra civilización—, inventos que revolucionan el comercio y la industria—, he ahí la marcha de la historia.

Sin las revueltas comunales del siglo doce,

como sin las de los Países Bajos, sin la de Inglaterra en 1648, sin la gran revolución de 1789-1793, ¿dónde estaríamos todavía? En el servilismo, como han estado hasta 1861 en Rusia y hasta 1878 en la Península de los Balkanes».

Esto dice Kropotkine; y Kropotkine, hombre de ciencia, cree en la evolución, siendo uno de los más formidables revolucionarios modernos. Kropotkine sabe lo que quiere decir *evolución*. Kropotkine conoce la historia. Por eso Kropotkine es *revolucionario*.

* * *

En cuanto a la forma de exteriorizar la violencia y en lo que se refiere a su eficacia, nosotros formularemos nuestro pensamiento diciendo que escribir *Germinál*, por ejemplo, vale tanto como matar a un rey. La violencia de Zola ha podido lanzarse a las calles envuelta en las páginas fulgurantes de sus libros. A no haber encontrado este cauce, ¿quién se atrevería a afirmar que ella no se hubiera cruzado, sangrienta, en la vida triunfal de algún tirano?

Y digo esto, a pesar de la última declaración del maestro, hecha a un periodista. Ha dicho Zola:

«En cuanto a mí, soy más anarquista que socialista; no anarquista de acción, se entiende;

«hablo de la anarquía filosófica que, evidentemente, es la que más se acerca a la verdad, la más humana y la más noble.»

No anarquista de acción, se entiende. Para mí, y esto lo digo aunque sea tachado de irreverente, esta frase adolece de falsedad. Imaginaos a un Camilo Demoulins o a un Mirabeau, que hubiera dicho antes del triunfo de sus ideales: *En cuanto a mí, soy más republicano que otra cosa; no republicano de acción, se entiende.*

Pero, querido maestro, ¿qué es lo que habéis querido decir? O miente el reporter o mentís vos. ¿Acaso ignoramos vuestra acción incesante, valiente, sin desfallecimientos? ¿No sois vos el luchador resuelto que habéis arrojado a la burguesía francesa vuestro guante de desafío? Pese a vuestras declaraciones, sois un anarquista; de acción, se entiende. Porque se es así o no se es.

A propósito de estos últimos, de los anodinos, de los que no son, ha dicho Eliseo Reclus: «Seres incompletos tienen sólo el deseo, sin la idea del mismo; piensan en algo, pero ignoran lo que desean. Perteneciendo a los dos mundos a la vez, están fatalmente condenados a traicionar al uno y al otro; en la sociedad de los conservadores son un elemento de disolución por sus ideas y por su lenguaje, en la de los revolucionarios se convierten en partidarios acérrimos de la reacción, abjurando sus instintos de juventud, y, como el perro de que habla el Evange-

lio, vuelven a tomar lo que habían arrojado.►

Y, decididamente, en esta categoría no podemos colocar a Zola.

* * *

Hace algún tiempo se llevó a cabo un acto individual de violencia en la persona de un jefe de Estado.

Me refiero al presidente Mackinley.

Ahora bien; a este respecto nuestro criterio revolucionario nos dice:

Tenía que ser así. El defensor de los *trust*, el decidido sostenedor de todos los infames monopolios industriales, que en estos últimos tiempos tantos perjuicios y miserias han irrogado a los trabajadores de Norte América; el más directamente responsable de la guerra filipina, donde millares de hombres han sido lanzados al asesinato colectivo; el presidente imperialista, tenía que caer, a su vez, herido en pleno pecho por el brazo de un vindicador.

La tiranía moderna es la tiranía del capital. La esclavitud creada por éste es, como lo ha demostrado Tolstoï, la más terrible de todas. Por eso nosotros afirmamos que al declararse Mackinley eje de los acaparadores americanos, no hacía sino realizar un atentado contra la vida y el bienestar de todo un pueblo.

El acto violento llevado a cabo por un representante de éste contra el presidente en cuestión, no es, pues, sino un resultado, una consecuencia (la violencia de abajo, sin organización, repeliendo a la violencia organizada de arriba), y como tal debemos mirarlo todos los que analizamos los hechos con un criterio emancipado de prejuicios y cálculos personales.

Y esto no es glorificar el crimen, como pudiera suponerlo más de un inocente conservador. Esto es simplemente juzgar los hechos. Si en un vaso lleno de agua introducís otro cuerpo, lo natural será que el líquido se derrame. Creo que a nadie, que no sea un energúmeno, se le ocurrirá deshacerse en insultos contra el líquido derramado.

Por su parte el observador constatará que no podía ser de otra manera. Tal en el caso del presidente Mackinley, y en el de todos los opresores que sucumban análogamente.

* * *

La violencia, pues, repetimos, no es sino un resultado. Por eso es inevitable. Querer ir contra ella es como oponerse a las corrientes de los ríos, atravesarse en los mares, pretender detener el impulso del manatíal.

Nada puede contrarrestar las fuerzas nuevas de la marea social. Ellas se abren paso sin que:

puedan servirles de vallas las bayonetas, las cárceles y los patíbulos. La idea es impalpable, es como el éter; no hay muros suficientemente espesos para encerrarla. Inútil ha sido siempre el empeño en sofocarla. Y hoy más que nunca.

Hoy que en el periódico y el libro la difusión se ha hecho tan fácil, y que el criterio revolucionario ha alcanzado tan gran desarrollo, es tarea de locos pretender ahogar la expansión de los pueblos hacia la verdadera libertad.

Gobiernos tiránicos—esto es una redundancia—secundados por sicarios, periodistas vendidos y sirvientes de índole aún más baja, viven buscando la forma de perseguir a los portaestandartes de los ideales nuevos. ¡Ridícula tarea!

Parodiando una frase célebre, podemos hoy decir: sangre de mártires, semilla de revolucionarios. Pensad si no en los torturados de Monjuitch, en los congelados de Siberia, en los sepultados del Ergástulo, en los sacrificados de Milán y en aquellas gigantes víctimas que se llamaron Parsons, Spies, Ling, Fischer y Engel que, más grandes que Cristo en su cruz, desde sus horcas, llaman a los pueblos a las grandes reivindicaciones. Y decidme si no es verdad que, al evocarlos, un soplo de indignación y de entusiasmo os abrasa todo el ser, guiando vuestros cerebros en pos de las ideas sustentadas por estos dignificadores de la especie.

Serán, necesariamente, infructuosos todos los esfuerzos que se realicen con el objeto de obligar a la humanidad a que retroceda.

Para aquellos cuyas tendencias se encaminen hacia semejante tarea, estas palabras de Nietzsche, escritas *para decir las al oído de los conservadores*: Hay todavía partidos que sueñan con hacer andar las cosas *reculando*, como andan los cangrejos; pero lo que no se supo antes, lo que se sabe hoy, lo que se podrá saber, es que una *fórmación hacia atrás*, una regresión en cualquier sentido, de cualquier grado que sea, es completamente imposible.

* * *

Hace pocos días el pueblo de esta ciudad ha sido atropellado por una policía asesina. En todas partes los pueblos son atropellados por policías asesinas. Y, sin embargo, los pueblos— ¡oh, ceguera!—continúan creyendo que la vida sería imposible sin policías asesinas. Asombra que ellos no se den cuenta de esta sencilla verdad: si se entrega un arma a un asesino, lógico será que éste pueda, impunemente, hacer mayor mal. La autoridad es un arma terrible y ha estado casi siempre en manos de asesinos. Este es el caso de los pueblos y las policías. Creedme: es necesario arrebatar esa arma de manos del

enemigo. Y hay que arrebatársela para destruirla.

La propaganda hecha en este sentido por nosotros, los revolucionarios, ha sido tachada de anti-social por el bando conservador. Pero observad cómo cuando éste es atacado en lo que considera inviolable; su libertad, eleva al cielo sus gritos de protesta e indignación. Yo he visto a esa misma prensa burguesa—que hoy, a guisa de comadre de barrio asustada por un payaso trágico, lanza sus chirles anatemas contra sayones y mazorqueros, cuando en la vía pública cae herido o muerto uno de sus defendidos—, guardar cobarde silencio cuando esos mismos atentadores de libertades han atacado a grupos de obreros sin defensa, deshaciendo sus reuniones a tiros y sablazos. Han sido ayer cómplices de los sicarios; hoy son sus víctimas. Están en su ley; caen en ella. ¡Bien hecho! No pueden por esto conmovernos mayormente sus lágrimas. Ellas nos dejan casi insensibles: caen sobre mucho dolor viejo, sobre mucha pena solidificada.

Llorones de hoy: escuchad un consejo de un enemigo franco. Si quereis hacer obra fecunda, levantad vuestros cerebros a la altura del momento porque atravesamos. Las instituciones contra cuya destrucción luchamos: gobiernos, iglesias, jueces, ejércitos y policías—si fueron ayer fatalmente necesarias—yo no lo creó—, hoy no lo son. Han perdido su razón de existir. Van en contra de los reales intereses de la

sociedad. Hay que destruirlas, pues; acordaos que es destruyéndolas como se crearán nuevos mundos de libertad verdadera—¡no de libertad fingida como es la que hasta hoy nos han ofrecido todos los mandones, jefes y tutores officiosos de pueblos!

* * *

Hace pocos días he leído en un diario bonaerense de gran tiraje esta afirmación: para que los obreros obtengan mejoras por parte de los patronos es necesario que aquéllos no empleen medios violentos, que serán siempre de resultados contraproducentes.

(No se necesita, por cierto, estar dotado de mucha perspicacia para colegir que esta afirmación ha sido pagada a tanto la línea.)

¿Cómo ha sido sino por medios violentos que los esclavos, los oprimidos, los verdaderos productores de todas las épocas, han obtenido mejoras en su condición de despojados? Es el motín, la insurrección, la huelga, lo que levanta el espíritu del siervo en Roma, da la conquista de sus derechos al campesino y al productor francés de hace dos siglos, y redime, en parte, al obrero de hoy, doblegado al yugo feroz del capital, que tiene su representación más altamente canallésca en los *trust* yankees.



¡Obreros! ¡Esclavos de hoy! Proclamad el derecho a la huelga—que es la insurrección—, el más sagrado de todos. Daos cuenta que sólo el espíritu de solidaridad y de acción puede salvaros. ¡Mejor para ellos, los esquilmadores, si somos muchos los conscientes, los que sin cobardías levantamos nuestro pendón de combate, porque así bastarán para el triunfo los garrotes y los picos!

GIMNASIA REVOLUCIONARIA

Entre las cosas buenas dichas hasta hoy figura la siguiente: «el primer deber del obrero que aspira a su libertad económica, es asociarse con los compañeros de oficio; luego, con todos los asalariados».

Ahora bien; hay que unirse y hay que instruirse, porque en la ignorancia se han basado siempre todas las explotaciones.

Por eso se tiende hoy al despertamiento de las mentes antes que a la excitación por medio del entusiasmo pasajero. Para que los triunfos sean realmente tales, es imprescindible que exista verdadera conciencia en todos y cada uno de los luchadores. No basta decretar la libertad de un esclavo: es menester que éste se sienta libre para que aquélla sea una verdad tangible.

De esto a la «abstención activa» hay mucha

distancia. Opino que el movimiento, la agitación, es escuela, es enseñanza, la más alta quizás. ¿Hoy se agita un gremio? Bien podría decirse, pues, hoy este gremio comienza a instruirse, hoy este gremio comienza a tener conciencia de sus derechos.

Un gran filósofo ha dicho: «la primera consecuencia de la inteligencia es la rebelión.» Y de acuerdo con este aserto, la idea ha marchado con la historia empujada por los que se insurreccionan.

La huelga es una de las armas modernas más eficaces de que dispone el obrero. Ella tiene, entre sus muchas ventajas, la de dar a conocer al adversario el poder del futuro enemigo y a éste la energía presente de que puede disponer para exigir mejoras relativas. Porque no hemos de hacernos ilusiones. Claro está que la huelga tiene que ser considerada como un medio, nunca como un objetivo.

No puede el ideal de un hombre reducirse a obtener el aumento de diez o veinte céntimos en la confección de un chaleco; que tal no es un ideal. Todos sabemos que estas mejoras conseguidas por los gremios no son sino paliativos momentáneos. A la postre, el resultado es fatal. A suba de salario, suba en los precios de los artículos que el obrero adquiere para su subsistencia. Pero esto se remediaría, me direis, declarando la huelga intermitente. Verdad es ésta que

no me atrevo a contradecir. Mas la huelga intermitente está ya declarada. Es el *tira y afloja* entre el capital y el trabajo. De esto no se han dado cuenta todavía, en su candidez, los pobres, los desesperados patronos que, a diario, se preguntan:—¿pero adónde vamos con estos levantamientos? Si hoy concedemos—y advertid que dicen: concedemos; disculpemos este rasgo de vanidad—, si hoy concedemos uno, mañana nos piden dos. Y advertid también que dicen: *piden*. Así, pues, los desesperados patronos no se dan cuenta del problema actual. Ellos creyeron que la lucha terminaría con las primeras *concesiones*... ¡Los pobres, los desesperados patronos, no se han dado cuenta aún que la lucha actual sólo terminará cuando terminen ellos!

A eso vamos. Ese sí es un ideal. Por eso es que se ha dado a entender que la huelga no es un objetivo, sino un medio para el acercamiento hacia una nueva organización económica más en armonía con las leyes naturales que nos rigen.

Gimnasia revolucionaria se dirá. Sea. Sí, gimnasia saludable que aumenta el vigor y la conciencia de los combatientes. ¿Por qué no? Gimnasia revolucionaria. Sí; no hay que asustarse del término. Las revoluciones económicas y sociales no han escandalizado nunca sino a los sórdidamente interesados en que subsistan sistemas de opresión y de esquilamiento. ¡Oh! no

temais llamaros revolucionarios. Lo somos hoy todos los que ambicionamos un porvenir más claro, una vida más amplia, una luz más pura sobre el escenario en que nos debatimos. Lo son todos aquellos que no pretenden hacer nacer su felicidad a costa y sobre la miseria de la mayoría.

LUCHA POLÍTICA.—SU INEFICACIA ORGANIZACION ECONOMICA

Inútil, más que inútil, contraproducente, consideramos el gasto de energías que se efectúe con un objeto político.

Vemos que hoy el parlamentarismo tiene dividido al proletariado universal en dos bandos.

Al respecto hemos dicho:

Alguien creyó un día que los miembros de los partidos obreros, distribuidos en las cámaras, realizan allí la obra de esos soldados que se introducen en las plazas fuertes para destruirlas mejor. Pero esta esperanza hay que darla por fracasada.

La práctica electoral es una de las tantas comedias necesarias para continuar mistificando al pueblo.

Y de acuerdo con un valiente escritor, creemos que los electores son los verdaderos cómplices de la injusticia general, puesto que sus votos consagran esta injusticia en vez de tender a su enmienda.

Según la minoría de la comisión del segundo congreso socialista de Londres, durante mucho tiempo, los trabajadores franceses han combatido por los medios políticos que siempre confundieron con el parlamentarismo. El movimiento corporativo estaba entonces subordinado al movimiento político, cuyo objeto era la conquista del poder. Hoy, siendo mucho más socialistas y revolucionarias las organizaciones obreras se desinteresan de la política, que consideran como un origen de divisiones. No queriendo ser por más tiempo la presa de los políticos, los obreros se apartan de su dominación y quieren consagrarse por entero a la organización libre de las fuerzas corporativas, y su objetivo no es ya la conquista, sino la supresión del poder. Y esto con objeto de libertar a los trabajadores de todas las opresiones capitalistas y gubernamentales, e implantar una sociedad de hombres emancipados de toda esclavitud política y económica, por medio de la posesión, en común, de todas las riquezas sociales y de la organización racional del trabajo.

Tenemos el convencimiento de que un socialismo de Estado nos llevaría a una situación

mucho más desesperante que la actual. Por otra parte, la idea madre del socialismo no consiste en mejorar, en corregir el Estado. Se trata de suprimir, de destruir algo existente. Creemos, pues, que es obrar con inconsciencia el tratar de aumentar el poder de resistencia del Estado, cosa que indudablemente dificultaría, demoraría, la revolución que ya se sabe ha de llevarse a cabo, no con la burguesía, sino contra la burguesía.

Conclusiones:

La lucha política es no sólo estéril, sino contraproducente, nociva, corruptora.

Las energías gastadas en ella por el obrero redundan en beneficio de terceros, de especuladores y vivos, alerta siempre a todos los movimientos de la masa.

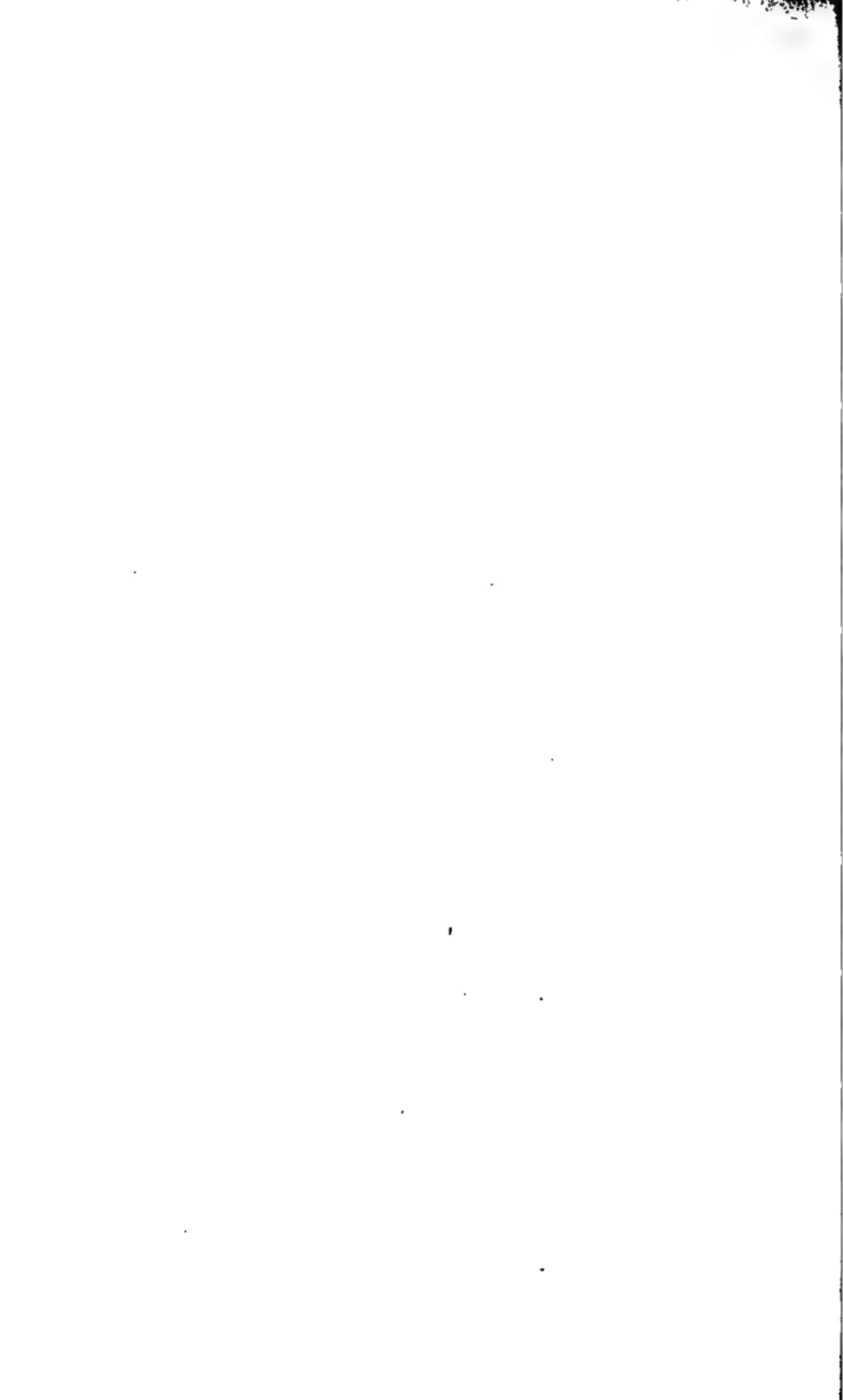
La organización económica del proletariado puede considerarse como el principal paso dado en el camino de la emancipación del obrero.

El socialismo obrero es una concepción amplísima de la que tiene forzosamente que estar excluida toda idea encarnadora de la acción legislativa y parlamentaria que hoy reduce, circunscribe, mejor dicho, a aquella concepción al estrecho espíritu de un partido.





CONTRA EL VERDUGO



LA PENA DE MUERTE (1)

Al Juez Ernesto Madero, asesino legal.

No fué, por cierto, obedeciendo a un impulso de sentimentalismo romántico, como pudiera creerlo más de un *reporter* distinguido, que Hugo, el más tonante quizás de los clarines del siglo, irguiéndose sobre su cumbre y en nombre de la humanidad, arrojara su más formidable protesta contra la terrible pena.

El último día de un condenado a muerte es la obra de un filósofo, de un observador de la vida, que exterioriza una alta idea social popularizándola en admirable y sencilla forma literaria.

El autor de este libro no realizó en él, como lo

(1) Este capítulo, publicado en la revista *El Sol*, dió margen en Buenos Aires a un movimiento popular en favor de la abolición de la Pena de muerte.

explica en un prólogo de las últimas ediciones, la defensa pasajera de este o aquel criminal, sino el alegato constante y general en beneficio de todos los acusados presentes y futuros, inocentes y culpables, ante todos los jurados, ante todos los jueces.

Quiso Hugo, sesenta y seis años después de la obra de Beccaria, infundir la piedad entre los que se consideran justos y, a fuerza de disecar el corazón del magistrado, encontrar el alma de un hombre entre los autores de esos crímenes llamados ejecuciones judiciales.

¡Pobre filósofo y pobre poeta! El *aes triplex* de los jueces, ha permanecido incommovible y *El último día de un condenado a muerte*, libro de altruísmo, si los hay, sólo ha servido para eximir a su autor de la responsabilidad que, como a miembro conspicuo de una sociedad, le correspondía en el asesinato legal de asesinos que se realiza permanentemente bajo todos los climas de la tierra.

Tuvo Hugo el presentimiento de la esterilidad de su obra cuando estampó esta frase: «El patíbulo es lo único que las revoluciones no destruyen.» Pero a pesar de esto, él puso al servicio de la noble idea su voz de gigante, su acción de hombre y de pensador; pues en su concepto, el fin más elevado, más santo, más grande que pudiera proponerse, consistía en contribuir a la abolición de la pena de muerte.

LA VINDICTA PÚBLICA.—EL CASTIGO

Violando el derecho a la vida se lleva a cabo la más monstruosa de las venganzas, porque es necesario, se dice, el escarmiento. Hay que castigar, extirpando de la comunidad a un individuo que la perjudica. De esa manera no habrá reincidentes. Está claro. ¿Queréis argumento más lógico? ¡Ah, justicieros! Tenéis la lengua fácil, os expedís con una soltura admirable, tanto, que parecéis, realmente, los encargados de velar por los derechos sociales, aunque vayáis contra el más fundamental y más sagrado de todos.

A esta altura del progreso humano, cuando el hombre de estudio dice que «el objeto de la pena es la defensa social y no la vana doctrina de la satisfacción de un derecho ofendido por el reo», es imprescindible creer que los jueces que aplican la pena de muerte serán clasificados entre el grupo de criminales natos, los analgésicos, incapaces para la comprensión del dolor ajeno, exentos en absoluto de compasión por sus víctimas.

«En vez de buscar una cantidad medida del mal que debe hacerse al autor de un delito, debe buscarse un freno eficaz contra su especial naturaleza, debe investigarse la temibilidad del delincuente, la cual resulta dada por el examen de las condiciones del medio en que pueda presumirse que deje de ser temible.»

Así habla la ciencia ¡oh, sangrientos justicieros! No tenéis, pues, derecho a la venganza por más que abogue en contra vuestra inflada retórica.

¿Podéis corregir? Hacedlo. En caso contrario no os queda otro recurso que el del encierro. ¡Bien podéis conservar hombres, utilizándolos, cuando llenáis vuestros paseos públicos de panteras y de serpientes!

Queréis vengaros y para ello utilizáis como instrumentos de muerte a hombres jóvenes y fuertes a quienes confiáis las armas de la nación. ¡Les dais siempre el puesto de verdugos!

Y ellos matan a mansalva a un hombre a quien entregan atado los carceleros. La venganza resulta una indignidad, mucho más monstruosa entre nosotros, donde no existe el oficio que que ha hecho rico y siniestramente célebre a M. Deibler.

Aquellos que presenciaron la última ejecución realizada en Buenos Aires (1) no podrán olvidar el bochornoso espectáculo que ofrecía aquel pelotón de hombres jóvenes, esperando, arma al brazo, la llegada de un desgraciado a quien tenían orden de fusilar. La disciplina es *sagrada (!)* y no podían reberlarse. Y he aquí cómo sí

(1) La de Gaetano Grossi, acusado de haber dado muerte a varias criaturas en el momento de nacer. ¡Cuántos «honestos», sin riesgo alguno, han hecho lo propio con diferencia de días!

el reo hubiera sido engendrador de alguno de los tiradores, hubiérase, en este caso, consumado un parricidio legal.

¡Hermosa justicia y hermosa disciplina!

-LA TEORÍA DEL EJEMPLO

El concepto del delito como un producto de la libre voluntad del agente, es rechazado por los positivistas de la moderna escuela penal. Esto equivale a decir que el concepto antiguo de la pena ha sido rechazado también.

Considerado el delito por la escuela antropológica como una verdadera enfermedad, que aflige el organismo social, procede, en tal sentido, más que reaccionar contra él, *castigando* a sus autores, tratar de remover las causas que lo han producido para evitar su repetición, en lo futuro, remediando, en lo posible, el mal causado en el presente.

Ahora bien; si los delincuentes son individuos más o menos desgraciados por un estado anormal de su organismo, que o los impulsa al delito desde su primera edad o no les permite hacerse bastante fuertes para resistir a las ocasiones impelentes; si son fuerzas naturales y sociales, de muy variada naturaleza e intensidad, las que sirven de ocasión e incitan al delito a aquellos individuos cuyo organismo psíquico es muy débil, lo que resulta es, como lo explica claramente

el catedrático español P. Dorado, que debe procurarse fortalecer este organismo, destruir el efecto de aquellas fuerzas con otras fuerzas opuestas o divergentes; pero nunca hacer más desgraciada la suerte de los que sin culpa ninguna, que les sea imputable, han servido de instrumentos y de canales de desahogo a la ponzoña que contiene la sociedad, cometiendo un delito que, a no cometerlo ellos, hubieran, necesariamente, cometido otros.

A este respecto Ferri declara que «el ministerio punitivo debe encaminarse a la prevención de los delitos más bien que a la punición del pasado con retribución antijurídica»; «que para impedir el delito sirven mucho mejor las reformas sociales y las demás medidas que sugiere el estudio de los factores naturales del mismo»; «que el legislador que quiera mantener sano el cuerpo social debe imitar al médico que quiere mantener sano el cuerpo individual: recurrir lo menos posible a los medios violentos de la cirugía, fiar bien poco en la eficacia demasiado problemática de los remedios, y confiar, por el contrario, en los seguros y continuos servicios de la higiene».

El delito, pues, es un fenómeno morboso, cuya curación debe procurarse a toda costa, no por la imposición de las penas, sino por la remoción o atenuación de las causas que le hayan producido; no reaccionando contra él, directamente,

como para detenerle en su impulso torrencial, sino atajándolo en su fuente y raíz.

Marro, en el último capítulo de su obra *Los caracteres de los delincuentes*, coloca al lado de las medidas que deben adoptarse para remover las causas sociales del delito, que son, dice, las primeras a que hay que atender, otras encaminadas a corregir las malas tendencias que en el organismo del criminal se hallan.

Indica también tras de medidas encaminadas a la educación general, como cura preventiva de los delitos, otras dirigidas, más especialmente, a combatir las causas generadoras morbosas de las tendencias criminales.

Y Beccaria, en su célebre tratado *Dei delitti e delle pene*, considerado como el primer grito de la conciencia pública para obtener la reforma de la bárbara legislación penal de su época, dice: «Algunos restos de la legislación de un pueblo antiguo conquistador, compilados por orden de un príncipe que reinaba hace doce siglos en Constantinopla, mezclados a los usos de los lombardos y sepultados en un fárrago voluminoso de comentarios oscuros, forman el viejo amasijo de opiniones que una gran parte de Europa ha honrado con el nombre de leyes, y hoy mismo el prejuicio de la rutina tan funesta como generalizada hace que una disposición de Carpovidio, un uso antiguo indicado por Claro, un suplicio imaginado, con bárbara complacencia,

por Farinaccio, sean las reglas que sigan fríamente unos hombres que deberían temblar cuando deciden de la vida de sus conciudadanos.»

Este juicio acerca de las leyes que predominaban a mediados del siglo pasado tiene todavía actualidad palpitante.

LA ESTADÍSTICA

La experiencia ha hablado, decía hace años Charles Lucas, mostrando a los Estados más timoratos que cada abolición parcial de la Pena de muerte ha sido una garantía para la represión y, por consiguiente, para la seguridad pública. La experiencia ha hablado en Bélgica, en Suiza, en Rumania, en Alemania, en los Estados de Oldemburgo, de Nassau y de Baden; en América, en los Estados de Michigan, de Rhode Island y Wisconsin; en los Estados de Nouchâtel en 1853, de Zurich en 1868 y de Tessino y Génova en 1871, que han preparado por estas evoluciones parciales la abolición general de la Pena de muerte en toda la Suiza; en Portugal, en Sajonia, Países Bajos y en Italia.

Es suficiente.

Si hemos, pues, de atenernos a la estadística, ésta dice de una manera incontrovertible que en las épocas durante las cuales la guillotina o la horca han funcionado con más aceleramiento, los delitos no han disminuído. ¡Y ha llovido mu-

cho desde que se levantó la primera horca y el primer patíbulo!

¡Qué más, cuando el mundo ha asistido al espectáculo de una mascarada danzando alrededor de un cadalso! (1).

EL FENÓMENO

¡Da pena pensar que aún existe quien entre nosotros y en otras partes se enorgullezca con el título de asesino legal!

Puede muy bien ser que este curioso fenómeno lo encontréis explicado en las siguientes frases de Tolstoï, esa vieja águila que sabe volar tan alto: «Comunmente se cree que el ladrón y el asesino deben avergonzarse de su sistema de vida. No es así: las personas que, por azares de la suerte o por errores propios, llegan a una falsa posición, se connaturalizan de tal modo con ella, que no hay quien les quite de la cabeza que su oficio es bueno, y para confirmarse en tal opinión se mantienen dentro de los círculos que están formados por sus iguales, y donde se aprueba altamente sus acciones. La sociedad se asombra ante los ladrones y los asesinos que se alaban de sus atrocidades; pero es porque el número de ladrones y asesinos es relativamente

(1) El de Luis Camus, ajusticiado en Saint-Pol, Francia, un martes de Carnaval.

pequeño y porque los que juzgan tienen distintos puntos de vista que los juzgados. ¿No sucede acaso un hecho parecido entre los ricos que alaban sus propias riquezas, que son producto de un robo; entre los generales que alaban sus victorias, que en nada difieren de un asesinato; entre los poderosos que deben el poder a una superchería?... Si en esos no advertimos la perversión de sus ideas es, sin duda, porque el círculo de personas que profesan tales ideas es más vasto, porque nosotros mismos formamos parte de él.»

NUESTROS IMPUGNADORES

Preténdese contestar a nuestras argumentaciones en pro de la abolición diciendo que grandes países que hoy marchan a la cabeza del progreso humano—¡valiente frase ésta en bocas tan diminutas!—conservan la guillotina, la horca y aun el garrote vil—, ¡todos estos por cierto admirables instrumentos de civilización!

Este rutinesco razonamiento equivaldría a decir que en nuestras costumbres debería figurar la de emborracharnos diariamente, porque en Francia y en Inglaterra—países cultos si los hay—se hace un consumo exorbitante de ajeno y de whisky.

Otros, más despiertos, más listos, exclaman: hay que propender a la selección de la raza lim-

piándola de pústulas y extirpando los malos gérmenes. Pero estos impugnadores deberían saber que las mismas teorías científicas que sirven de base a sus peroratas, preestablecen que un criminal nato puede morir sin haber cometido un acto delictuoso en su vida, como que basta para ello la falta de oportunidad. Todo es cuestión de circunstancias, pues. Un filicida no hubiera sido tal, si su mujer no le hubiera dado hijos. He aquí cómo, con diferencia de pocos años, Grossi, el horrorizante descuartizador de fetos, pudo haber muerto como un honradísimo basurero, y hasta ser enterrado con honores a costa del erario municipal. Y nadie, antes del crimen, pudo impedirle a Grossi engendrar hijos. Como véis, la extirpación de la herencia morbosa se halla fuera del alcance de nuestras fuerzas.

¿Prevenir los delitos por la intimidación? El estudio psíquico del hombre ha demostrado que el impulso de la voluntad es superior al instinto de conservación, sobre todo en determinadas naturalezas. En verdad, ha dicho el autor del código penal italiano, el pensamiento de la muerte es pavoroso para los individuos comunes. Pero todos sabemos que en la inmensa variedad de la creación se ostentan almas tan enérgicas y atrevidas, que para ellas la muerte no es obstáculo ni temor en cuya virtud cambien de designio. Continuos y maravillosos ejemplos de ello se nos ofrecen en el duelo, en la guerra, en

Las peligrosas exploraciones de continentes y de mares, y desgraciadamente, por fin, en el suicidio. Pues estas naturalezas enérgicas y excepcionales se encuentran ordinariamente en los grandes malhechores, los cuales, si encaminados al bien habrían sacrificado su vida por un acto de virtud, dominados por el genio del mal y por pasiones perversas caminan ferozmente por la senda del delito sin cuidarse del patíbulo, antes bien, dispuestos a perder sobre el tablado fatal una existencia agitada y tormentosa. De lo cual hay muchas pruebas, ya en el suicidio, por cuyo medio algunos se sustraen, durante el curso del proceso y del juicio, a la pena de muerte, ya en el cinismo repulsivo o en la pasmosa serenidad con que otros, según la clase de los delitos y el temple de las almas, afrontan la ejecución capital.

Hay además un grupo numeroso, y éste merece especial detenimiento, que expone en nuestra contra otra clase de razones exclusivamente económicas. No es posible, se manifiesta, que la sociedad alimente seres peligrosos e inútiles. Esto—aparte de que no es verdad que los seres peligrosos sean también necesariamente inútiles, por cuanto son muchos los medios que existen a nuestra disposición para aprovechar en beneficio de la comunidad y de ellos mismos a todos o casi todos los presidiarios—resulta un argumento contraproducente, una terrible

arma de dos filos que hiere, inevitablemente, a la mayoría de sus sostenedores.

¿Imaginaos que nos propusiéramos exterminar a todos los seres que viven a nuestro alrededor sin contribuir a la obra común, ni con el contingente de su inteligencia, ni con su labor material? Pues tendríamos, sencillamente, que dar comienzo a la tarea fúnebre, suprimiendo a los ancianos y a los paráliticos; continuaríamos la horrible *razzia* con los idiotas y locos; los enfermos contagiosos y hereditarios, tuberculosos, alcohólicos, sifilíticos y leprosos, para terminar con la matanza de todos los parásitos sociales que pavonean sus redondeces de eunucos en nuestras calles aristocráticas, en nuestros salones de lujo, en nuestros teatros elegantes y en nuestras pistas de hipódromos.

¡Fácil sería por cierto que entre estos últimos cayera más de un vástago directo de agosto y estricto juez o de legislador bien rentado!

¿Y entonces? No sería más sensato tratar de encontrar también la forma de hacer hombres de provecho de estos actuales parásitos?

No extinguamos, pues, las fuentes de la vida. Seamos prácticos, y hasta egoístas si queréis. Aprovechemos el agua que sale de todas las vertientes. Cuando de éstas brota el líquido impuro, la inteligencia del hombre encuentra el filtro que ha de destilarlo. Y cuando el agua forma torrente de ímpetus peligrosos, desvía el torren-

te utilizándolo como fuerza motriz. ¡Es obra de inconscientes sofocar el manantial!

EL CASO GROSSI

En cuanto a Gaetano Grossi, ha muerto en la inconsciencia.

EFEMÉRIDES ROJAS



LA TOMA DE LA BASTILLA

Grandes tallas de bandidos tenían aquellos terribles actores de la revolución más formidable que hayan presenciado los modernos tiempos. Aquellos gigantes asesinos poseían la estatura requerida para la realización de sus colosales designios. Y así, parafraseando al poeta, diremos que no existieron crímenes demasiado altos para sus manos.

Piaras de puercos pedía Robespierre, el maniático, para que, siguiendo a los ejércitos revolucionarios, fueran barriendo el escenario de la matanza horrenda. Esto, indudablemente, respondía con toda fidelidad a los ideales de aquel fanático enfermo, iniciador del famoso *Comité de Salud Pública*, cuya locura lo llevó al extremo de hacer decretar por la Convención la existencia del *Ser Supremo* y la *Inmortalidad del*

alma, iniciando así la restauración religiosa y la pérdida de la república. Pide después un poder que equivalga a darse a sí propio una ley que le permitiera enviar a la guillotina a cuantos su antojo indicara, y entonces viene el desborde del odio humano elevado a la tercera potencia, la borrachera de la sangre, la embriaguez de la muerte, la orgía del instinto, desarrollándose en la plaza, en el cuartel, en el salón, en la calle.

¡Horno de rubíes! ¡oh, brasas! ¡oh, pedrería de lumbre! ¡Arde, tizonas! ¡Chisporrotea, hoguera! ¡Conviértete en estrellas, prodigioso estuche de salvadoras chispas! Así podían exclamar, como Torquemada en el drama de Hugo, aquellos enormes vengadores.

Sin embargo, quizás el precepto maquiavélico nunca pueda encontrar aplicación más verdadera y exacta que en el caso de la revolución francesa. El fin justifica los medios. Y como el árbol de la libertad, desgraciadamente, nunca ha dado frutos sino cuando ha sido regado con sangre, para que la cosecha fuera abundante y espléndida, necesario se hizo no economizar el riego. ¡Y éste cayó, fecundante y generoso, en cantidad tal como para haber salvado el porvenir!

¡Y pensar que la gran revolución sólo constituye un detalle, un salto brusco, si queréis, dentro de la lenta pero efectiva evolución humana!

El 14 de Julio de 1789 el pueblo de París sitia la Bastilla, fortaleza que tenía por objeto la defensa de la ciudad y que servía de cárcel de Estado, lo que le da también una triste importancia histórica.

La guarnición de la fortaleza, al mando del gobernador Launay, resiste por breve tiempo el ataque formidable que se lleva a cabo; pero después de un combate de tres horas, la bandera parisién flota en lo alto de las torres, donde se aglomera el pueblo triunfante.

A poco se decreta la demolición de la Bastilla, y con sus piedras se construyen modelos del edificio y se hacen juegos de dominó y medallones; y en el solar de la temible prisión se levanta una columna de bronce que perpetúa la memoria de la sangrienta jornada, cuyo aniversario es fiesta nacional en Francia.

Esta es la efeméride.

* * *

La toma de la Bastilla no es, por lo tanto, un hecho heroico, ni mucho menos; pero aquel asalto marca el punto inicial del movimiento, condensa entonces las aspiraciones de los oprimidos, de los que sufren el martirio feroz de la miseria y de la servidumbre. La monarquía su-

fre allí el primer golpe, y el pueblo entonces necesita una síntesis que diga su triunfo. Esa síntesis la forma una frase: la toma de la Bastilla. Esto no es la obra de la revolución, pero la significa.

El movimiento tuvo tres etapas, que fueron:

Primero: Las ideas que encarnan los grandes escritores del siglo XVIII, los formidables autores de la *Enciclopedia*; después, la reacción que se proclama contra el absolutismo monárquico y su larga cohorte de abusos; tras ella viene la revolución.

¿Estos tres términos serán siempre fatales? De este modo al menos ha procedido la historia. Las ideas han reclamado mártires, y éstos han caído a millares, como si lo futuro tuviera que conquistarse a fuerza de sacrificios y de sangre. La lucha hasta hoy no ha podido eludirse, por que eternamente los que han poseído, han resistido. El progreso sigue su marcha ascendente por intermedio del fuego y del hierro, revolucionariamente.

Aquí una pregunta: ¿estamos por ventura cerca del período de luz en que la idea reine soberana como única fuerza, como único poder? Ningún espíritu, que aspire a no ser tachado de miope, ha de negar que estamos cerca de un día nuevo de esplendente aurora. La época actual es de transición. De ninguna manera el sistema republicano puede quedar como definitivo, y los ideales nuevos se dibujan, con lineamien-

tos brillantes, en el cielo del porvenir. Ahora bien; la idea nueva, la redentora, a pesar de la historia, ¿llegará a triunfar sin la violencia? He aquí el tremendo problema actual en que la humanidad se halla empeñada.

1.º DE MAYO

«La Federación de los trabajadores de los Estados Unidos y Canadá, acordó en un Congreso, celebrado en Chicago el año 1884, declarar la huelga general, en demanda de la jornada de ocho horas, el 1.º de Mayo de 1886. Llegó la fecha señalada, se produjo la huelga; la policía atropelló a los huelguistas, matando e hiriendo a varios, y el día 4, mientras un pelotón atacaba a los obreros, estalló una bomba entre las filas de los guardias. La autoridad no buscó al autor del hecho; detuvo y condenó a muerte a los obreros que, por su oratoria, inteligencia o actividad más se habían distinguido en aquel movimiento. Que los detenidos

eran inocentes, lo demostraron los trámites del proceso; lo dijo la prensa del mundo entero; lo confirmó, más tarde, la investigación abierta por el gobernador del *Illinois*, que puso en libertad a los trabajadores condenados a presidio a consecuencia de aquella hecatombe, publicando además una memoria en donde se probaba con miles de detalles que los que habían sido ejecutados eran tan inocentes del delito que se les imputó como el mismo presidente de la república norte americana.

»La convicción de que los obreros condenados a muerte estaban exentos de toda culpa; las circunstancias del asesinato jurídico; la intervención—en el hecho tristísimo de la muerte— de madres, amantes y esposas de los sentenciados; los discursos solemnes de los presos, y la serenidad con que subieron al patíbulo, produjo una gran conmoción en el mundo obrero, y el 1.º de Mayo tomó cuerpo en el espíritu de las masas como una fecha de lucha y rebeldía.»
(*Párrafos de crónica.*)

«...Podéis, pues, sentenciarme; pero que al menos se sepa que en el Illinois ocho hombres fueron

sentenciados a muerte por creer en un bienestar futuro, por no perder la fe en el último triunfo de la libertad y de la justicia.»—(*Augusto Spies, ante el Tribunal.*)

«...Decimos que cuando la pobreza haya sido eliminada y la educación sea integral y de derecho común, la razón será soberana. Decimos que el crimen pertenecerá al pasado, y que las maldades de aquellos que se extravían podrán ser evitadas de distinto modo al de nuestros días. La mayor parte de los crímenes son debidos al sistema imperante que produce la ignorancia y la miseria.»—(*Miguel Schwab, ante el Tribunal.*)

«...Si la muerte es la pena correlativa a nuestra ardiente pasión por la libertad de la especie humana, entonces yo lo digo muy alto: disponed de mi vida». —(*Adolfo Fischer, ante el Tribunal.*)

«...No, no es por un crimen por lo que nos condenáis: es por nuestros principios. Os desprecio, desprecio vuestra orden, vuestras leyes, vuestra fuerza, vuestra autoridad. ¡Ahorcadme!»—(*Luis Lingg, ante el Tribunal.*)

«...Así como el aire y el agua son libres para todos, así la tierra y

las invenciones de los hombres científicos deben ser utilizadas en beneficio de todos. Vuestras leyes están en oposición con las de la naturaleza, y mediante ellas robáis a las masas el derecho a la vida, a la libertad y al bienestar.»—(*Jorge Engel, ante el Tribunal.*)

«...Si me juzgáis convicto de haber propagado el socialismo y la anarquía—y yo no lo niego—, entonces, ahorcadme por decir la verdad. La historia de todos los pueblos prueba que toda idea nueva fué y es revolucionaria, y que no se mata la idea suprimiendo a sus defensores.»—(*Samuel Fielden, ante el Tribunal.*)

«...¿Creéis que cuando nuestros cadáveres hayan sido arrojados al montón se habrá acabado todo? ¿Creéis que la guerra social se dará por terminada estrangulándonos bárbaramente? ¡Ah, no! Sobre vuestro veredicto quedará el del pueblo americano y el del mundo entero para demostraros vuestra injusticia y las injusticias sociales que nos llevan al cadalso; quedará el veredicto popular para decir que la guerra social no ha terminado por tan poca cosa...»—(*Alberto R. Parsons, ante el Tribunal.*)

«...Salud, ¡oh, tiempos! en que nuestro silencio será más poderoso que nuestras voces que hoy se focan con la muerte.»—(*Augusto Spies, desde el patíbulo.*)

Hay que decirlo a gritos: se está desnaturalizando el verdadero significado de esta fecha; y hay que repetirlo, sin fatigarse, porque es necesario deshacer entre nosotros, y antes de que tome cuerpo, la superchería propalada—hábil y solapadamente por cierto—por los eternos *Rabagás* del politiquerismo, aliados a sueldo del capital, acerca de un acontecimiento que en los fastos sociales representa la continuación del drama eterno, en que intervienen, como personajes principales, los Sócrates, los Cristos y los Galileos que, en todas las épocas, para esperanza nuestra y gloria de sus generaciones, han hecho flamear victoriosa en medio del sacrificio la enseña roja de la rebelión.

Se quiere, se pretende, nada menos que encauzar en un lecho de río suave y pacífico, las corrientes de energía, la lava ardiente que baja, rugidora, del cerebro y del corazón del proletariado a formar un mar de fuego, en el que tienen, fatalmente, que arder, consumirse y evaporizarse todos los prejuicios, todos los formulismos y todas las tiranías que, en el presente, constituyen los grillos, las cadenas y las ligaduras que la

idea y el hierro han de romper por siempre a trueque de que cada obrero consciente se convierta en un nuevo mártir, y cada árbol del mundo en una nueva cruz o en una nueva horca— ¡que para el caso es lo mismo!

El 1.º de Mayo no puede ser sino lo que es. Podría simbolizarse el acontecimiento que rememora dibujando una antorcha contra el viento, lanzando un grito formidable de guerra, escribiendo un himno a la rebeldía; pero nunca haciendo un alegato de conciliación entre dos fuerzas irreconciliables; jamás redactando un pacto de paz tan ridículo e inaceptable, por parte de uno de los enemigos, como lo son todos los programas políticos formulados por los pseudo-reformadores del presente, en frases tan hipócritas como falsas, por más que ellas aparezcan endulzadas con la limonada criolla del socialismo legalitario.

Por su parte, la prensa burguesa, órgano servil, instrumento cobarde del capitalismo en las grandes ciudades modernas, trata a toda costa, por todos los medios posibles, con toda perfidia, con refinado espíritu comercial, de hacer aparecer la conmemoración de este aniversario, ante las multitudes más o menos ignorantes, como un síntoma significativo de la unión paulatina entre el elemento poseyente y el elemento productor.

Ella, parodiando al Catone Arcangeli, el personaje de las *Dos conciencias*, la feliz comedia

de Rovetta, sabe aprovechar la fecha en beneficio propio, y así como ayer utilizaba a su favor el himno de Garibaldi, hoy, también en beneficio propio, entona el himno de los trabajadores. Es un sistema. (Ved como, simultáneamente, ayuda a los especíeros católicos en la transformación de la imagen sangrienta de Cristo en un atractivo más de mostrador.) ¡Y pensar que una parte del proletariado se presta, estultamente, a esta farsa infame, a esta engañifa ruin, llamada pomposamente—¡oh ignominia!—«¡La fiesta del trabajo y de la paz!»

Yo me pregunto cómo puede pretenderse que el obrero consciente de hoy festeje el trabajo, cuando éste se halla deprimido, envilecido, humillado.

Yo me pregunto cómo se pretende hacer que el obrero consciente de hoy que se sabe explotado, burlado y escarnecido por las clases conservadoras, desfile en este día por calles y plazas, alegre y risueño, en medio del estruendo de los cohetes y al compás de las charangas. ¡Por la memoria de los héroes, basta de sainete! Esta no puede ser la fiesta de la paz: ¡los platos del banquete están todos manchados de sangre!

¡Yo me pregunto cómo se pretende que el obrero consciente de hoy aparezca festejando la paz mientras los ejércitos asesinos continúan sus carnicerías de pueblos, mientras las huestes huelguistas son deshechas a tiros y bayonetazos,

mientras la libertad individual es conculcada a cada instante por policías y jueces, mientras la miseria desesperada sucumbe entre gritos de agonía, mientras en toda la tierra continúa vibrando, torturador y terrible, el ¡ay! de los vencidos!

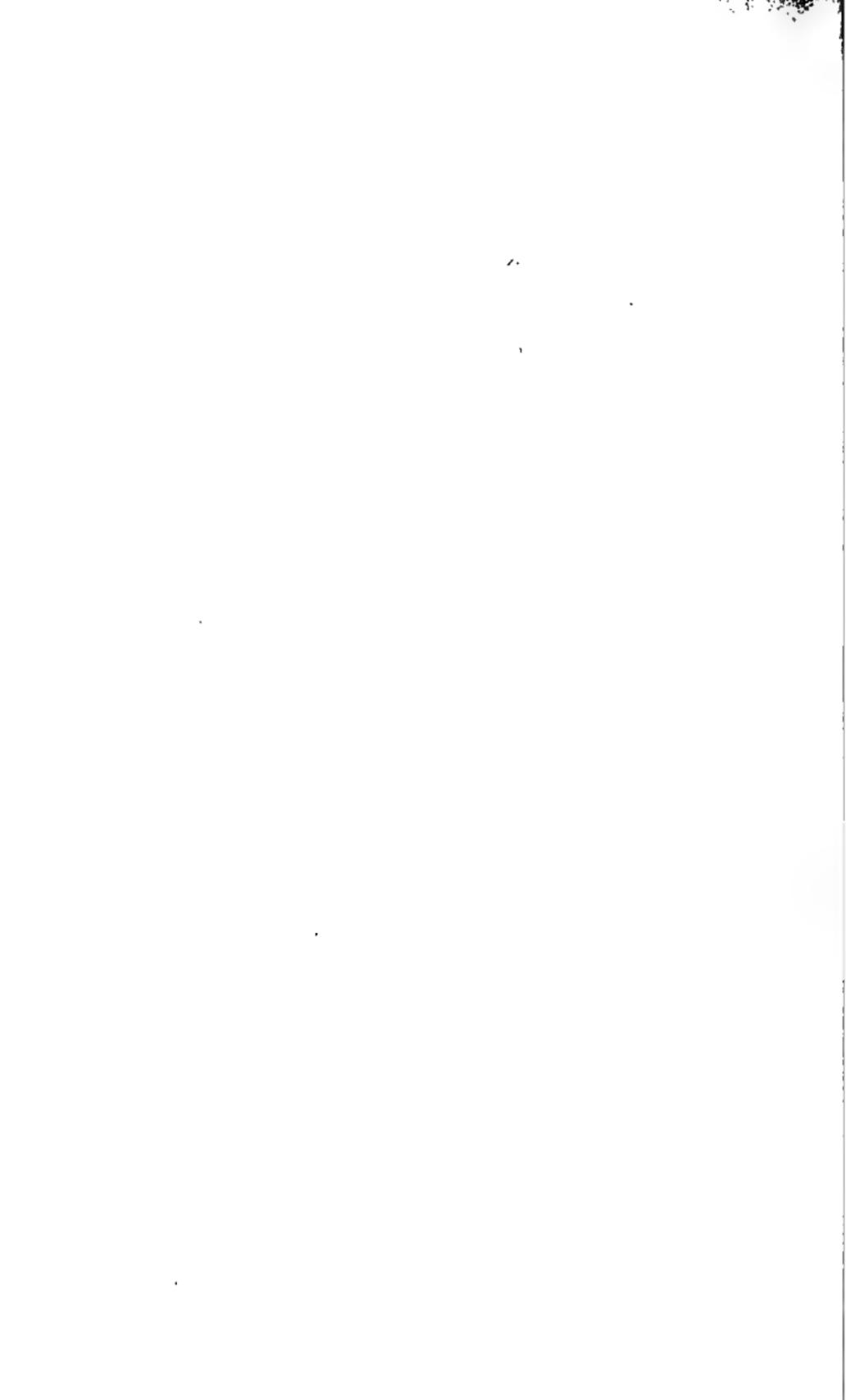
* * *

Reflexionemos, pues, y veamos por qué el 1.º de Mayo debe repercutir en el espíritu del proletario como un clarín de combate, como una trompeta de guerra, como una voz muy alta que diga: ¡a la ucha, a la rebelión, a la conquista de todos los derechos, de todas las libertades!

Para entonces, para cuando el triunfo de nuestros ideales constituya el triunfo de la humanidad, para entonces, sí, yo os concito ¡oh, explotadores de todas las latitudes! a festejar este aniversario que, junto con el de *La Comuna*, representa un alba purpúrea anunciadora de días espléndidos.

Es con la vista fija en esa aurora, y con el pensamiento fijo en ese día, que marchamos los proletarios del mundo.

AFIRMACIONES



I

Bakounine, Kropotkine, Guyau, filósofos de la acción, dan a ésta toda la importancia que en realidad tiene, ya que ella, como lo ha sintetizado admirablemente el último en frase imperecedera, no es sino el complemento del pensamiento.'

Concebir una idea es empezar a realizarla; permanecer inactivo, no ejecutar la concepción es, pues, accionar a medias; ponerla en práctica, llevarla a cabo, accionar de acuerdo con esa idea, realizarla, equivale, en consecuencia, a pensar completamente.

Pensamiento y acción. He ahí el secreto de todos los triunfadores. ¡Atreverse siempre! Diríase que los que no se atreven son aquellos cuyos pensamientos se han gestado en forma raquítica, sin fuerza para salir a luz, fetos, hijos estériles, mal conformados, que están pidiendo

el *forceps* para dejarse arrancar en pedazos con el dolor consiguiente del cerebro engendrador y sin beneficios para nadie.

La vida es acción, porque la vida es movimiento; es batalla, roce, choque, fusión; fusión de átomos, choque de moléculas, roce de gérmenes, parpadeo incesante, luz que al dejar de moverse se extinguiría; agitación perenne, pululamiento, creación.

Estancarse es morir. Así, en la vida del cerebro las ideas que se hacen viejas, son como las semillas que pudren las lluvias. Hay que cambiarlas si se quiere que el terreno dé fruto.

Hombres nuevos, ideas nuevas. No es ésta una frase banal como pudiera creerse, y se ha afirmado más de una vez, agregando que no existe nada nuevo bajo el sol. ¡Mentira! Bajo el sol todo es nuevo, eternamente nuevo si queréis, ya que todo es renovación, todo es cambio, residiendo precisamente en ese cambio, en esa renovación, el secreto profundo de la vida.

II

He aquí el amor que resplandece en cantos. El amor es luz, es sonrisa, es fuego. El que ama goza, padece y lucha. El amor es, pues, síntesis

de vida. Amando es como se llega a esas cúspides del sentimiento, desde las cuales se es dominador y se es mártir. La humanidad se vivifica por el amor, ese sol del alma, así como las plantas por los rayos del astro centro del universo. El amor sólo necesita libertad para ser más hermoso, más fecundo, más grande y más fuerte.

III

Tened el coraje de vuestras ideas; ejecutad vuestros sentimientos — los que sienten piensan—, no temáis para vuestros actos la calumnia del pequeño, el azoramiento del cobarde, la amenaza del ciego, el guijarro del torpe; sed, en todo momento, pensamiento y acción: eso es vida; sólo así realizaréis la vuestra, siendo los verdaderos y únicos constructores de vuestra felicidad. ¡Y atreveos siempre!

IV

No soy partidario del divorcio, porque convencido de la imposibilidad de codificar el amor,

rechazo el matrimonio. Soy consecuente, y creo que para aceptar la primera ley, la de divorcio, habría que dar por sentada la comulgación con la segunda, el matrimonio.

V

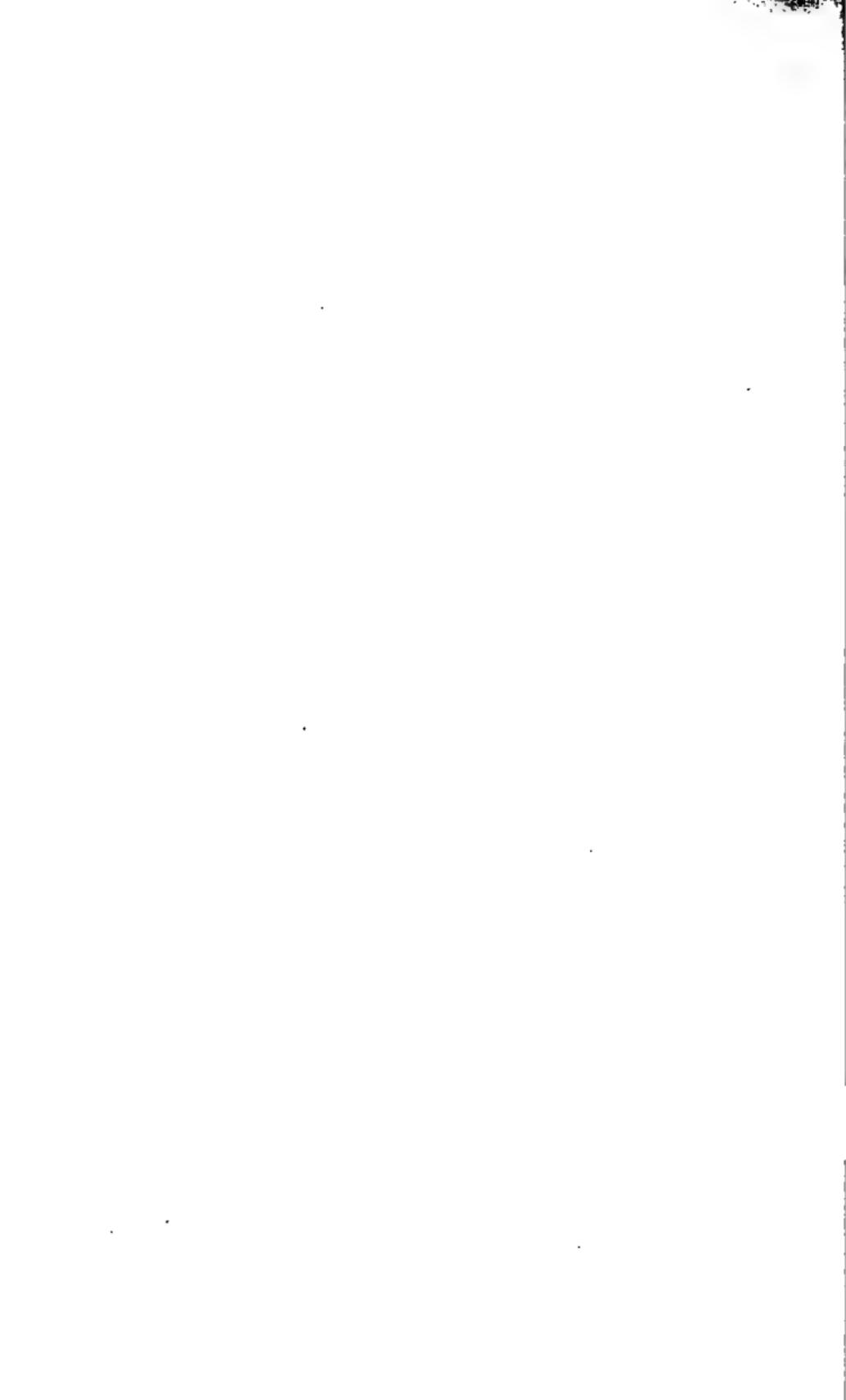
La alegría surge viviendo. Casi podría decirse que es fruto filosófico; aunque exista la alegría espontánea de la infancia, lo que equivaldría a hacerla inconsciente. Pero, sobreentendido, que no es, precisamente, de esta alegría de la que hablo — ya que la alegría de la niñez es, como el llanto, fenómeno reflejo. Hablo de la alegría como factor de vida, tan necesaria, tan indispensable para el espíritu como la higiene para el cuerpo. Cultivad la alegría para ser fuertes. Sólo los héroes tienen derecho a la tristeza. ¡Y eso cuando están solos! La tristeza es antiestética...

VI

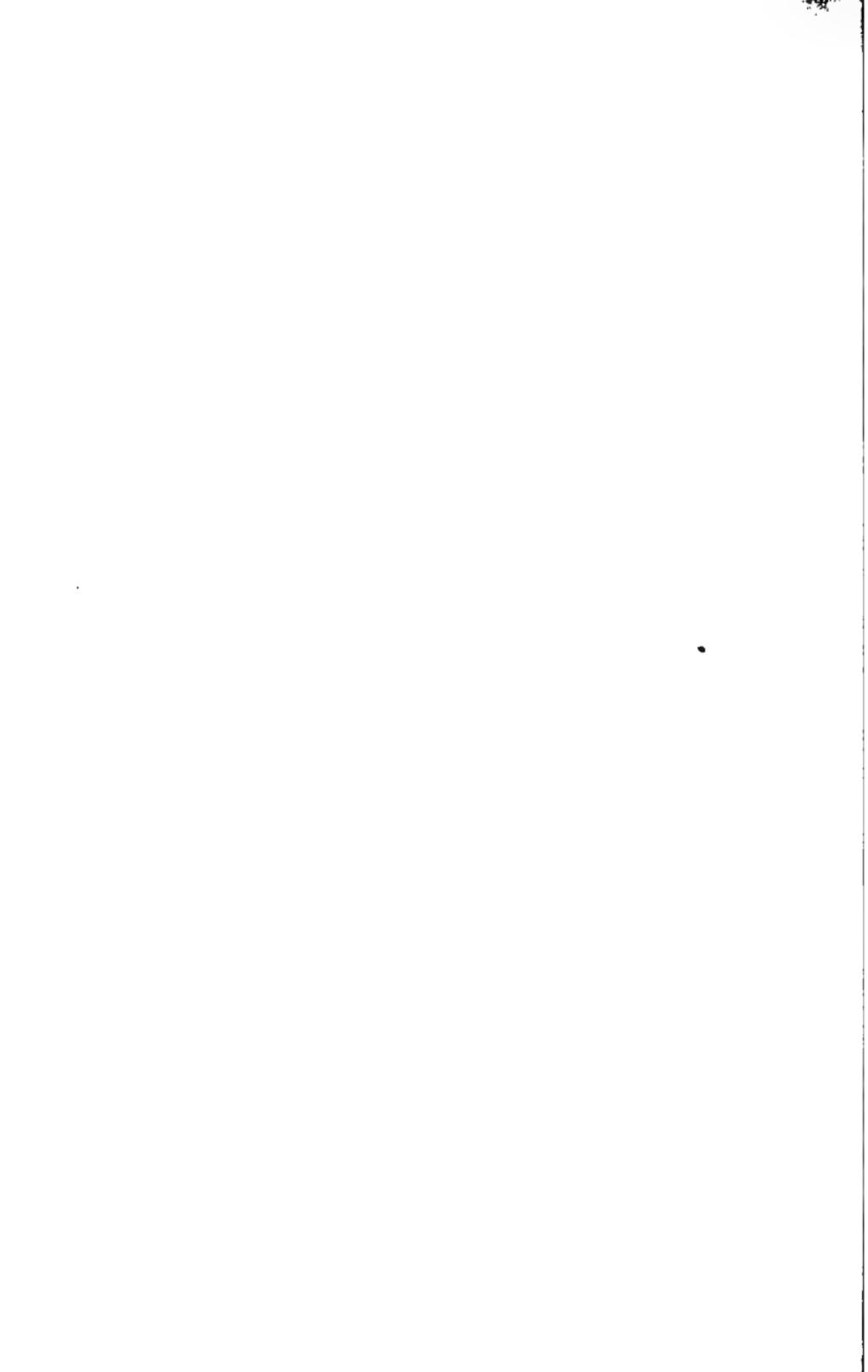
El error de la casi totalidad de los educadores radica en el propósito de transformar la in-

dole del niño, pretendiendo amoldarla a un patrón determinado, sin darse cuenta que la obra de los verdaderos maestros consiste en encauzar las energías de sus alumnos dentro de sus modalidades, vale decir sin violentar sus naturalezas, sofocando impulsos e instintos que, tarde o temprano, estallarán, salvo excepciones rarísimas, en formas estemporáneas y contraproducentes.

El día que los profesores en la escuela y los padres en el hogar pongan en práctica este sistema, la humanidad habrá progresado en el sentido moral, tanto como en el material la vemos conquistando zonas de luz ante el azoramiento de nuestros ojos.



. PARÉNTESIS



CARTA ABIERTA

Al Jefe de Policía de Buenos Aires.

La verdad es un bien común...

BOSSUET

No hace muchos días, una de las comisarías de la sección norte obedeciendo a una disposición suya, detuvo en la calle a dos honrados obreros, encerrándolos en un calabozo durante nueve días, por el solo hecho, según se manifestó, de pertenecer aquéllos a uno de los grupos anarquistas de esta ciudad.

Durante el tiempo que dichos obreros estuvieron en prisión, sufrieron toda clase de vejámenes, siendo además negada su existencia en la comisaría a los miembros de sus familias que con el temor consiguiente, acudieron solícitos en busca de informaciones al respecto.

Las víctimas en cuestión fueron en su cautiverio inconsideradamente privadas muchas veces de alimentos, y amenazadas con toda clase de castigos y torturas. Ignoro si esto fué también realizado de acuerdo con órdenes recibidas de usted por sus secuaces.

Esta barbaridad, cometida por la institución de que es usted Jefe, ha sido comprobada por la declaración de los mencionados obreros y de algunas personas que fueron testigos presenciales de la detención.

Poco después, otro atropello análogo se llevaba a cabo en otra sección de policía, sin que en los libros respectivos quedara constancia alguna de la entrada de los detenidos. Esto, usted lo sabe mejor que yo, se hacía con el único objeto de no dejar rastros LEGALES del abuso y evitar, por consiguiente, cualquier molesta acusación.

Simultáneamente, la misma comisaría a que se alude en el comienzo de esta carta, procedía al secuestro del número 98 de *El Sol*, que dirijo, habiendo sido hasta hoy ineficaces las gestiones realizadas por la administración de este periódico para lograr la devolución de los ejemplares retenidos.

Por último, el sábado anterior hemos sido sorprendidos por otro abuso, cuya comprobación hemos obtenido personalmente en la misma comisaría primera, donde se ha llevado a cabo.

Se trata de un joven que por tener en su

poder varios ejemplares de *La Vanguardia* y *L'Avenir* — periódicos, socialista el primero y anarquista el segundo, y cuya publicación, entre nosotros, data de varios años—fué conducido, en calidad de preso, estando hasta la fecha privado de su libertad, encerrado en una inmunda pocilga ubicada a pocos metros—no tan pocos que permitan llegar sus pestilencias—del lujoso despacho donde suele usted perder dos veces sus ratos de ocio traduciendo una obra que se hará famosa entre la gente de sable. Me refiero a los artículos del yankee Wilkins, publicados con el título de «Anarquistas y otros criminales». Todo un hallazgo de título lleno de ironía y de sugestividad por cierto.

Ahora, vamos a cuentas. La constitución argentina—y esto usted lo sabe mejor que yo también—asegura a todos los habitantes del país el derecho de hacer públicas sus ideas, y esta garantía *no puede* quedar librada al arbitrio de un funcionario policial, sea éste comisario o jefe. *No puede*, he dicho. ¿Qué candidez, verdad? ¿Recuerda usted la escena entre Segismundo y uno de sus criados, que figura en el más célebre de los dramas de Calderón?

—¿Qué ha sido esto?

—Nada ha sido:

A un hombre que me ha cansado
de este balcón he arrojado.

—¿Tan presto una vida cuesta
tu venida el primer día?

—Díjome *que no podía*
hacerse, y gané la apuesta.

También usted la hubiera ganado. No me cabe duda, desde que, por lo pronto y sin apuesta, la policía ha detenido, sin causa alguna, a varios ciudadanos durante muchos días, cuando las ordenanzas determinan que no puede hacerlo por un tiempo que exceda de veinticuatro horas, y eso por motivos justificados, lo que tampoco existía en los casos de la referencia; ha secuestrado periódicos—cuya publicación constituye un honor para la cultura intelectual de esta ciudad—, sin dar cuenta anteriormente al agente fiscal que correspondía para que éste dedujera la acción pública del caso, en el supuesto de que aquéllos contuvieran conceptos reprobados por las leyes; es decir, la policía se ha erigido en fiscal, juez y ejecutor al mismo tiempo, incurriendo así en el delito de usurpación de autoridad previsto por el Código penal.

¿Podía? Ya se ve que sí.

Hay que advertir que ella puede más. Por ejemplo: dar de palos hasta herir gravemente a un detenido, como se ha hecho en la comisaría 11.^a, con el fin de arrancarle una confesión; poner en libertad sin proceso y sin intervención de juez competente a cualquiera de los *mucha-*

chos de la *indiada* bonaerense, aunque éste sea autor de un delito grave; dar de latigazos a los manifestantes anarquistas y socialistas, como en los casos en que ha intervenido la comisaría 17.^a; penetrar por la fuerza, sin orden de juez competente también, a un centro como el *Libertario*, y robar de allí una cantidad considerable de manifiestos, folletos y otras publicaciones; negar permiso para reuniones populares so pretexto de que se quiere turbar el orden; impedir, a capricho, en ciertas calles, el tráfico de coches de plaza para dar fácil acceso a los landós lujosos que van sin prisa, pero por vías despejadas, llevando a los concurrentes del teatro aristocrático; privar de alimentación y de sueño a un preso durante cinco días para arrancarle la confesión de un delito, como aconteció con un acusado en la comisaría 3.^a, y hacer, por fin, azotar a un presunto falsificador hasta postrarlo, como se hizo en una casa de la jurisdicción 22.^a, para que aquél declarara dónde se hallaba escondido el cuño que sellaba las monedas objeto del proceso.

* * *

En cuanto a la persecución emprendida por ustedes—con ahinco digno de mejor causa—contra los anarquistas y socialistas, voy a per-

mi firme traer a su memoria, si es posible, esta frase de Don Francisco de Quevedo: *«¿Quién vió quererse alguno librar del incendio con poner fuego al fuego que le abrasa? Más se atiza que se remedia.»*

Por lo demás, escuche cómo se expresan acerca de los atropellos de que son víctimas los secuestrados por su orden:

«...Dos obreros, dos productores de la riqueza social acaparada, arrojados al fondo de un calabozo, ocultados a sus familias durante nueve días: ¡la miseria enseñoreándose en sus hogares, los niños que preguntan por el padre que les llevaba el pan, el almacenero que no fía, el patrón de la pieza que demanda el alquiler, el del trabajo, que lo niega al obrero tachado de anarquista, la policía que acusa y condena sin pruebas, sin justificación!... Señores: por amor a vosotros mismos, dejaos de fabricar tiranidas. Los supuestos complot, producto exclusivo de la mentalidad policíesca, habéis de desbaratarlos persiguiendo, sumariando, encarcelando y pegándole cuatro tiros al hambre de las multitudes. No es con represiones estúpidas ni con vejaciones de ningún género que vais a destruir un ideal; la violencia de arriba será fatal y necesariamente el regulador de la de abajo.»

Y por boca de Etievant, los persiguídos dicen: «A pesar de todas las mordazas, la palabra de la verdad se oirá en toda la tierra y los hombres

se estremecerán de gozo ante sus acentos, se levantarán al grito de libertad, para ser los artesanos de su felicidad. ¡Por esto somos fuertes, aun en nuestra misma debilidad, pues sea lo que fuera de nosotros, nosotros venceremos!»

Ya ve usted, pues, que *más se atiza que se remedia*.

Termino por hoy. Al escribirle estas líneas cumplo con un deber de conciencia. No pido nada.

Si es usted honesto, si es usted honrado, debe comenzar por respetar las leyes de la naturaleza que no hay necesidad de escribir en ninguna constitución, ni en ningún código, porque las llevamos cada uno, indestructibles y eternas en el alma y en el músculo. Por esto no pido. Exijo. Lo que usted desconoce a los demás, los demás tienen el derecho de desconocerle a usted. Y entonces, ¡cuidado! que van ustedes jugando el riesgo de que los demás vuelvan por activa la frase de Segismundo:



ARENA Y HIERRO

A *Alberto Ghiraldo*, Director del periódico *El Sol*.

«El gremio de areneros y lan-
cheros del Puerto del Rosario se
dirige al propagandista de la causa
obrero para que, por medio de *El
Sol*, nos secunde en esta cruzada
emprendida contra un monopoli-
zador despótico — el empresario
Meinke—que ha arrojado a la calle
y dejado en la miseria y la ruina a
un numeroso grupo de familias,
sin más ley que su capricho, por
un lado, y el favoritismo vergon-
zoso del Ministro de Obras Públi-
cas de la Nación, por otro.

Los lanjeros y areneros del
Puerto del Rosario, han realizado
ayer una manifestación de protes-

ta lanzando al mismo tiempo un manifiesto, concretando uno por uno los cargos al respecto. Adjuntos van diez ejemplares de dicho manifiesto.

Por la comisión de los lancheros y areneros del Puerto del Rosario.—*Nicolás Schippapietra, Avellino Alvarez y Modesto Solari.*

He aquí ahora algunos párrafos del manifiesto:

«El Sr. Meinke, apoyado en la influencia oficial, trata de destruir un núcleo de trabajadores, casi todos padres de familia: no lo guía en este caso ningún fin elevado, ni ningún pensamiento noble; pues no es siquiera la competencia comercial la que este señor emplea, es una competencia puramente personal, es un ataque del burgués convertido en déspota por medio del dinero para acapararlo todo, aunque deje en su camino los girones de la miseria y los lamentos de los que quedan sin pan y sin trabajo. Respecto del bien que puede causar a los constructores y empresas la actual rebaja de precios que el señor Meinke ha establecido, diremos que dicha rebaja es el preludio de un gran perjuicio para dichas empresas y

constructores, y para todo el que tenga necesidad de emplear la arena; en dos palabras explicaremos nuestra afirmación:

• El Sr. Meinke tiene ya acaparado casi todo el consumo de la arena, y muy pronto no existirá competencia, porque nosotros los lancheros estamos sin trabajo y nos es imposible permanecer en esta forma; pues bien, desapareciendo los lancheros, el Sr. Meinke habrá establecido, de hecho, el monopolio usurario que pretende imponer desde mucho tiempo atrás, y resultará lo que resulta con todos los monopolios: que el precio de la arena será el que fije el capricho y la ambición del señor Meinke.

Nosotros preguntamos ahora:

¿A dónde están esas promesas que con tan halagadora elocuencia saben hacernos nuestros hombres de gobierno?

Cuando ocurrimos en demanda de justicia y pedimos al Gobierno Nacional que no se nos corten los brazos, cuando para que nuestra petición tuviera más fuerza, solicitamos el concurso de cien firmas de lo más respetable del comercio de Santa-Fe; cuando, en fin, he-

mos tocado todos los resortes para que se nos atienda; cuando hemos demostrado, hasta el cansancio, que por proteger a una sola persona se arroja a la calle a una gran cantidad de obreros, y que se hacen servir las dragas de la Nación para negocios particulares de esa misma persona, ¿qué medio nos queda sino protestar enérgicamente contra los que en lugar de proteger a los obreros buscan medios de inutilizarlos y oprimirlos?

¿Qué hacemos ahora con nuestras pequeñas lanchas, nosotros, que después de tantos años de rudo trabajo, quedamos ahí sin tener dónde ganarnos la vida?»

OBREROS:

Una vez más el martillo tirano del capital cae sobre vuestras cabezas dirigido con la siniestra intención de desuniros y aplastaros; una vez más se quiere doblar vuestras cervices altivas para colocar sobre ellas la coyunda ignominiosa del buey; una vez más se pretende apagar el grito de vuestra justa protesta, y para ello el tirano busca y encuentra el apoyo de la autoridad armada. ¡Inícuo pretensión e inícuo apoyo! Es así

como vemos aliados, para la innoble tarea de combatirlos, al monstruo Shylok—la usura cobrada en carne—con el monstruo Sayón—la fuerza bruta al servicio de quien la paga!

Un viento de iniquidad sopla hoy sobre el mundo con más violencia que nunca. Lucháis contra hombres-fieras, más bien dicho, contra hombres que tienen de panteras y de víboras. Garra y veneno contra carne y sangre sana y roja.

Y no penséis por un momento siquiera en conmover a vuestro enemigo con la exposición de vuestros dolores. El monstruo que os oprime es sordo y ciego; sordo para la queja y ciego para las llagas. Hay que exterminarlo. ¡No despertará sino en la muerte!

* * *

Y por otra parte ¿qué tenéis vosotros que pedir? ¡Cuando hay carne sana y sangre roja no se pide: se exige!

¿Qué os han dado nunca? ¿Qué beneficios habéis alcanzado jamás interponiendo vuestros ruegos, vuestras lágrimas y vuestras penas? ¡Trabajo abrumador digno sólo de bestias; hambre y desprecio de inferiores! ¡Dolor siempre!

¿Que hay un acaparador, un Meinke cualquiera que especula con vuestra miseria y la de vues-

tras familias? ¿Que este acaparador es protegido, en el inmundo negocio, por un gobierno cómplice, por un ministro ladrón? ¿Váis por eso a salir a las calles en peregrinación de llorones, como atajo de mendigos, pidiendo lo que os pertenece: vuestro trabajo, vuestra vida, a quienes viven del esfuerzo de vuestros brazos, del fruto de vuestras fatigas?

* * *

¡Arriba los corazones! Levantad vuestra mirada hasta la cabeza de vuestros déspotas; forjad las armas que para el caso se requieren y dirigidas, certeras, hacia donde levantéis los ojos.

En el caso de *Meinke*, el arenero, y *Civit*, el ministro—nueva y brava razón social—, se me ocurre que el menor de los males, es decir, el remedio oportuno, sería quemar los barcos de *Meinke* y las dragas de *Civit*. ¡Qué diablos! ¿No arráinan ellos vuestros hogares? ¿No prenden fuego a vuestra tranquilidad? ¿Qué menos podéis hacer vosotros entonces que quemarles los bolsillos?

CASA DEL PUEBLO DE BUENOS AIRES

(Discurso en pro de su fundación.)

No es este, a buen seguro, momento propicio para torneos oratorios, y, menos que nunca, encajarían aquí los discursos adornados con galas de ampuloso estilo y arabescos de retórica.

El momento es de acción. Y no teniendo yo el poder de forjar el arma incontrarrestable que diera el triunfo inmediato a este hermoso movimiento obrero que hoy conmueve a Buenos Aires; no pudiendo poner en los brazos de mis hermanos de lucha por un mismo ideal la palanca que levante el mundo que pesa sobre los hombros del proletariado—, hubiera preferido callar, ya que tanto se ha hablado sin resultado práctico algu-

no. Pero alguien, que tiene para mí el mérito de su entusiasmo joven y fecundo por el éxito de la gran causa, ha intercedido ante este orador, considerando que su palabra podría realizar en esta emergencia, si no el prodigio simbolizado por la frase célebre puesta, con más o menos fundamento, en labios de un conquistador, por lo menos la buena tarea de propender a crear una bella armonía entre fuerzas que jamás debieran marchar sino por el mismo camino, concurriendo a un solo fin.

* * *

Dos tendencias contrarias, digo mal, dos corrientes emanadas de predominios personales, dividen hoy la energía de nuestra masa obrera que, en presencia de una soberbia iniciativa como es la de la fundación de esta Casa, no atina sino a ahondar las divisiones que, como una aberración incalificable, existen en quienes a toda hora, en todos los sitios y con todas las voces, proclaman la solidaridad humana como la única base para la existencia feliz o simplemente tranquila de las colectividades.

No vengo aquí con pretensiones de juez, que tal carácter repugna a hombres que abriguen mis convicciones; no vengo aquí con la intención de formular cargos a un bando en defensa del con-

trario (tristeza me da pronunciar esta palabra ocupándome de un asunto en que sólo debiera haber compañerismo de verdad); pero sí creo tener el deber de hacer vibrar aquí una palabra franca de concordia que haga palpar el error en que, sin darse cuenta de su magnitud, se incurre amenazando con él echar por tierra una idea cuya realización significaría, quizá, el más grande de los triunfos alcanzados entre nosotros por las clases trabajadoras.

He oído las quejas, las acusaciones que unos y otros—hablo de los dos bandos en lucha—se lanzan con la misma vehemencia, con el mismo celo de políticos constituyentes de comités que sueñan con un mutuo destronamiento, tratando al mundo operario ni más ni menos que como a una pelota destinada a no adquirir nunca conciencia del papel pasivo que desempeña.

Así fué como lanzada la iniciativa de la fundación de la Casa del Pueblo, se solicitó para llevarla a cabo, y como era natural, la cooperación pública, y así fué como también empezaron a compás a ponerse obstáculos para que los obreros acudieran a inscribirse en las listas de adherentes.

¿A quiénes la culpa de estos impedimentos?

No voy a dar nombres porque los nombres no hacen al caso en asuntos de esta clase; no voy a dar nombres porque, como lo he manifestado ya, no he venido a este lugar en carácter de acusa-

dor ni de juez; pero sí diré que mal se hace en pretender erigirse en tutores de los elementos obreros, aunque, no lo dudo, los tutores se sientan inspirados por los más puros intereses.

Porque es necesario convencerse de algo que es fundamental: la iniciativa es buena, es excelente, óyese decir. Y todos se encuentran conformes en esta apreciación; pero todos interponen para su consecución dificultades de toda índole, resistencias que no justifican, odios o rencillas personales indignas de quienes defienden altas ideas. Y en dilucidar esta lamentable chismografía se va el tiempo y con él la esperanza de ver coronado con el éxito un proyecto de suma importancia para el cual es imprescindible el concurso de todas las voluntades, la adhesión de todos los elementos y el olvido de las causas nimias y particulares que han podido dividir, temporalmente, a individuos cuyos esfuerzos concurren, innegablemente, a idéntico término.

En verdad que la masa proletaria daría esta vez un pobre espectáculo al tener que renunciar a la idea de fundar un centro que, como el que nos ocupa, daría un valiente y serio empuje al movimiento social que en este país se ha iniciado con no escasa fortuna. Díganlo si no las huelgas que de un buen tiempo a esta parte tienen en jaque a autoridades y patronos.

Pero aún es tiempo de reaccionar. Y para ello, es la oportunidad de decirlo muy sonoramente,

sólo falta un poco de desprendimiento en lo que atañe a la vanidad personal, de generosidad en la intención y en la forma, de altura de miras, en una palabra, de verdadera fe en la causa:

Hoy por hoy hay que unirse, congregarse alrededor del proyecto dándole cada uno la vitalidad de que disponga y anteponiendo a sus cálculos egoístas la hermosa idea de solidaridad, tan traída y llevada ya como muchas veces mal concebida y apreciada.

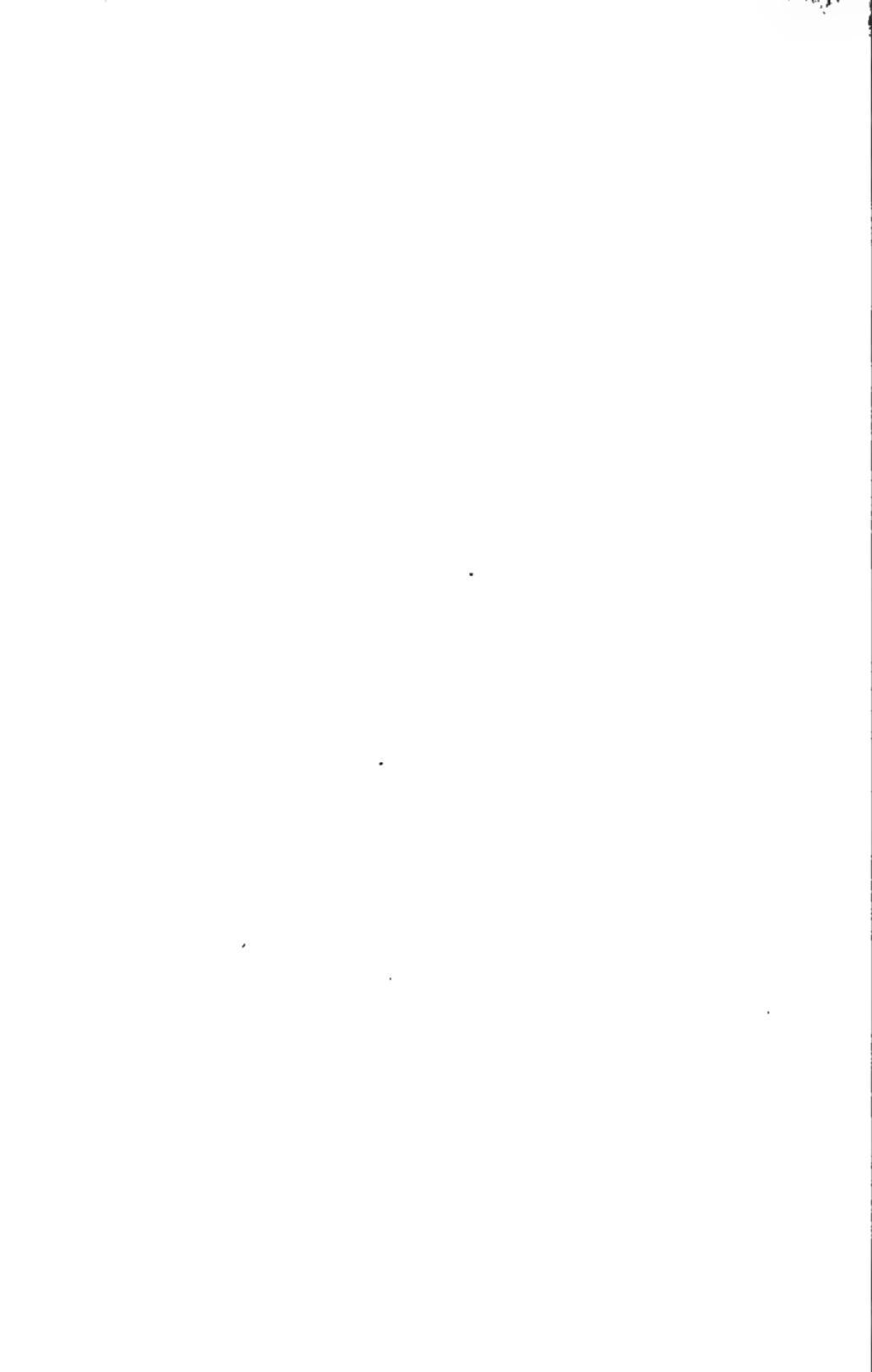
¿Qué se ha solicitado, en fin? La adhesión de los obreros para construir esta casa (hablo en sentido figurado). ¿Qué se ha logrado? La desunión entre sus filas. Esto es doloroso. ¿Y por qué?

Porque no se tiene confianza, se dice, por un lado, en los iniciadores de la idea; porque hay promesas mentidas y engaños y especulación, se exclama por otro, y cada cual escatima su concurso como si en realidad se tratara de prestigiar una obra propuesta por negociantes o bandidos.

Saquémonos, pues, por fin, de un tirón, mejor dicho, la venda que cubre nuestros ojos, y así llegaremos al convencimiento de que no existe sino una cosa buena por hacer: realizar la obra. ¿Con cual Comisión? ¡Con cualquiera! La Casa del Pueblo es algo muy grande y muy hermoso que no puede constituirlo ninguna Comisión. Sus paredes y sus techos están en nuestros brazos y en nuestros cerebros.

Vengan las adhesiones, formemos núcleo poderoso y fuerte, pongamos todos nuestro hombro en la empresa, y entonces, recién entonces, podremos decir que hemos realizado obra fecunda.

ATALAYAS



¡SALVE, HOMBRE!

Ibamos por la calle bulliciosa y febril.

—¡Con la muerte de Zola!—gritó el boletínero.
Y se paró ante nosotros.

Fué como un rayo. ¡Muerto! Ahí estaba escrito en una hoja pequeña y sucia. ¡Muerto! Y muerto por asfixia. Diríase sofocado por el miasma social presente.

Seguimos calle arriba, hacia el centro de la gran ciudad cuyo vértigo nos atraía. Marchábamos empuñando la hoja pequeña y sucia que nos vendiera el minúsculo comerciante. En nuestras manos parecía agitarse como una bandera de guerra, como un pendón de combate noble y glorioso. Y sentimos impulsos de echar a correr hacia las plazas cercanas, exclamando: ¡Zola ha muerto! ¡Viva su obra! Pero nos detuvimos, porque a nuestra espalda, de entre la sombra pro-

yectada por los grandes muros, surgía otra voz que decía: ¡Zola ha muerto! ¡*Conspuez Zola!* ¡Oh, la voz de la sombra! Nos detuvimos. Ante ella, fiero y resuelto, estaba erguido un nuevo luchador.

GERMINAL

Fué como el despertar de un mundo. Un alba roja. Sangre abundante y fecunda. En su páginas Souvarine habla así: «Todos los razonamientos acerca del porvenir son criminales, porque impiden la destrucción pura y simple y entorpecen la marcha de la revolución». Y cuando Henry, el niño héroe de la tragedia social moderna, prepara sus dinamitas, dice: pensaba como Souvarine.

Esto ¿qué indica? Que no se ha escrito obra de arte más franca, más altiva, más valiente que la de este maestro del coraje intelectual, de este arrojado descubridor de llagas, exhibidor de verdades, que tenía el don del bien decir y la altivez soberana de su pensamiento.

TRABAJO

De «Los cuatro Evangelios» (queda *Justicia* sin hacerse) es el que más levanta el nuevo credo, el que hace brillar con más claridades la nueva luz. Eso es *Trabajo*.

Las repúblicas más o menos platonianas—de Platón a nuestros días, el Falansterio de Fourier, las ciudades de *Utopía*, del *Buen Acuerdo* y del *Futuro* (Moro, Reclus, Morris), todo eso es pálido ante aquel nuevo Beauclair que, de las páginas del maravilloso libro, emerge sonriente y feliz basando su vida en la ciencia y en la verdad penetradas hasta hoy.

VERITÉ

Conocemos su primer capítulo. Basta. ¡Zola muere ahogando el *cuervo!*
¡Salve, hombre!



IBSEN

Poeta, filósofo, hombre. El más rebelde de los pensadores de su época, el más altivo de todos sus bardos, el más excelso, el más grande de todos los escritores revolucionarios habidos. Fué un vidente y murió ayer.

Resistiendo a todos los dogmas, ajusticiador de convencionalismos y de fórmulas, nadie amó la vida por la vida misma como este autor de dramas, cuyo nombre aureolado de gloria puede brillar con ventajas al lado de esta constelación: ¡Shakespeare!

El dolor y la experiencia le forjaron modelando el más terrible demolidor de ídolos, el más audaz revelador de verdades, con que han contado los tiempos. Jamás se había hablado así desde una cumbre. Nunca habíase sondado el alma del hombre con la penetración, la sinceri-

dad, el amor y la luz con que lo hiciera la enormidad de su genio.

¿Genio? Lo fué. Develador de mundos morales, es él el precursor de toda una filosofía sin cartillas, soberbia lección de vida, vida esplendente, sin trabas ni cortapisas, vida plena, contra la que hoy se oponen los dogales de leyes absurdas dictadas por el miedo, la cobardía, el cálculo, la estulicia, el servilismo y la prepotencia ruin que nos envuelve.

El vidente se alzó y en la noche social en que actuar le tocara, su voz ha resonado como la de una campana formidable que tocara a rebato despertando al individuo. Ni Stirner, ni Nietzsche, esas otras dos águilas, han tenido para esta figura llamada hombre la frase clarovidentemente profética de este atrevido argonauta de la libertad. La acción del individuo no ha sido nunca ensalzada como en la obra de este sabio sin escrúpulos, que abominó del cortejamiento al tirano, a todos los tiranos, a los de arriba y a los de abajo, llámáranse éstos autoridad, ciencia, mayorías o prejuicios.

Y ahí, precisamente, está su fuerza. En la encarnación de ese principio revelado en toda su obra, ese principio que dice de independencia individual, de expansión de vida, de magnificación de energía. Insurrecto contra todo lo que implicara un detenimiento en la escala ascensional del ser humano, encontró siempre la

vía a seguir para romper el obstáculo opuesto a su desarrollo.

Su acción fué inmensa. Reconozcámosla los que sentimos esa misma aspiración hacia la libertad y la luz, y aprendamos de las enseñanzas que nos deja este maestro de voluntad para fortificarnos en la tarea redentora que nos hemos impuesto.



GORKI

Gorki. He aquí lo que nosotros nos atreveríamos a denominar un «caso» literario. Veamos por qué.

En sus obras Gorki no deslumbra, no asombra, no seduce: convence. ¿Hace Gorki literatura? Casi podría afirmarse que no.

Recordamos haber leído, no sabemos en qué revista española, un pretendido estudio sobre la obra de este hombre-excepción en que se trataba de demostrar lo infundado de su popularidad, haciéndose comparaciones imposibles entre el mérito de algunos de sus famosísimos cuentos o relatos con los publicados en España por jóvenes autores colocados hoy a la vanguardia literaria de ese país. Se decía que su éxito sólo era debido a un capricho del momento por todo lo ruso, a una moda, en fin, tan arbitraria como pasajera.

Hacemos esta mención porque análogas consideraciones se han formulado después por críticos conocidos de nombre universal.

Error. Para nosotros el éxito de la obra de Gorki está en que este autor, como ninguno hasta hoy, ha afirmado la vida, pero no tratando de demostrar que el hombre es bueno. No. De la filosofía de Gorki resulta esta cosa tan extraordinaria como verdadera: el hombre no es bueno ni es malo: es hombre.

Gorki, pues, nos ha revelado al hombre y ha sido tal antes de ser autor. He aquí el «caso» literario.

No conocemos obras que, encerrando menos dogma, hayan hecho más camino revolucionario. En las obras de este autor no hay dogma social, y en ellas, puede decirse, está encerrada toda la revolución que hoy se gesta en el mundo.

¿Que esto es mucho decir? No nos retractamos. Léase «En los Bajos Fondos».

¿Que existen autores que han aquilatado más pensamiento en obras de mayor trascendencia, cuyos nombres no han tenido la fortuna de Gorki? Aparentemente, sí. ¡Cualquiera! No olvidemos, por otra parte, que vivimos en una época de simulaciones...

¿Que existen autores cuya forma literaria es de riqueza oriental al lado de la suya? Sí, todos los que suenan desde el olímpico D'Annunzio, ese mago moderno de la palabra escrita, hasta el

más desesperante de los folletinistas franceses que en la prensa de París ganan su vida *literatizando* a destajo.

¿Y entonces? Es que ni la abstrusidad de altas y especulativas concepciones filosóficas envejecidas al rato de abortadas, ni la metafísica de las literaturas enciclopedistas, ni lo falso de las escuelas «realistas», ni la pompa de la retórica en boga, habían revelado al hombre. Gorki lo ha hecho así, extraordinaria, sencillamente... Este es el mérito de ese «caso» literario.

CONGRESO INTERNACIONAL
DE LONDRES



MI ACCIÓN EN EL CONGRESO

En un momento excepcional para las ideas anarquistas, la voluntad de los compañeros de esta región me lleva al Congreso Internacional de Londres a celebrarse en fecha inmediata. Resuelto el viaje y el ánimo, acepto la difícil misión con todo el entusiasmo de que es capaz esta mi naturaleza, dispuesta siempre a dar el máximo de esfuerzo en pro de lo que considera hermoso y fuerte.

Creo que en estas circunstancias un Congreso de la índole del que nos ocupa, tendrá la importancia de una verdadera afirmación. Formado por la mayoría de los pensadores en cuyos cerebros se han incubado y plasmado las ideas revolucionarias modernas, él constituirá, al mismo tiempo que un balance de los elementos con que hoy podemos contar para la lucha, la luz

orientadora, luz-guía que ha de servir para aclarar más de un camino obscuro, más de un precipicio escondido en nuestra noche social.

Al anuncio de este Congreso ha sonado otra vez—¡una más!—la palabra *utopía* conque nuestros enemigos, los lejanos y los adyacentes, pretenden motejarnos. Bien. Yo voy al Congreso de Londres, y quiero hacer esta declaración antes de pasar adelante, llevando en mi cerebro una idea madre: la de proclamar, ante todo, la bancarrota del plan teórico, hijo de la imaginación, irrealizable; el fracaso del cálculo vano, del proyecto ilusorio—, para usar de los mismos términos definidores en el diccionario de la palabra *utopía*—, conque nuestros adversarios han pretendido implantar sus sistemas económicos y de cultura social. Porque, digámoslo bien alto, con la sonoridad que el descubrimiento requiere: *utopía*, más que *utopía*, insensatez, delirio, locura, ha sido la de pretender encerrar a la humanidad en las casillas conservadoras, cuyas paredes comienzan ya a resquebrajarse. Esas casillas que en lo físico se llaman el cuartel, la fábrica, el claustro, y en lo moral fórmulas inicuas que, como la del matrimonio y la de la propiedad privada, han de pasar a la historia con nombres de vergüenza, tal como el torniquete de la ley absurda, la iniquidad permanente del militarismo y todo lo que ha pretendido y pretende aún convertir al hombre en un maniquí, una cosa.

sin voluntad y sin criterio propio, un resorte subalterno, insignificante por sus derechos, ridículo por su posición, de una máquina montada a capricho, o para uso especial por todos los dominadores, usurpadores y logreros que han ensombrecido al mundo.

¿O no es por ventura utopía, insensatez, delirio, locura, pretender hacer de cada hombre un soldado, vale decir, un muñeco con cuerda o un productor a salario y con hora fija, destinado eternamente a repletar la bolsa del capitalista parásito?

No hay duda, dice admirablemente Kropotkine en un estudio reciente, que la vida es infinitamente más complicada que todo lo que pueda preverse. En ella surge lo imprevisto con mayor frecuencia y exigencia que en la novela; pero el aspecto general de la sociedad futura se dibuja ya: se ve lo que germina; no hay más que observarlo; ya se siente toda la fuerza de los deseos de igualdad, de justicia, de independencia, de libre asociación que aparecen en la sociedad. Y estos datos sociales nos permiten casi prever adonde vamos, a condición que estudiemos *lo que viene*, en vez de discutir sobre lo que un tal o tal otro *quisiera* ver venir.

Y eso, precisamente, estudiar *lo que viene* será, debe ser la obra del Congreso de Londres, tratando de evitar a toda costa la formación de nuevas casillas, es decir, nuevas tiranías, pa-

rientas muy cercanas de las que tratamos de destruir.

Es necesario demostrar que el anarquismo no es sólo una hipótesis económica, sino toda una filosofía o sea ciencia de la vida y que, como tal, sabe construir también, pero de acuerdo con las leyes naturales que nos rigen. Es necesario demostrar que el mal, ese que yo llamo la *utopía* contraria, ha consistido exclusivamente en la violación de dichas leyes. Porque utópicos, más que utópicos, insensatos, delirantes y locos, han sido y son los dominadores militares que han pretendido convertir, sin resistencias, al mundo en un inmenso cuartel, los religiosos en un claustro sombrío y los capitalistas en una sola y sórdida fábrica, donde respectivamente se pelearía para la gloria de un czar, rey, emperador de pueblos o presidente de república, se oraría para la adoración de un Dios verdugo o se laboraría para el acrecentamiento fabuloso de un Crespo moderno y formidable.

Hay, sí, que demostrar la bancarrota de esta triple utopía, militar, religiosa y capitalista, en nombre de la vida detenida, sofocada en sus fuentes más puras por insensatos, locos y delirantes tiranos. Hay, sí, que demostrar que los utópicos, los locos y los delirantes, han sido y son los enemigos de la libertad y de la luz, los dominadores del ejército, que han deprimido, mancillado, envilecido y casi anulado el factor hombre,

los fanáticos de religiones siniestras, que han deformando el cerebro de la infancia, cual si preparar quisieran la noche moral de las razas, y los acaparadores, los acumuladores del trabajo ajeno que, detentando la producción, acaparando los frutos de la tierra e imponiendo a la sombra del estado, el irrisorio salario, oprobio de estos tiempos, han creado una situación de intranquilidad y miseria deprimente y desesperante para la mayoría y en perjuicio directo de la humanidad entera.

Voy, pues, al Congreso de Londres con la fe de un convencido, con el entusiasmo de un luchador que recién se iniciara, con la esperanza de un hombre que cree en la regeneración de la humanidad, en la eficacia de las ideas redentoras que sostiene, porque cree en su propia fuerza, porque cree en su regeneración y porque está seguro de la victoria, considerando que ésta no puede estar sino en la lucha misma, ya que la vida es lucha y el que no lucha no vive.

No he de daros esta noche un programa completo de mi acción en el Congreso, porque la verdad es que hasta el tiempo indispensable me ha faltado para formularlo definitivamente. Pero sí os esbozaré un plan general para que podáis meditarlo con tiempo y hacerme, por escrito o verbalmente antes de la partida, todas las observaciones, indicaciones o modificaciones que creyérais pertinentes y que yo tomaré en cuenta.

aceptaré o rechazaré, según el caso, con toda la sinceridad de que soy capaz. Esas observaciones irán a juntarse en mi cartera con las proposiciones y los temas indicados ya por algunos compañeros y grupos adherentes.

Mi opinión es que la tarea del delegado debe comenzar historiando el nacimiento y desarrollo de las ideas revolucionarias en América hasta el presente momento, con especialidad en la Argentina, el Paraguay y el Uruguay. En este primer capítulo ocupará principalísima parte la Federación Obrera Regional Argentina, organismo inspirado y animado por las ideas anarquistas y el que, a pesar de todos los vientos desorientadores que han agitado, conmovido y desvirtuado en su esencia a sus similares de Europa, ha mantenido firme como ninguno su línea de combate.

Demostraré cómo los movimientos iniciados por la Federación fueron los que, perturbando a las clases conservadoras, dieron pretexto a la promulgación de esas leyes llamadas por ironía, de Residencia la una, cuando en realidad lo es de extrañamiento, y Social la otra, cuando en realidad es todo lo contrario.

Finalizando esta historia sintética y con datos precisos, trataré de dar una idea, lo más clara posible, del ambiente obrero revolucionario actual en la Argentina, así como de su prensa, tan importante ya si se tiene en cuenta que aquí vive

hace diez años el único diario anarquista del mundo, poniendo de relieve la situación creada por dichas leyes, que aunque yo considere como una certificación del reconocimiento de nuestra fuerza, debemos combatir por motivos ya expuestos muchas veces, hasta dar con ellas en tierra.

No voy por cierto a llevar al Congreso de Londres una queja, sino una constatación de hechos, utilísima a mi ver, y aunque ya se sabe que nuestras ideas vayan en contra del conglomerado de leyes, es decir, contra todo el armazón actual, creo oportuno un acuerdo del Congreso contra las de excepción dictadas en el mundo, con especialidad en Rusia, España y la Argentina.

A tal efecto propondré al Congreso un proyecto de resolución por la cual se recomiende la acción solidaria e inmediata de las fuerzas obreras en pro de la derogación de dichas leyes.

Otro tema que considero de verdadera importancia y al cual he dedicado ya preferente atención en «La Columna de fuego», es el de los desalojados, los sin trabajo, esa fuerza latente y olvidada que hoy existe en Buenos Aires, y en la cual debemos pensar en una forma muy seria, primero por solidaridad verdadera y después porque ya comienza a constituir un obstáculo, quizás el más importante para la lucha. Tiene este tema relación directa con el de la crisis universal que hoy padecemos, y es de suponer que

el Congreso ha de tratarlo con especial detenimiento. Se me ocurre que entre los medios prácticos para combatir esta crisis puede figurar el que yo pienso proponer al Congreso: la reducción de la jornada actual de trabajo a seis horas, por ejemplo, y esto no porque yo haya dado nunca mayor crédito a la receta de las horas preconizada hasta hoy, sino teniendo en cuenta únicamente que la disminución traería aparejado un inmediato alivio haciendo entrar por ende en juego de trabajo y acción a la casi totalidad de los desocupados en el orbe, fuerzas negativas en el presente que restan eficacia a la solidaridad. Esta medida tendría atinencia directa con el desarme universal, que lanzaría varios millones de hombres al campo del trabajo.

Tercer tema anotado: Acción constructiva del anarquismo, traducida en instituciones sociales nuevas para oponer a las conservadoras en funcionamiento y a fin de aclarar y facilitar el camino de la revolución. Medios: la educación de la niñez y la cultura libre del pueblo por el libro, la prensa, el teatro y el cinematógrafo. Formación de ligas de padres en defensa de la libertad de la infancia y de la juventud en lo que se refiere a la escuela y el cuartel. En esta proposición va incluido el antimilitarismo.

Esto aparte, como he manifestado, de los temas propuestos por las diversas agrupaciones y compañeros, publicados algunos en *La Protesta*,

que llevo en mi cartera, y entre los cuales figuran los siguientes:

1.º Relaciones del anarquismo con la organización obrera y los medios de propaganda y lucha más eficaces para el desarrollo y logro de nuestros ideales; línea de conducta que nos lleve a la emancipación económica y política. ¿Puede servir un organismo autoritario para conquistar la libertad?

2.º Nombramiento por el Congreso de un comité internacional de relaciones encargado de redactar un boletín mensual en varios idiomas y uno anual conteniendo el movimiento revolucionario, huelgas, mitines, procesos, encarcelamientos y toda clase de persecuciones que sufran los camaradas militantes. Este Comité se encargaría también de la organización de otros en cada país destinados a buscar y poner en práctica la forma de oponer una resistencia eficaz de carácter internacional y permanente a las represiones legales.

Para terminar hoy, declaro que he de estudiar también otros temas de capital importancia relacionados con los problemas de táctica, medios de lucha y propaganda y entre otros el de comunismo e individualismo indicado también por varios compañeros.

Al respecto creo que la reconciliación de las dos tendencias se impone, puesto que no se excluyen y que los dos sistemas deberán ensayarse

libremente ya que el anarquismo no puede depender de ninguna hipótesis económica y en vista de la imposibilidad de las soluciones exactas del problema social.

* * *

El fracaso del Estado es evidente: fracasa frente a problemas como el de la crisis actual, que tiene sumida en la miseria a la mayoría de la clase productora. El es impotente para evitar que el río de oro nacido en la fuente proletaria vaya a inundar de luz las mansiones de los poderosos donde queda acaparado, sin fecundar la tierra para todos, como lo exigiría un sistema más inteligente, más racional, más humano. Fracasa frente al problema de la educación de la infancia dejando huérfano de conocimientos, hasta de los más rudimentarios, al ochenta por ciento de cada generación. Porque no es un misterio para nadie que la instrucción es hoy también un privilegio, al que no tiene derecho a aspirar sino una parte mínima de la humanidad, pues no basta instalar escuelas y universidades, diciendo: están abiertas para todos. Necesario sería antes investigar si los hijos de los pobres, es decir, la inmensa mayoría, están en condiciones de atravesar sus umbrales cubriendo y salvando las gabelas y

exigencias de toda clase impuestas a los educandos, matrículas, gastos de libros, cuadernos, indumentaria e higiene en las escuelas primarias, elementos todos que al fin del año suman cantidades imposibles de reunir en los hogares prolíficos del pueblo; derechos de examen y cortapisas sin número en los grandes establecimientos de educación, costeados también por las mayorías, y cuyas luces no alcanzan sino a un grupo reducidísimo. Fracasa frente al problema de la guerra, porque la paz armada que hoy soporta el mundo, constituye un perjuicio y una ignominia mayor que todos los choques entre pueblos habidos y por haber. Y esta no es una afirmación hecha a capricho. Para demostrarla, viene como de molde la siguiente síntesis sobre la actual situación europea, que una distinguidísima mentalidad argentina, actualmente en París e insospechable de parcialidad, me hace en carta reciente.

Héla aquí:

«...Los empréstitos, salvadores siempre, no son ahora posibles sino con un enorme desmedro. Todos los países europeos, especialmente del Oriente, solicitan dinero a cualquier interés y condiciones. Y reclaman capitales para armarse; es decir, a pura pérdida.

»Sin embargo, Rusia pondrá en sus próximas maniobras un millón setecientos mil hombres,

mientras la industria francesa languidece por el ataque que le llevan los alemanes, a designio, y por el de los yankees, a propia expansión.

»En tanto los ingleses retroceden en su comercio exterior y Bélgica suspende el movimiento de sus fábricas endeudadas hasta los ojos. ¡Y debe aumentar su ejército!

»Queda en pie la Alemania, pero se ierguen en su contra Francia, Rusia e Inglaterra.

»En cuanto a Italia, la conquista de la Libia y el movimiento en Abisinia, la desangran y la arruinan. Las fronteras europeas tienden a modificarse; no será inmediatamente, pero ese es el rumbo.

»Todos estos conflictos apagan, en apariencia, las agitaciones de la cuestión social que laten en el fondo, prontas a estallar cuando los grandes acontecimientos sobrevengan. La revolución francesa quedará chica delante de las escenas que prepara esta miseria mundial, largamente contenida con expedientes retardatarios.

»Y como sucede al fin de un baile que se acentúa la animación, nunca la vida de disipación y de lujo y de placer y de orgía y de corrupción, ha asumido mayores proporciones.

»Para terminar, el último movimiento de Italia ha sido una revolución republicana. No dejan salir noticias. Han pisoteado por todas partes el retrato del rey y de la reina. Será vencida, pero es un síntoma. Ha sido una demostración de que

ese pueblo responde a las ideas revolucionarias modernas.»

Como veis, el más grande factor de la situación desastrosa actual de las finanzas del mundo está constituido por esta paz en pie de guerra, sostenida con persistencia desesperante por todos los estados.

Política absurda, criminal y loca contra la cual sólo es fuerza de contrapeso la conciencia obrera internacional que, en realidad, está salvando, una vez más, la dignidad humana, ya que por temor a los conflictos internos obreros, los gobiernos se detienen ante el problema de una guerra liquidadora, porque siempre será una solución para una situación insostenible. Sí; la conciencia obrera internacional que repudia la guerra, los choques sangrientos exterminadores de energía humana, es en realidad la que ha contenido y contiene a los gobiernos, esa conciencia obrera tan alta y tan calumniada, que hoy abomina de guerras fratricidas, de símbolos estrechos, en nombre de un ideal tan grande, tan noble y tan fecundo como la vida misma. Sí; esa conciencia obrera, tan alta y tan calumniada, es la que está evitando al mundo con su actitud, el espectáculo siniestro, vergonzoso y tristísimo de una conflagración gigantesca y estupenda, la última, al decir de Zola en las páginas admirables de su novela «Trabajo», y en la que quedarían destruidos

para siempre los ejércitos de la muerte en que se apoyan las actuales y formidables tiranías europeas, progenitoras de los caciquismos de América.

* * *

Ahora volviendo al tema de la crisis, tan actual y tan doliente, es del caso preguntar: ¿qué es lo que está en crisis? Yo respondo sin vacilar: el sistema. Porque fijaos bien que el capital no está en crisis. Al contrario. Jamás las cajas de los tesoros del mundo han contenido en sus paredes cantidades tan fabulosas. Y nunca la usura ha afilado sus garras con tanta páfida alevosía. Vale decir que el trabajo de las mayorías productoras, acaparando en las arcas de los detentadores, es el tirano moderno que oprime y envilece.

Ahora bien; ¿no es utopía pretender que la humanidad acepte sin que surja amenazante la protesta de la justicia, la perduración de un régimen económico que permite el estancamiento de la vida en aras de un dios terrible, devastador y nefasto? ¿No es utopía pretender que la humanidad continúe ciega, sorda y sin conciencia de su propia miseria, alimentando hasta la hartura a ese monstruo moderno que bien podría ser simbolizado como un ente con ojos, boca y cerebro en el estómago?

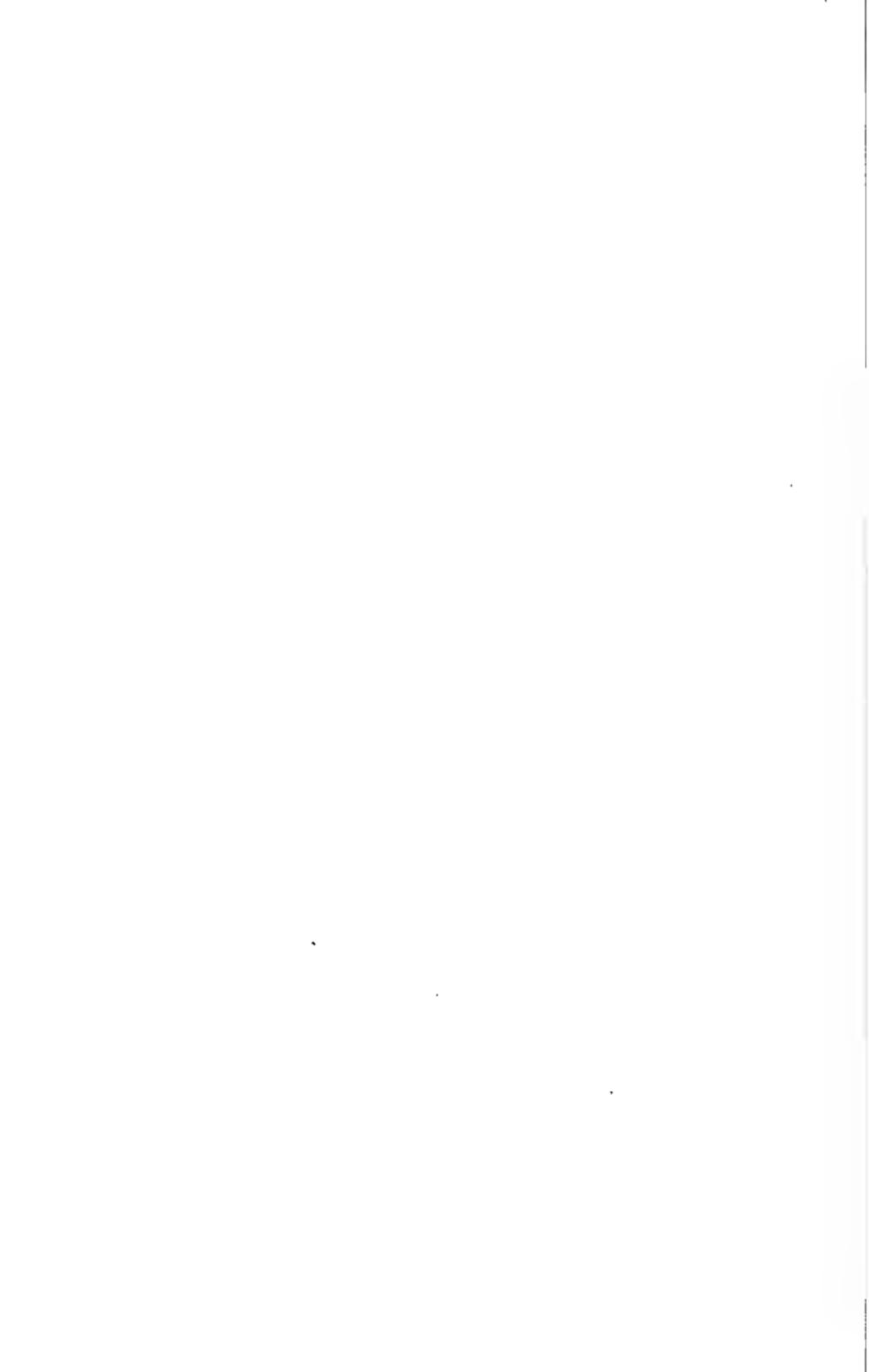
Hablando con sinceridad, lo que pasa es que no tenemos el valor de declarar la bancarrota del

capitalismo y el Estado porque la costumbre, la mala costumbre y el espejismo social nos marea engañándonos. Así no se nos ocurre que la humanidad pueda continuar la línea ascendente de su progreso sin czares, emperadores, reyes, presidentes y legisladores de repúblicas, establecimientos de banca y demás instituciones conservadoras— conservadoras, naturalmente, de la iniquidad basada en el despojo, la usurpación de derechos y el latrocinio legal.

Pues bien; lo que no puede continuar es la situación en que hoy se encuentran los despojados. ¿O hemos de permitir que se siga afirmando que no ha fracasado un sistema económico impotente para detener la miseria en el mundo, cuando éste puede producir con creces para cubrir las necesidades de una población cuadruplicada, aun sin echar mano de recursos extraordinarios? Lo que no puede continuar es el oprobio en que viven las generaciones actuales, sometidas a una organización en desacuerdo con la verdadera realización de la vida, una organización en la que lo único indigno de respeto es el factor hombre; una organización en la que sólo se tiene en cuenta el éxito material, egoísta, brutal y en la que no existe otra libertad verdadera que la de sacrificarse por su sostenimiento. Hablen por mí los condenados por el delito de pensar aun aquí en esta tierra de las libertades escritas.



ORIENTACIÓN ESTÉTICA



EL IDEAL DEL ARTE

El arte por la idea, la ciencia por la vida. Lo bueno es bello; lo malo es feo.

Esta definición del bien y del mal, puesta en frases musicales por Sienkiewicz en boca de Petronio, el bardo romano, se halla dentro de la ciencia y del arte.

Los sectarios de Brahma, los budhistas, los sabios chinos, los israelistas, los egipcios y los estoicos griegos, como lo hace notar Tolstoï, habían ya arribado a conclusiones análogas. A pesar de ello, es hoy una novedad el repetir lo que se dijo hace millares de años.

Podrá la mediocridad ambiente continuar acogiendo entre gritos y palmoteos las burbujas retóricas, los castillos de fuegos artificiales que se complacen en levantar los modernos bizantinos, los decadentes de verdad, que moverían a lásti-

ma si no se pensara en que el éxito de esas creaciones huecas, banales y frívolas, constituye el principal alimento de placer de sus naturalezas de hermafroditas; podrá el montón que no piensa, el grasiento *Catoblepas*, de vientre enorme y digestión eterna, asistir impávido a la glorificación de los ampulosos autores de máximas falsas, de idilios tontos, fabricantes de tipos heroicos, al gusto del consumidor, aguiluchos todos descendientes de buitres—especie nueva de pájaros carniceros—; podrán las inválidas multitudes seguir arrastrándose detrás de los expositores de cultos de patrias nefastas, devoradoras de hombres y de sectas, más criminales aún, torturadoras de conciencias; podrán todos los inconscientes del mundo rechazar, al mismo tiempo, o mirar con indiferencia, la fecunda obra social de los sembradores de ideas, los bravos paladines de la verdad en marcha, los progresivos luchadores, misioneros del futuro que, conociendo la verdadera causa de la situación desesperante en que se encuentra la mayoría de la humanidad, saben despreciar el aplauso momentáneo para descubrir con mano sincera el telón que oculta las heridas que es necesario curar; pero—¡por las lanzas que han agujereado todos los cuerpos de Cristos!—llegará pronto el tiempo en que la luz sea hecha. ¡Y entonces, de todo el fárrago de inepticias—algunas de ellas muy bien escritas o muy bien rimadas por cierto—con

que hoy se refocila una casta, el pueblo, el verdadero pueblo en actual gestación, el pueblo sabio y poeta de mañana, hará una nueva pira de incendio!

* * *

¿El drama por el drama? No; el drama por la vida; es decir, el drama por la idea. Lo demás será sólo asunto de feria, espectáculo de circo: negocio, nada más que negocio; a lo sumo, goce infecundo, placer de solitarios.

Hay que hacerse hombre para saber hablar a los hombres. Y no es manejando títeres con mayor o menor habilidad escenográfica, títeres bien vestidos, ridículos o solemnes, como se llevará a cabo obra duradera. Hay que echarse en la vida, bracear en el oleaje con alma enérgica y músculo férreo, sin adular a minorías privilegiadas o a mayorías sin criterio, para poder realizar obra de verdadero arte y de verdadera ciencia.

Dice el pensador ruso ya nombrado: «La falsa situación que ocupan en nuestra sociedad la ciencia y el arte demuestra solamente que los hombres que se llaman civilizados, con los sabios y los artistas al frente, forman una casta con todos los vicios inherentes a ella, sin contar que los que defienden el falso principio de la

ciencia por la ciencia y el arte por el arte, vense todos obligados a demostrar que esas dos ramas de nuestra actividad son necesarias y buenas a la humanidad.» Así, pues, para ser adeptos de la ciencia y del arte hay que interesarse por el bien de la humanidad.

En *El ideal en el arte*, Taine escribe al respecto en esta forma: «El arte sólo vive de preocupaciones grandes; lo que le rebaja es la debilidad del sentimiento. Por lo tanto, las obras que expresen un carácter bienhechor serán superiores a las obras que expresen un carácter malhechor. Aquéllas forman parte del museo definitivo del pensamiento humano.»

Y considerando al hombre físico con las artes que le manifiestan, agrega el mismo autor que las obras serán más o menos bellas, según que expresen más o menos completamente los caracteres, cuya presencia constituye un beneficio para el cuerpo. Así el arte es superior cuando, tomando por objeto la naturaleza, manifiesta, ya una porción profunda de su fondo íntimo, ya algún momento superior de su desarrollo.

Por su parte, el bárbaro de Nietzsche, que yerra tantas veces como acierta, exclama, arrebatado, en *El Crepúsculo de los ídolos*: «el arte es el gran estímulo de la vida. ¿Cómo podría entonces llamársele sin fin, sin objeto? *El arte por el arte* es una serpiente que se muerde la cola »

No hay entonces dos caminos. La fórmula falsa se derrumba definitivamente, y en esta empresa vemos empeñados, con ardor y violencia, a los más altos cerebros contemporáneos.

Y no me digáis que esto sea reducir el campo del poeta a quien hoy y siempre se ha exigido pensamiento, pese a los vacíos y arlequinescos orquestadores de palabras sin sentido, la legión de artificiosos inocuos, la bandada de incoloros parlanchines que pulula flotando sobre el limo dejado en la corriente del tiempo por todas las literaturas.

Leed estas profundas palabras de Maeterlink: «Siempre me ha parecido que el anciano que vegeta en un sillón, sorprendiendo en las cosas que le rodean las leyes eternas de la vida, vive en realidad más intensamente que el amante que estrangula a su querida, que el militar que logra una victoria y que el esposo que venga su honor.»

Es ya tiempo, pues, ¡oh, apologistas de patrañas! de cesar en la ridícula confección de himnos de gloria a esos héroes militares de invención propia y ajena, esa falange de asesinos disciplinados que exponen el pellejo a las balas con la única y ruin ambición de obtener un ascenso en su carrera de crimen que aumente el salario mensual por el que venden su espada. Mirad, ¡oh, poetas épicos del día! que también vosotros parecéis cantores asalariados!

Es ya tiempo también ¡oh, infecundos desenterradores de muertos! de abandonar en el olvido las sombras de los pretendidos trovadores que no supieron cantarse solos, como *Cyrano*; y las de esos ambiciosos degenerados, indignos, por su índole amorfa, de ser alabados como ese pobre de *Reichstag*, sin más título a la consideración de su época que el que puedan presentar sus abolengos sangrientos.

¡Que han de hacernos llorar dolores convencionales y añejos cuando a la vista, tan cerca de nuestros ojos, tenemos tanto dolor fresco, que simboliza pena social, floreciendo en flores rojas y prolíficas! ¡Oh, poetas, hermanos míos! lanzad las cuadrigas de vuestras estrofas en pos del dolor actual, que es el de todos, ese dolor que irrumpe a gritos de las estepas de Rusia, de los muros de Monjuitch, de las guillotinas de Francia, de las horcas de Chicago y hasta de la Isla del Diablo si queréis!

Advertid que tenéis frente a vosotros, para estudiar de cerca, ejemplares de héroes como Kropotkine, cuya odisea a través de la Europa, propagando el principio de un ideal gigante, encierra más poesía que todas las luchas egoístas empeñadas por czares y emperadores, caciques y presidentes de repúblicas.

Escribid, en dramáticos diálogos, la epopeya de la idea nueva, llevada victoriosa a través de todas las sombras proyectadas por las bayone-

tas, sables, fusiles y patibulos erguidos como murallas de errores ante la verdad; cantad la gloria de la luz triunfal en medio de las espesas nieblas formadas por la ignorancia y el fanatismo y así habréis hecho obra de poetas-hombres.

Creedme: recién entonces habréis realizado el ideal del arte.

FIN



ÍNDICE

Págs.

Prólogo.

«Los Nuevos Caminos» por Alberto Ghiraldo. Juicios de Pedro Kropotkine, Max Nordau, José María Ramos Mejía, Juan Mas y Pi, Carlos Malagarriga, Daniel B. Pérez, <i>La Nación</i> de Buenos Aires, Jean Grave y Ricardo Rojas.....	7
---	---

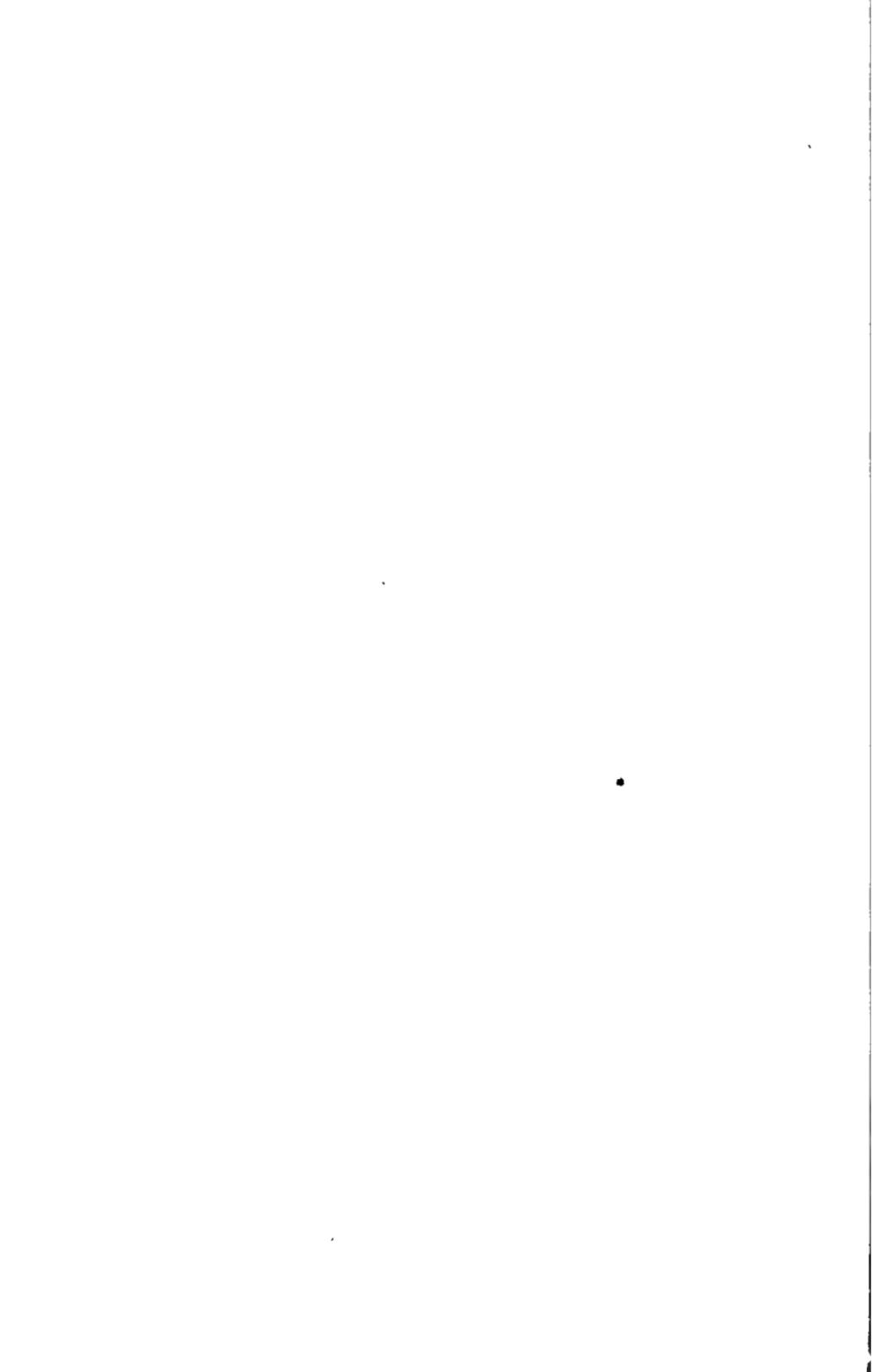
La voz del que avanza.

La voz.....	29
El espíritu de rebelión	35
Los sin-patria.....	43
Contra Dios y el Estado.....	49
Llagas y silicios.....	57
Medios de lucha.....	69
De la violencia.....	83
Gimnasia revolucionaria.....	101
Lucha política. Su ineficacia. Organización económica.....	105

	<u>Págs.</u>
<i>Contra el verdugo.</i>	
La pena de muerte.....	111
<i>Efemérides rojas.</i>	
La toma de la bastilla.....	127
1.º de Mayo.....	133
<i>Afirmaciones.</i>	
I—VI.....	143
<i>Paréntesis.</i>	
Carta abierta. (Al Jefe de policía de Buenos Aires).	151
Arena y hierro.....	159
Casa del pueblo.....	165
<i>Atalayas.</i>	
¡Salve, hombre!.....	173
Ibsen.....	177
Gorki.....	181
<i>Congreso internacional de Londres.</i>	
Mi acción en el Congreso.....	187
<i>Orientación estética.</i>	
El ideal del arte.....	205



ACABÓSE
DE IMPRIMIR ESTE LIBRO
EN MADRID, EN LA TIPOGRAFÍA YAGÜES,
EL DÍA XXVI DE JUNIO
DE MCMXVIII



EDITORIAL "MUNDO LATINO"

APARTADO 502.— MADRID

CATALOGO PROVISIONAL

(EXTRACTO DEL CATÁLOGO GENERAL)

Pesetas

OBRAS COMPLETAS

DE RICARDO DE LEÓN

(de la Real Academia Española)

Edición del Banco de España. Ocho volúmenes en 4.º, encuadernados en tela, con alegorías de Coullaut Valera y retrato del autor, por Vacqué.....

50,00	
A plazos (5 pesetas mensuales).....	60,00

DE FRANCISCO VILLAESPESA

I.—Intimidades.—Flores de Almendro.....	3,00
II.—Luchas.—Confidencias.....	3,00
III.—La copa del Rey de Thule.—La musa enferma....	3,00
IV.—El alto de los Bohemios.—Rapsodias.....	3,00
V.—Las horas que pasan. (Veladas de amor).....	3,00
VI.—Las joyas de Margarita: Breviario de amor.—La tela de Penélope.—El milagro del vaso de agua.	3,00
VII.—Doña María de Padilla.—La cena de los cardenales.....	3,00
VIII.—El milagro de las rosas.—Resurrección.—Amigas viejas.....	3,00
IX.—Las granadas de rubíes.—Las pupilas de Almotadid.—Las garras de la pantera.—El último Abderramán.....	3,00

EXTRACTO DEL CATÁLOGO GENERAL

	Pesetas
X.—Tristitiæ rerum.....	3,00
XI.—La leona de Castilla.—En el desierto.....	3,00
XII.—El rey Galaor.—El triunfo del amor.....	3,00

DE RUBÉN DARÍO

(Ilustraciones de Ochoa)

Tomos publicados:

I.—La caravana pasa.....	3,50
II.—Prosas profanas.....	3,50
III.—Tierras solares.....	3,50
IV.—Azul.....	3,50
V.—Parisiana.....	3,50
VI.—Los raros.....	3,50
VII.—Cantos de vida y esperanza.....	3,50
VIII.—Letras.....	3,50
IX.—Canto a la Argentina.....	3,50
X.—Opiniones.....	3,50
XI.—Poema del otoño y otros poemas.....	3,50
XII.—Peregrinaciones.....	3,50

Ediciones especiales de lujo.

HENRIK IBSEN

TEATRO COMPLETO

I.—Catilina. La tumba del guerrero. La castellana de Ostrat.....	3,50
II.—La fiesta de Solhaug. Olaf Lilliekrans. Los guerreros en Helgeland.....	3,50
III.—Los pretendientes a la corona y La comedia del amor.....	3,50

EXTRACTO DEL CATÁLOGO GENERAL

	Pesetas
IV.—Brand.....	3,50
V.—Peer Gynt.....	3,50
VI.—La unión de la juventud. Las columnas de la so- ciedad. La casa de una muñeca.....	3,50
VII.—Emperador y Galileo.....	3,50
VIII.—Espectros. Un enemigo del pueblo. El pato sil- vestre.....	3,50
IX.—La casa de Rosmer. La dama del mar. Hedda Gabler.....	3,50
X.—El constructor Solness. El niño Eyolf. Al desper- tar de nuestra muerte.....	3,50

JOSÉ FRANCÉS

El año artístico 1915.....	6,00
» » » tela.....	8,00
El año artístico 1916 (con 250 grabados).....	10,00
» » » » » tela.....	12,00
El año artístico 1917 (con 250 grabados).....	11,50
» » » » » tela.....	13,00

COLECCIÓN DE AUTORES ESPAÑOLES

NOVELAS

<i>Edmundo González Blanco.</i> —Jesús de Nazareth.....	3,00
<i>José Francés.</i> —La estatua de carne.....	3,00
— El alma viajera.....	3,50
<i>López de Saá.</i> —Los indianos vuelven.....	3,50
— Bruja de amor.....	3,50
<i>W. Fernández Flórez.</i> —La procesión de los días....	3,00
<i>Elías Cerdá.</i> —Don Quijote en la guerra.....	2,00
<i>V. García Martí.</i> —Don Severo Carvallo.....	2,50

EXTRACTO DEL CATÁLOGO GENERAL

	Pesetas
<i>María Luisa Latil.</i> —Según labremos.....	3,00
— Genoveva.....	2,50
<i>Eugenio Noel.</i> —El allegretto de la Sinfonía VII.....	3,00
— Cuentos.....	3,50
<i>Rafael Cansinos-Assens.</i> —Las cuatro gracias.....	3,50
<i>Francisco Delicado.</i> —La lozana andaluza.....	3,00
<i>J. de Lucas Acevedo.</i> —La Caja de Pandora.....	3,00
<i>Martín de la Cámara.</i> —Vidas llameantes	3,00

ESTUDIOS Y CRÓNICAS

<i>Emiliano Ramírez Angel.</i> —Bombilla-Sol-Ventas.....	3,00
<i>J. M. Carretero.</i> —Lo que sé por mí (dos series).....	3,00
<i>J. Costa.</i> —Alemania contra España.....	3,00
<i>Pedro Pellicena.</i> —Los Cosacos.....	3,50
<i>Margarita de la Torre.</i> —Jardín de damas curiosas....	3,50
<i>Fola Iguibide.</i> —El Actor.....	3,50
<i>Alberto Ghirardo.</i> —Los nuevos caminos.....	3,50
<i>Enciso.</i> —El soneto en España.....	3,00

POESÍAS

<i>José Montero.</i> —Yelmo florido (con ilustraciones).....	4,00
<i>Zurita.</i> —Pícaros y donosos.....	3,00
<i>Mauricio Bacarisse.</i> —El esfuerzo	3,00
<i>Eliodoro Puche.</i> —Libro de los elogios galantes y de los crepúsculos de otoño.....	2,50
— Corazón de la noche.....	2,50
<i>Emilio Carrere.</i> —El retablo de los poetas. (Antología)	3,50

TEATRO

<i>Muñoz Seca y López Núñez.</i> —El Rayo.....	3,00
<i>H. Ibsen.</i> —Dramas líricos.....	2,00
— La castellana de Ostrat.....	2,00

EXTRACTO DEL CATÁLOGO GENERAL

Pesetas

LAS GRANDES FIGURAS DE LA GUERRA EUROPEA

Biografías de los generales: Alberto I de Bélgica.— Joffre.—Sir Jhon French.—Lord Kitchener. Con preciosas fototipias, a	3,00
---	-------------

COLECCION DE AUTORES EXTRANJEROS

Traducidas por *Felipe Trigo, Rafael Cansinos
y Pedro de Répide.*

<i>Victoriano de Saussay.—La ciencia del beso.</i>	3,50
<i>René Emery.—Santa María Magdalena.</i>	3,50
<i>Maquiavelo.—Obras festivas: La Mandrágora.—El P. Alberico.—La Celestina.—El ar- chidiablo Belfegor.</i>	3,00
<i>Claudia Lemaitre.—Juegos de Damas.</i>	3,50
<i>Procopio.—Historia secreta.</i>	3,50
<i>Anónimo.—Teatro persa.</i>	3,50

CELEBRIDADES ESPAÑOLAS

I.—Bécquer. (encuadernados en tela)	3,50
II.—Zorrilla, (ídem)	3,50
III.—Espronceda. (ídem)	3,50

COLECCION SELECTA

<i>Tomás de Quincey.—Los últimos días de Kant.</i>	1,00
<i>Kalidasa.—El reconocimiento de Sakuntala</i>	1,00
<i>Rousseau.—Discurso sobre las artes y las ciencias.</i>	1,00
— Origen de la desigualdad entre los hombres	1,00
<i>Luciano de Samosata.—La diosa de Siria.</i>	1,00
<i>L. Sterne.—Viaje sentimental de un inglés a Francia.</i>	1,00
<i>F. Alvarado.—El filósofo rancio. (Cartas).</i>	1,50

EXTRACTO DEL CATÁLOGO GENERAL

Pesetas

COLECCION CIENCIA Y ARTE

<i>Ricardo Yesares.</i> —¿Qué quieres aprender? Electricidad. Encuadernado en tela	3,50
— ¿Qué quieres ser? Automovilista. Encuadernado en tela.	3,50

OBRAS VARIAS

<i>Sthendal.</i> —Del amor	6,00
<i>E. M. Segovia</i> (Oficial del Banco de España).—Los documentos de crédito.	5,00
<i>Rivero.</i> —Legislación de clases pasivas. Volumen de 500 páginas, encuadernado en tela.	10,00
<i>R. Yesares.</i> —Ayuda memoria del mecánico electricista. Un volumen, encuadernado en tela.	1,50

LIBROS DE CARTAS

El arte de escribir cartas	1,00
Manual epistolar (encuadernado en tela).	2,00
Cartas amorosas.	0,60
Epistolario de amor (encuadernado).	2,00

COLECCIONES POPULARES

COLECCION «MAC-BULL»

Obras sensacionales, originales del conocido escritor señor *Bedoya*, cuya maestría en esta literatura es universal:

El millonario detective.	1,50
----------------------------------	------

EXTRACTO DEL CATÁLOGO GENERAL

	Pesetas
El secreto del Kaiser.....	1,50
La bola de sangre.....	2,00
El alma de las brujas.....	2,00

COLECCION PICARESCA

Tomos de 130 páginas, de amena lectura, de índole burlesca y galante, con bonitas portadas en bicolor. Van publicados:

Voluptuosidad y perversión.....	0,50
En camino de la mala vida.....	0,50
Corazón de piedra.....	0,50
Memorias galantes de un abate: Juventud.....	0,50
» » » » Mis amores en París..	0,50
» » » » Amores de otoño.....	0,50
Lágrimas de amor.....	0,50
De flor en flor.....	0,50
El maldito dinero.....	0,50

COLECCIÓN MARAVILLAS DE LA GUERRA

Narraciones sensacionales del conocido periodista señor *López Moya*, cuya fantasía corre parejas con su amenidad. Van publicados:

Hazañas de Vedrines.....	0,50
Proezas de un submarino inglés.....	0,50
Tragedia en los aires.....	0,50
El misterio de los Zeppelines.....	0,50
El fantasma del mar del Norte.....	0,50
Buzo heroico.....	0,50

5/28
7

COLECCION MEFISTOFELES

Primorosos volúmenes de sugestiva lectura. Van publicados:

La magia negra	0,50
El A B C del hipnotismo.....	0,50
Los misterios del sonambulismo.....	0,50
Ocultismo experimental.....	0,50
Los misterios de las piedras preciosas.....	0,50
Las plantas en las habitaciones.....	0,50

LIBROS TAURINOS

<i>El Caballero Audaz.</i> —El libro de los toreros: epflogo de José Francés. (Bomba, Joselito, Gallo, Belmonte, Pastor, Gaona, Carpio). Con fotografías. Libro de éxito enorme.....	2,00
Los amores de los toreros. Cuadernos de gran tamaño y muy interesantes para la afición a toros. Van publicados: Belmonte.—Pastor.—Gallo.—Gallito.—Gaona.—Los crímenes del gallismo. Cada cuaderno...	0,20

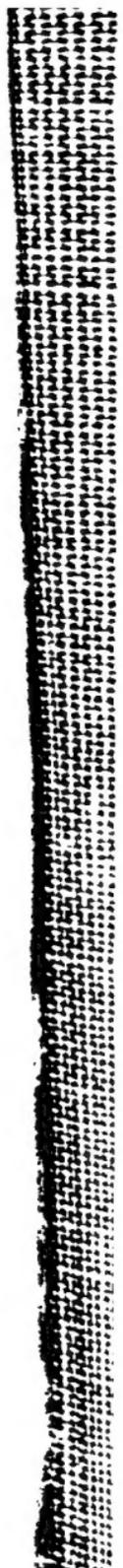


PLEASE RETURN TO
ALDERMAN LIBRARY

DUE

DUE

5-A-90



DX 001 651 462

